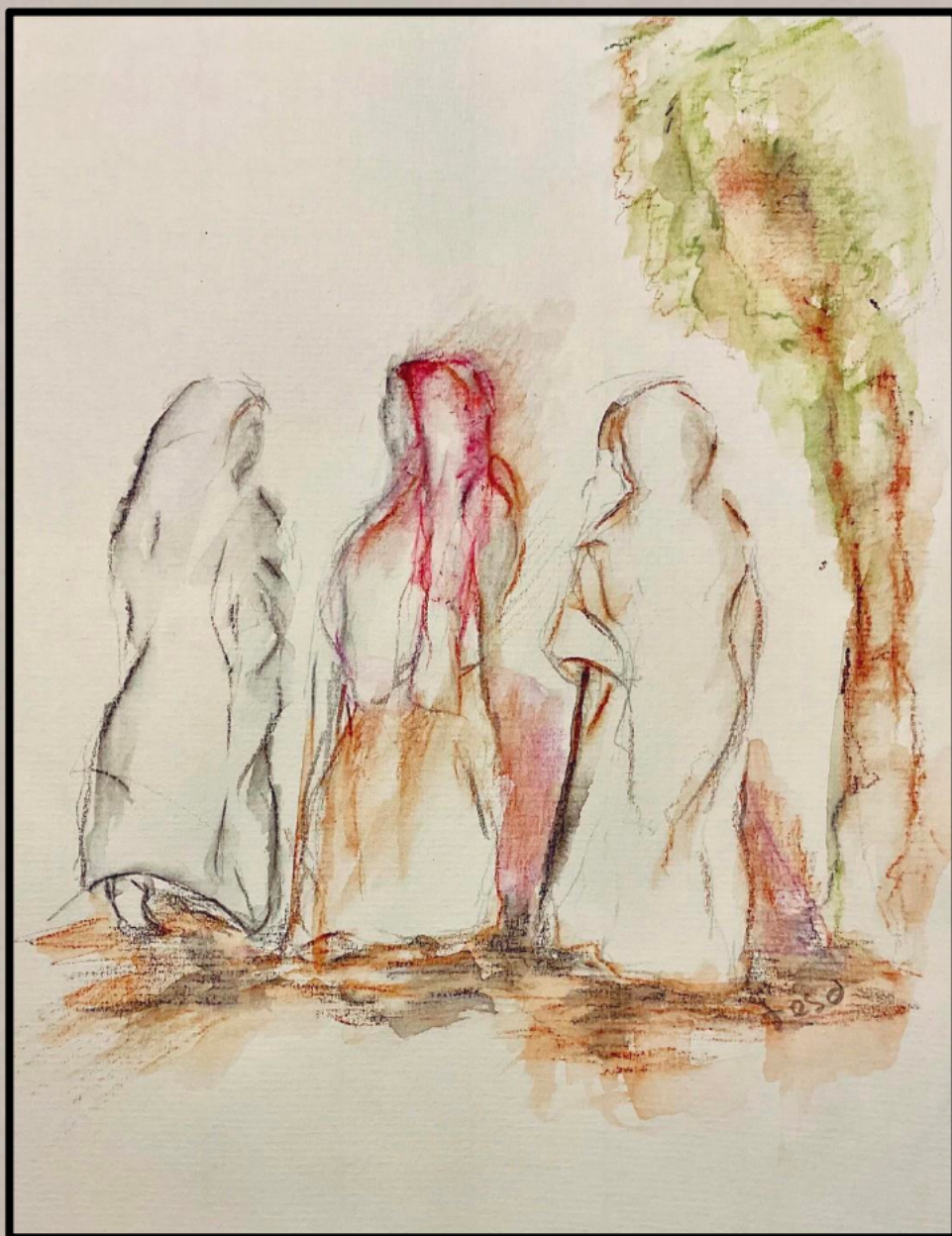


En el camino de Emaús

Tema de estudio 2024-2025



Equipos de Nuestra Señora

Equipo Responsable Internacional

En el CAMINO de EMAÚS



**Equipos de Nuestra Señora
Súper Región Hispanoamérica Sur**

TEMA DE ESTUDIO 2024-2025

CONTENIDO

Presentación del tema de estudio	pág. 05
Introducción	pág. 08
Primera Reunión: Corazones rotos	pág. 14
Segunda Reunión: Dentro de la historia	pág. 25
Tercera Reunión: Corazones interpelados	pág. 37
Cuarta Reunión: Corazones inseguros	pág. 47
Quinta Reunión: Corazones abiertos a la Palabra de Dios	pág. 58
Sexta Reunión: Corazones ardientes	pág. 71
Séptima Reunión: Acoger al que es pan partido	pág. 83
Octava Reunión: En el corazón de los ENS y de la Iglesia	pág. 92
Novena Reunión: Balance	pág. 103
Anexo I: Meditaciones de la Profesora Marina Marcolini	pág. 108
Anexo II: Oración por la canonización del Padre Caffarel y Magnificat	pág. 141

PRESENTACIÓN DEL TEMA DE ESTUDIO

Querida familia de los Equipos de Nuestra Señora:

Para cuando este tema de estudio llegue a sus manos y empiecen a leerlo durante el año que comenzará en algunos países en septiembre, ya habrá finalizado el XIII Encuentro Internacional de nuestro movimiento y se habrá producido el traspaso de responsabilidad del Equipo Responsable Internacional (ERI) y del Matrimonio Responsable Internacional a nuestros sucesores, nuestros queridos amigos Mercedes Gómez-Ferrer y Alberto Pérez Bueno.

Preparar un tema de estudio en la transición de dos equipos responsables internacionales es una tarea compleja, porque en el momento en que empezamos a redactarlo aún no se han establecido las nuevas orientaciones de vida que se comunicarán al movimiento al final del encuentro de Turín, y aún no se ha formado el nuevo ERI, por lo que el saliente debe encargarse de su elaboración.

Por lo que respecta a la gestación de este tema de estudio, hemos de decirles que, aunque el trabajo ha contado con el apoyo de todo el ERI, que ha participado en sus revisiones iterativas, han sido Mercedes y Alberto quienes han llevado la voz cantante en su coordinación, ayudados por el equipo editorial, cuya dirección ha sido encomendada en esta ocasión a la Región del Líbano, y en particular a Georgina y Youssef Elías Boutros, que han sido los interlocutores permanentes entre el equipo editorial y el ERI en este reto. Queremos expresarles nuestra gratitud por el trabajo que han realizado en circunstancias tan difíciles.

Debemos hacer aquí un alto para compartir con ustedes, como familia, las grandes dificultades que hemos encontrado para llevar a buen puerto este tema, que lamentablemente se ha visto afectado y ralentizado por el fallecimiento del Padre Joseph Abdul Sater OAM, que encabezaba el equipo de redacción y pudo participar en la redacción de la introducción al tema y en los borradores de trabajo de los primeros capítulos. Deseamos expresar al Padre Abdul, en la

comunión de los santos, nuestros sentimientos de afecto y dolor por su prematura partida, seguros de que, desde toda la eternidad, seguirá intercediendo y acompañando a los ENS, y especialmente a la Región del Líbano en este camino que él ayudó a trazar con tanto amor y dedicación.

Como ocurrió con el tema de estudio 2018-2019, titulado *Reconciliación, signo de amor*, que se hizo eco de lo vivido en el Encuentro Internacional de Fátima, que tuvo el mismo lema, este ERI decidió concebir el temade estudio 2024-2025, que lleva por título, Camino de Emaús, también como prolongación y eco de lo vivido en el Encuentro Internacional de Turín. Con el telón de fondo del pasaje de los discípulos de Emaús, hemos vivido una experiencia de encuentro y reflexión sobre el sentido profundo de la Eucaristía como centro y culmen de la vida cristiana.

Desde el inicio de su vida pública, Jesús se preocupó por crear un sentido de comunidad entre los que aceptaban sus enseñanzas y por crear un espíritu de comunión con todos los que decidían seguirle incondicionalmente. En el relato de los Discípulos de Emaús, Cleofás y su compañero de viaje representan, en cierto modo, la vida de nosotros, mi esposa y yo, que, con el corazón ardiendo, experimentamos el encuentro con otro corazón, lleno de misericordia, que quiere fundirse con el de estos discípulos desconcertados. Es el corazón del mismo Jesucristo resucitado.

El corazón “ardiente” de los discípulos de Emaús se transforma al encontrarse con Jesucristo resucitado. Al principio, estas “ascuas” tienen un sentido de inquietud, de preocupación, de alarma, pero a medida que prosigue el encuentro con este caminante solitario que ha querido unirse al camino de estos discípulos, nuestro propio camino, y se revela su presencia real, se transforman en ardor, en esperanza, en fuego interior. Una emoción incontenible nos impulsa a no perder la comunión con la comunidad de los discípulos, sino al contrario, a fomentarla anunciando que Jesucristo es el vencedor de la muerte y que todas nuestras esperanzas y deseos tienen y adquieren su pleno sentido. Porque, como decía el apóstol Pablo, «si Cristo no ha resucitado, vacía es nuestra predicación y vacía es vuestra fe» 1 Cor 15,14.

Para quienes participamos en el reciente encuentro internacional de Turín, y para quienes nos acompañaron con sus oraciones desde casa, la lectura de este tema nos permitirá vivir de manera encarnada la experiencia del encuentro que da sentido a nuestra fe, sin escapar a las penas de corazones heridos por duras realidades, en medio de las alegrías que también acompañan nuestras vidas y que pueden sanarse adquiriendo una lectura diferente, siempre que conectemos con la presencia sagrada de Cristo Resucitado.

Al final del libro, contando con la “complicidad” y el esfuerzo de las Super regiones que han tenido que posponer la edición definitiva del tema de estudio hasta después del encuentro, hemos querido incluir los textos de las hermosas y profundas meditaciones diarias que la profesora Marina Marcolini pronunció al comienzo de cada jornada del Encuentro Internacional de Turín. No nos cabe duda de que serán un valioso complemento del tema y un regalo para ayudar a despertar y alimentar el fuego interior que suscita esta experiencia de encuentro y reconocimiento.

Como en el lema y el envío del encuentro de Turín, deseamos que, en la comunión de sus cónyuges, de sus matrimonios, de su equipo y de todo el movimiento, la lectura de este tema y su interiorización permitan que sus corazones ardan con el mismo amor por aquel que es la máxima expresión del amor, Nuestro Señor Jesucristo.

Pidamos a nuestra Madre del Cielo, como ejemplo y guía para acercarnos a su Hijo, que nos acompañe y nos ilumine en esta nueva etapa del camino que vamos a emprender durante este año 2024- 2025. Su hermana y hermano en Cristo.

Clarita y Edgardo Bernal Fandiño

Matrimonio responsable internacional 2018-2024.

INTRODUCCIÓN

Queridos equipistas y consiliarios:

Con profunda alegría les invito hoy a explorar juntos el tema particularmente inspirador de los discípulos de Emaús. Este relato bíblico del Nuevo Testamento (Lucas 24, 13-35) nos ofrece una rica perspectiva del encuentro transformador con Cristo resucitado que da un vuelco a nuestras vidas, y una fuente inestimable de reflexión y enseñanza que resuena poderosamente con las aspiraciones espirituales y conyugales que animan nuestro itinerario dentro de los Equipos de Nuestra Señora.

Al reflexionar sobre este tema, estamos llamados a meditar sobre el significado de este encuentro en el camino de Emaús y a explorar los paralelismos entre la jornada de los discípulos de Emaús y nuestra propia andadura dentro de los Equipos de Nuestra Señora.

¿Cómo reconocieron los discípulos de Emaús a Cristo resucitado a través de la Palabra compartida y la fracción del pan? ¿Cómo podemos nosotros, como estos discípulos, abrir nuestro corazón a la presencia de Cristo en nuestra vida y, en particular, en nuestras relaciones conyugales? ¿Cómo podemos reconocer a Cristo en nuestros momentos de duda y confusión? ¿Cómo reconocer su presencia en nuestros intercambios, oraciones y momentos de comunión en nuestros equipos y matrimonios? ¿Cómo dejarnos guiar por la luz de la fe, incluso cuando la oscuridad y el tormento amenazan con envolvernos y ahogarnos?

Este encuentro entre los discípulos y Cristo resucitado nos invita a reflexionar sobre el modo en que percibimos la presencia de lo divino en nuestras vidas y en nuestras relaciones conyugales.

Adentrémonos juntos en las profundidades de esta historia bíblica y dejémonos inspirar por el modo en que los discípulos de Emaús experimentaron un encuentro transformador con Cristo, el verdadero compañero de nuestra andadura por el camino de la vida.

Los discípulos de Emaús, sin duda marcados por la crucifixión de Jesús y sumidos en la confusión, emprenden un viaje que se convertirá en uno de los relatos más edificantes del Evangelio. Los acompaña, sin saberlo, el propio Cristo resucitado. Este viaje simboliza nuestro propio itinerario espiritual, a menudo sembrado de incertidumbres, dudas e interrogantes.

Aunque su historia se remonta a tiempos antiguos, es asombrosamente relevante hoy para nuestras vidas y nuestros matrimonios. Su viaje, impregnado de una profunda búsqueda de sentido y salpicado de preguntas y temores, es una poderosa metáfora de nuestro propio viaje espiritual.

En los Equipos de Nuestra Señora somos compañeros de viaje, peregrinos en el camino de la fe y del amor, que tratan de reconocer la presencia de Cristo resucitado en nuestras vidas y en nuestras relaciones.

Los discípulos de Emaús nos enseñan que, incluso en los momentos en los que podemos sentirnos perdidos o desanimados, Cristo resucitado se mantiene presente y transforma nuestras vidas.

En el corazón de nuestro proceso dentro de los Equipos de Nuestra Señora se encuentra el deseo de fortalecer nuestros lazos con Cristo y con nuestros cónyuges, para caminar juntos hacia una comprensión más profunda de nuestra fe y una mayor comunión con Cristo y entre nosotros, fortaleciendo así la sagrada misión que nos ha sido encomendada.

Esta reflexión sobre los discípulos de Emaús nos mueve a acoger a Cristo resucitado en nuestra vida cotidiana y a compartir su luz con nuestros cónyuges en nuestros Equipos. Nos enseña a caminar con confianza por la senda trazada por Cristo resucitado, nuestro guía y fiel compañero.

Que Cristo Resucitado nos acompañe a lo largo de este itinerario espiritual, iluminando nuestro camino y fortaleciendo nuestros lazos fraternos en el seno de los Equipos de Nuestra Señora, para que, a través de una mejor comprensión del papel esencial que la fe desempeña en nuestra vida matrimonial y familiar, hagamos de nuestros encuentros,

EN EL CAMINO DE EMAÚS

de nuestra participación y de nuestras oraciones momentos que transformen nuestras vidas, despierten nuestros corazones y renueven nuestro compromiso con los valores que animan a los Equipos de Nuestra Señora y afirmen los cimientos de nuestras familias.

Que nosotros, como los discípulos de Emaús cuando recorrían el camino de la vida entre desilusiones, dudas y momentos de confusión, seamos testigos de este encuentro extraordinario que transforma nuestra confusión en una experiencia de profunda intimidad con Cristo resucitado y sintamos el calor de su presencia en nuestro camino común.

Por último, pedimos al Señor que nuestra pertenencia a la familia ENS, imitando este año en particular a los discípulos de Emaús, nos guíe hacia el objetivo último de nuestro camino juntos, que termina con una transformación colectiva en una «Iglesia en salida», una Iglesia que pone a las personas consagradas y a los laicos en el centro de la escena, en el corazón de la acción, y que responde a la llamada del Papa Francisco a todos los cristianos a avanzar hacia un nuevo impulso misionero para identificar nuevas periferias existenciales con miras a la evangelización.

P. Joseph Abdul Sater OAM

Estructura y capítulos

Reunión	Objetivos generales	Referencias bíblicas
	Presentación del tema	
1.- Corazones rotos	En este primer capítulo exploraremos el significado de la decepción en nuestro camino de fe como cristianos, exploraremos el paso a la esperanza y nos daremos cuenta de la importancia de caminar juntos para encontrar apoyo.	Lc 24, 13-14
2.- Dentro de la historia	En este capítulo descubrimos a un Dios que no habita en el cielo, sino a un Dios hecho carne, que recorre nuestros caminos, que entra en nuestra historia delicadamente, sin imponerse, para revelarnos su rostro amoroso, su rostro de Padre.	Lc 24, 15-16
3.- Corazones interpelados	En este capítulo descubrimos la ternura de un Dios que se abaja para interpelarnos y se apasiona por escucharnos. Nuestras experiencias de derrota y sufrimiento son tan preciosas para Él que está dispuesto a vaciarse para recibirlas, contenerlas y transformarlas en experiencias de vida.	Lc 24, 17-19
4.- Corazones inseguros	En este capítulo exploramos la incertidumbre y la confusión en el camino de nuestra fe, en la oración, en nuestra relación con Dios, y descubrimos un itinerario de apertura a su presencia misteriosa en el corazón de nuestras vidas.	Lc 24, 19-24
5.- Corazones abiertos a la Palabra de Dios	En este capítulo descubrimos a un Dios que se revela a través de las Escrituras. Se nos anima a comprometernos en la escucha de su Palabra, que nos ayuda a conocerle en su verdad y en su esencia: el Amor.	Lc 24, 25-27
6.- Corazones ardientes	En este capítulo, vamos juntos al encuentro de un Dios que espera nuestra invitación para entrar y permanecer con nosotros, durante la noche, en una intimidad incomparable.	Lc 24, 28-29
7.- Acoger al que es Pan Partido	En este capítulo descubrimos que la culminación de nuestro camino espiritual como individuos y como matrimonio está en nuestro encuentro con Dios y nuestra unión con Él en el misterio de la Eucaristía.	Lc 24, 30-31

Reunión	Objetivos generales	Referencias bíblicas
8.- En el corazón de los ENS	En este capítulo descubrimos la alegría de caminar juntos en nuestros equipos, como discípulos, y de vernos transformados en misioneros del Amor en el corazón de nuestra Iglesia.	Lc 24, 32-35
9.-Balance	Revisar todo el recorrido de manera personal, en matrimonio y en equipo.	Lc 24, 13-35
Anexo I	Meditaciones de la Prof. María Marcolini	
Anexo II	Oración por la canonización del P. Caffarel Magnificat	

La Palabra de Dios: Lc 24,13-35

Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traen mientras van de camino?». Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron». Entonces él les dijo: «¡Qué necios y torpes son para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?». Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos le apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

PRIMERA REUNIÓN: CORAZONES ROTOS

Introducción

En este primer capítulo exploraremos el significado de la decepción en nuestro camino de fe como cristianos, exploraremos el paso a la esperanza y nos concienciaremos de la importancia de caminar juntos como matrimonios para apoyarnos mutuamente.

A la escucha de la Palabra de Dios

Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. (Lc 24,13-14)

Estamos en presencia de dos discípulos que recorren juntos el mismo camino. Sabemos que uno de ellos se llama Cleofás, pero el otro no tiene nombre. Así que podría ser cualquiera de nosotros.

Para saborear toda la riqueza espiritual de estos dos versículos de Lucas, te invitamos a recorrer el mismo camino con estos dos discípulos.

Comencemos recordando brevemente el contexto de este pasaje evangélico:

En el capítulo anterior tenemos el juicio de Jesús, su condena por Pilato, luego la Pasión, muerte y sepultura. El capítulo 24 concluye el Evangelio de Lucas y abre el libro de los Hechos. Este mismo capítulo comienza diciendo que *“el primer día de la semana, al amanecer, las mujeres fueron al sepulcro, llevando los aromas que habían preparado. Encontraron corrida la piedra del sepulcro. Y, entrando, no encontraron el cuerpo del Señor Jesús”*.

Queda patente todo lo que remite a la muerte, al final de una historia. No hay lugar para la esperanza. Luego viene el encuentro de las mujeres (María Magdalena, Juana y María, madre de Santiago) con los dos ángeles. Según la tradición judía, tenían que ir al sepulcro a ocuparse de un cadáver que habían visto con sus propios ojos en la cruz. Lo que no esperaban en absoluto era esta pregunta: *“¿Por qué buscan entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado...”*.

Contaron a los Apóstoles lo que habían visto y oído (o, más exactamente, lo que no habían visto). Pero sus palabras parecían un delirio, una ilusión. Nadie les creyó. El propio Pedro fue al sepulcro; vio solo los lienzos en el sepulcro vacío, y volvió a casa admirándose de lo sucedido.

Pues bien, ahora les proponemos que nos detengamos, bajemos el ritmo de nuestra vida cotidiana y nos demos un tiempo con estos dos discípulos. El camino de Emaús es, en primer lugar, una ruta en sentido geográfico, aunque sea difícil decir dónde se encontraba la antigua aldea de Emaús. Pero es también (y, sobre todo) un itinerario espiritual para cada uno de nosotros. Desde la resurrección de nuestro Señor, todos los senderos que tomamos en la vida pueden convertirse en caminos de Emaús, donde el Señor resucitado quiere salirnos al encuentro. Pongámonos al lado de los discípulos de Emaús, acompañemos a estos dos peregrinos en su trayecto, que se convierte en el nuestro en la fe. Intentemos estar presentes en el acontecimiento y hacer nuestro el lugar. Tomemos el camino que va de Jerusalén a Emaús. Unámonos a estos discípulos en sus pensamientos, también en sus emociones.

¿A qué nos remite ese “primer día de la semana” que menciona el pasaje?

En efecto, se trata del tercer día, el día de la Resurrección. Entramos de lleno en un tiempo nuevo que rompe con todo lo anterior. Un nuevo comienzo, una nueva historia que se pone en marcha, una vida que se renueva.

¿Quiénes son esos dos discípulos?

No eran advenedizos. Llevaban tiempo siguiendo al Señor. Durante meses habían visto sus milagros, escuchado sus palabras y habían acabado por creer en Él. Estaban junto a los Once cuando las mujeres vinieron a contarles lo que habían experimentado. Las escucharon. Pero para ellos todo ha terminado. Vuelven a sus vidas anteriores. Tristes, desanimados y resignados, se habían marchado de la comunidad de discípulos. Les resultaba difícil comprender, creer, volver a tener esperanza. Era más fácil volver atrás y alejarse lo más posible de Jerusalén. Incluso estaban dispuestos a ir a contramano de sus deseos más profundos.

Es la ciudad de la presencia de Dios, el lugar del Templo que contiene “el Santo de los Santos”. Pero Jerusalén es también el centro del poder y del éxito. ¿Qué Dios esperaban en esta ciudad? ¿Cuáles eran sus expectativas, sus sueños? Un Dios victorioso, que muestra su señorío mediante el ejercicio de su poder. Un Dios liberador que viene a liberar a su pueblo del dominio romano y a devolverle la libertad. No esperaban una muerte tan humillante. ¡Qué decepción! ¡Qué derrota! ¡Qué vergüenza!

Y nosotros, hoy

Como estos dos discípulos, a veces nos distanciamos de Cristo. Aunque digamos que somos creyentes, nos apartamos de la fe y de la esperanza. Para nosotros, Jesús sigue en la tumba. Nos volvemos tibios. Nuestro fervor, nuestro entusiasmo, nuestra pasión quedan en un recuerdo lejano.

Si examinamos nuestra propia concepción de Dios, para nuestra sorpresa podemos descubrir que hemos construido imágenes falsas de Él:

- Algunos se aferran a un Dios todopoderoso, pero con una comprensión de su poder que lo reduce a un Ser intervencionista que cortocircuita los acontecimientos con los que se teje nuestra historia para hacernos la vida dichosa y fácil, protegiéndonos de todo tipo de sufrimientos.
- Otros se rebelan contra la imagen de un Dios espectador, que abandona a los seres humanos a su suerte, demasiado lento en responder a los clamores de su pueblo para poner coto al poder del mal; un Dios que calla ante el sufrimiento, profundamente ausente.
- Otros buscan más bien a un Dios mago, que responde inmediatamente a los deseos de sus hijos porque es bueno, sumamente afectuoso, amoroso.
- Algunos sienten miedo de la imagen de un Dios que nos persigue para juzgar nuestras acciones, incluso nuestros pensamientos, castigándonos luego.

Todas estas imágenes falsas, y muchas más, están preconcebidas en nuestra mente, fruto de la historia personal de cada cual. Pueden impedirnos el encuentro con el Señor en el que pedirle la gracia de revelarnos su verdadero rostro. Solo en la intimidad de un encuentro personal nuestro Dios nos mostrará su Rostro y su modo de actuar en nuestra vida. Si Cristo no hubiera salido al encuentro de los discípulos, sin duda habrían seguido su camino y desaparecido en el anonimato. Pero Cristo, con su corazón inflamado de amor, se acercó a ellos. Este encuentro personal con Él les cambió la vida. El gran teólogo jesuita François Varillon escribió: “No es todopoderoso Dios, sino su Amor. Descubriremos su Amor a través de todas las heridas que le causamos y que Él no cesa de perdonar”.

Y nuestra vida matrimonial

En cierto momento de nuestras vidas comenzamos la vida matrimonial con una idea preconcebida de cómo podría ser nuestra vida en común. Teníamos expectativas, aspiraciones, sueños... Y de repente, en algún momento, nos topamos con acontecimientos inesperados, a menudo no deseados, experiencias de fracaso, dificultades en nuestra relación, dificultades con nuestros hijos, pérdidas, duelos, decepciones en la relación... El cónyuge ya no está a la altura de mis expectativas, algún acontecimiento o realidad dista mucho de lo que yo quería. Son cosas que pueden sorprendernos en cualquier momento de nuestra vida en común: momentos de caída libre, dolorosos. Uno de los dos, a veces ambos, nos sentimos débiles, frágiles, desanimados, desesperados. El horizonte ya no brilla. Queremos dejarlo todo, ceder, rendirnos y hundirnos en la muerte de un amor que un día nos unió. Es un momento de crisis y derrota. A veces, incluso empleamos armas arrojadizas: “Es su culpa”, “esta no es la vida que quería” ...

Hay muchos retos que pueden socavar nuestra identidad como pareja: la imagen que me he construido del cónyuge y de nuestra vida en común, que tiene que satisfacer mis propias necesidades, la imagen del compañero-héroe, del compañero-perfecto, la imagen de una vida perfecta...

Algunas experiencias también pueden sacudirnos espiritualmente, cuestionando nuestra visión de Dios y nuestra misión: ya no estamos seguros de nuestra vocación, de la llamada que nos dirigió el Señor cuando nos consagramos en el sacramento del matrimonio.

En nuestra “Jerusalén”, en determinadas situaciones de nuestra vida nos sentimos tentados de crucificar a Dios, de eliminarlo de nuestras vidas, de nuestras ciudades, de nuestras decisiones importantes. Solo pensamos en Él cuando se producen grandes catástrofes o para adornar nuestras celebraciones familiares. Este es el drama que acaba de revelarse en el camino de Emaús: de esto hablan también los discípulos de Emaús cuando huyen de Jerusalén, allí donde ocho días antes habían creído que verían cumplidas todas sus esperanzas.

Si Lucas relata con tanto detalle este encuentro y esta conversación en el camino, puede que sea para hacernos partícipes de la desesperación de los discípulos: esa ceguera, la nuestra tan a menudo, que nos deja el sabor amargo del fracaso y de la melancolía, quedándonos entonces la impresión de que la fe, sin desaparecer, no sirve de gran cosa.

Eso sí, fijémonos en un pequeño detalle: a pesar de su derrota, de su decepción y de lo que se alargaba la marcha, los dos discípulos permanecieron juntos. Siguieron caminando derrotados, cansados, desesperados... pero juntos. En nuestra vida conyugal y familiar: ¿nos ponemos de acuerdo para caminar juntos en cualquier circunstancia? Si uno de nosotros está más sometido a la prueba: ¿encontrará apoyo en el cónyuge que camina a su ritmo, con paciencia, acompañándolo y esperándolo?

Y el mundo en el que vivimos

Un mundo que se hunde cada vez más en tinieblas de toda suerte: cambio climático y catástrofes naturales, violencia y guerra, indiferencia e injusticia, abuso de poder y explotación, sufrimiento y muerte, armas y destrucción... Una lista interminable que no genera más que angustia, miedo, desánimo y decepción. ¿Cuál sería nuestra postura ante estas dolorosas realidades?: ¿indiferencia o compasión, pasividad o compromiso? Ante la indigencia estamos llamados a intervenir. Contemplemos los ejemplos de personajes que creyeron en la fuerza del amor, no del que nace de nuestros propios esfuerzos, sino del que extraemos de la fuente de todo Amor: San Vicente de Paúl, la Madre Teresa, la Hermana Emmanuelle, el Padre Pedro en las chabolas de Madagascar, Raoul Follereau y tantos otros desconocidos que trabajan discretamente dondequiera que encuentren a otros seres humanos. Un alma que se eleva a sí misma eleva al mundo. Un gesto hecho con amor y ternura contribuye a una nueva creación. Esa es nuestra esperanza.

Todos estamos interconectados. Dejémonos interpelar por la imagen de las gotas de agua que, juntas, forman el océano...

Una chispa de esperanza

Extracto de una homilía del Papa Francisco¹

El viaje de los discípulos de Emaús, al final del Evangelio de san Lucas, es una imagen de nuestro camino personal y del camino de la Iglesia. En el curso de la vida —y de la vida de fe—, mientras llevamos adelante los sueños, los proyectos, las ilusiones y las esperanzas que viven en nuestro corazón, enfrentamos también nuestras fragilidades y debilidades, experimentamos derrotas y desilusiones, y tantas veces quedamos bloqueados por un sentimiento de fracaso que nos paraliza. Pero el Evangelio nos anuncia que, precisamente en ese momento, no estamos solos, el Señor sale a nuestro encuentro, se pone a nuestro lado, recorre nuestro mismo camino con la discreción de un transeúnte amable que nos quiere abrir los ojos y hacer arder nuestro corazón. Así, cuando las decepciones dejan espacio al encuentro con el Señor, la vida vuelve a nacer a la esperanza y podemos reconciliarnos, con nosotros mismos, con los hermanos y con Dios.

Sigamos entonces el itinerario de este camino que podemos titular: *del fracaso a la esperanza*.

En primer lugar, está el sentimiento de fracaso, que anida en el corazón de estos dos discípulos después de la muerte de Jesús. Habían perseguido un sueño con entusiasmo. En Jesús habían puesto todas sus esperanzas y sus deseos. Ahora, después de la escandalosa muerte en la cruz, le dan la espalda a Jerusalén para volver a casa, a la vida de antes. El suyo es un viaje de regreso, como queriendo olvidar aquella experiencia que ha llenado de amargura sus corazones, aquel Mesías condenado a muerte como un delincuente en la cruz. Vuelven a casa abatidos, «con el semblante triste» (Lc 24,17). Las expectativas que se habían creado quedaron en nada, las esperanzas en las que creyeron se desmoronaron, los sueños que habrían querido realizar dejaron paso a la desilusión y a la amargura.

Esta experiencia que atañe también a nuestra vida y, del mismo modo, al camino espiritual, en todas las ocasiones en las que nos vemos obligados a redimensionar nuestras expectativas y aprender a convivir

¹Pronunciada el 28 de julio de 2022 durante una eucaristía celebrada en su viaje apostólico a Canadá. Accesible online (13/04/2024) en: <https://www.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2022/documents/20220728-ome-lia-beaupre-canada.html>

con la ambigüedad de la realidad, con las sombras de la vida y con nuestras debilidades. Es algo que nos sucede cada vez que nuestros ideales afrontan las decepciones de la vida y nuestros planes caen en el olvido por culpa de nuestras fragilidades; cuando empezamos proyectos de bien pero no tenemos capacidad de llevarlos a cabo (cf. Rm 7,18); cuando en las actividades que nos ocupan o en nuestras relaciones experimentamos —antes o después— una derrota, un error, un revés, una caída. Esto sucede mientras vemos derrumbarse aquello en lo que creímos o con lo que nos comprometimos y también cuando nos sentimos bajo el peso de nuestro pecado y del sentimiento de culpa.

(...)

En este punto, debemos estar atentos a la *tentación de la huida*, que está presente en los dos discípulos del Evangelio. Huir, deshacer el camino, escapar del lugar donde ocurrieron los hechos, intentar que desaparezcan, buscar un “lugar tranquilo” como Emaús con tal de olvidarlos. No hay nada peor, ante los reveses de la vida, que huir para no afrontarlos. Es una tentación del enemigo, que amenaza nuestro camino espiritual y el camino de la Iglesia; nos quiere hacer creer que la derrota es definitiva, quiere paralizarnos con la amargura y la tristeza, convencernos de que no hay nada que hacer y que por tanto no merece la pena encontrar un camino para volver a empezar.

Sin embargo, el Evangelio nos revela que, precisamente en las situaciones de desengaño y de dolor, justamente cuando experimentamos atónitos la violencia del mal y la vergüenza de la culpa, cuando el río de nuestra vida se seca a causa del pecado y del fracaso, cuando desnudos de todo nos parece que ya no nos queda nada, precisamente allí es cuando el Señor sale a nuestro encuentro y camina con nosotros. (...)

Un mensaje de esperanza del P. Caffarel a todos los matrimonios desunidos

Lo primero que tengo que decir a los hogares desunidos es lo siguiente: no se resignen nunca a la desunión. No hay que olvidar que contraer matrimonio es comprometerse a no dejar nunca de desear y perseguir una unión total. Este compromiso lo asumen dos personas, pero después una no se libera de él porque la otra lo descuide o lo niegue. El gran defecto de tantos cristianos casados es que renuncian a trabajar por la

unión y aceptan la división. También faltan a sus compromisos los que trabajan por esta unión sin creer en ella, sin desearla realmente...

La armonía conyugal no es un objeto de lujo o de confort, por lo que los cónyuges no tienen derecho a renunciar a ella. Es necesaria para ellos mismos y para muchos otros. Su desacuerdo dañaría a estos otros tanto como a ellos mismos. En lugar de ser el gran medio de perfección para el hombre y la mujer, un hogar en el que se instala la desunión se convierte en caldo de cultivo de todos los pecados capitales y, a menudo, conduce a la quiebra moral de uno o de ambos cónyuges. Y así como un clima de amor es condición primordial para el desarrollo físico y moral de los hijos, la desunión de los padres desgarrar el núcleo mismo de su ser. La sociedad misma se resiente de este fracaso del hogar; pues ya no es una célula viva que irradia calor y luz, sino un tumor que crece en detrimento del cuerpo social. Por último, añadamos que un hogar roto, en lugar de ser alabanza a la gloria del Amor divino, es unanota desafinada en el concierto de la creación².

Testimonio

Somos Berta Horta y Edgar Laura, miembros de los Equipos de Nuestra Señora en Pemba, capital de la provincia de Cabo Delgado, la más septentrional de Mozambique. Les contaremos cómo vivimos los atentados terroristas en Cabo Delgado, en el barrio de Mocimboa da Praia.

A las 4 de la madrugada del 23 de marzo de 2020 comenzó el ataque, el segundo, mucho más agresivo y aterrador que otro anterior: innumerables personas fueron decapitadas. Un número ingente de personas perdió la vida en estos nuevos atentados, muchas de ellas, amigos nuestros. Vivimos estos ataques con miedo, desorientados, sin saber qué hacer. Estábamos muertos de miedo, presa del pánico, con la preocupación de que quemaran nuestras casas. Temíamos seriamente por nuestras vidas. En medio de todas estas masacres, y para protegernos, nos vimos obligados a abandonar nuestras casas y escondernos en el monte, entre los arbustos y la maleza que rodeaba nuestras casas. Nuestro barrio, a la entrada de la ciudad, está rodeado de mucha vegetación y matorrales, se llama Barrio 30 de julio. Empezamos a notar que mucha gente corría, escapando de todas partes, también de otros barrios, junto con nosotros y algunos de

²HENRI CAFFAREL, "Carta a los matrimonios desunidos", publicado en la revista *L'Anneau d'Or* – Numéro spécial *Amour et souffrance* 15-16 – mai - août 1947.

nuestros vecinos que también huíamos a toda prisa para salvar la vida. Hombres, mujeres, niños, ancianos, personas de todas las edades... huían por miedo a ser masacrados y asesinados.

Al día siguiente, todavía escondidos, conscientes del gran peligro que corríamos, tuvimos que tomar la decisión de nuestras vidas: no teníamos más remedio que tratar de escapar del pueblo y ponernos a salvo. En medio de tanta angustia, pavor y terror, damos gracias a Dios porque, a pesar del miedo, del susto y de todo lo que pasamos, no ocurrió nada grave a nuestra familia ni a las personas que estaban con nosotros. Todos los días, a todas horas, damos gracias a nuestro buen Dios. Tuvimos que dejarlo todo atrás, todo lo que habíamos adquirido a lo largo de los años en los que habíamos trabajado en el norte. Solo pudimos llevar con nosotros algunos documentos personales y nuestra ropa, porque los pocos coches que había no tenían espacio suficiente para transportar más que a otros fugitivos como nosotros. Así que tuvimos que dejar atrás todo lo que teníamos.

Cuando llegamos a Pemba, gracias a Dios y a la preciosa ayuda de nuestros queridos hermanos y hermanas de los Equipos de Nuestra Señora, pudimos seguir poco a poco con nuestras vidas y superar todo el terror que habíamos experimentado. En Pemba nos acogieron calurosamente y nos alojaron en casa de mi suegra, los padres de mi mujer Berta. Vivimos en un espacio muy exiguo, pero muy seguros. Gracias a la inestimable ayuda de nuestros queridos hermanos y hermanas equipistas conseguimos superar poco a poco las dificultades y los traumas vividos. Su apoyo ha sido incondicional, fundamental. En el Equipo que nos acogió, los consejos, lo que compartieron, la fraternidad y la amistad que recibimos fueron una gran fuerza para ayudarnos a superar las dificultades que encontramos y, poco a poco, pudimos reconstruir y recuperar nuestras vidas. Cuando lo perdimos todo, tuvimos que empezar de cero. No fue nada fácil. Damos gracias a nuestro buen Dios, porque ya hemos conseguido que trasladen mi lugar de trabajo a la ciudad de Pemba, donde estoy oficial y definitivamente. Tratando de avanzar poco a poco, vamos construyendo nuestra nueva casita para instalarnos y tener nuestro propio espacio familiar. No hemos vuelto a Cabo Delgado desde que llegamos a Pemba. Confesamos que tenemos miedo: ni siquiera sabemos si un día volveremos. No queremos ni imaginarnos cómo están las propiedades que tuvimos

que dejar atrás, en qué estado se encuentran ahora, incluso si todavía existen... Poco a poco, con la gracia de Dios, con la ayuda de nuestra familia y de nuestros hermanos de los Equipos de Nuestra Señora, nos abrimos paso y superamos los traumas vividos, reconstruyendo poco a poco nuestra nueva vida.

Para orar juntos

También hoy, Señor, nos acompañas en itinerarios humanos que tantas veces se parecen al camino de Emaús.

También nosotros tenemos la impresión de vagar por senderos oscuros en los que no sabemos a qué aferrarnos. Como los discípulos, no siempre sentimos tu presencia en nuestras vidas, sufrimientos, decepciones y desaliento.

Dios Padre nuestro, a menudo nos cuesta discernir los signos de tu presencia en el corazón del mundo y de nuestras vidas. Abre nuestros corazones a tu Palabra. Que tu presencia nos haga más fuertes ante las dudas y el desánimo. Ayúdanos a descubrir que tu Hijo camina con nosotros por el sendero de vida, Él que vive contigo y el Espíritu Santo, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Para la sentada

En los momentos difíciles que pueden surgir en nuestra vida matrimonial, ¿cuál es nuestra relación con Dios? Como los discípulos de Emaús, ¿le damos la espalda y damos un paso atrás en nuestra fe? ¿Nos atrevemos a expresar nuestras decepciones y fracasos en la confianza? ¿Cuáles son los obstáculos que pueden ahogar esta confianza?

Durante el viaje que emprendemos juntos: ¿dejamos espacio para expresar nuestras emociones y comunicar hondamente nuestras experiencias personales? ¿Dejamos espacio para hacerlo con nuestros hijos? ¿En qué medida nuestra acogida y nuestra escucha están marcadas por un profundo respeto del Ser del otro, criatura sagrada, creada a imagen de Dios y digna de todo valor y aprecio?

Para la reunión de equipo

¿Cuáles serían nuestras falsas imágenes o percepciones de Dios?

¿Cómo resultan un obstáculo para un verdadero encuentro personal con el Cristo vivo que actúa en los caminos de nuestras vidas?

Caminar juntos, como matrimonio y en familia, no siempre es fácil: “hacen falta dos para bailar un tango”, teniendo en cuenta que el tango es una danza mística, que une a los bailarines con una mezcla de elegancia y sensualidad. ¿Cuáles serían nuestros gestos y actitudes interiores hacia el otro, especialmente en los momentos difíciles de nuestra relación, que reflejen nuestra comunión más profunda y nuestra unión inseparable?

Oraciones finales

- **Por la canonización del P. Caffarel**
- **Magnificat**

SEGUNDA REUNIÓN: DENTRO DE LA HISTORIA

Introducción

En este capítulo descubrimos a un Dios que no habita en el cielo, sino a un Dios que se hizo carne, que entra en nuestra historia, recorriendo delicadamente nuestros caminos sin imponerse para revelarnos su Rostro amoroso, su Rostro de Padre.

A la escucha de la Palabra de Dios

Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. (Lc 24,15-16)

Somos creación de Dios, fruto de su Amor eterno. Estamos llamados a no pasarnos la vida en la tierra instalados en lo superficial, en la mediocridad, presos del miedo, de la búsqueda de la riqueza mundana, del poder... Reconocemos, por otra parte, que también somos criaturas limitadas en el tiempo, en el espacio, por nuestros propios sentidos... Mientras que nuestro Dios es el Infinito, el Inmortal, que está fuera del tiempo y del espacio.

Un Dios eterno se hace tan pequeño para venir a nuestro encuentro

Para nuestro inmenso asombro, nuestro Dios elige hacerse pequeño; abraza nuestra humanidad, haciéndose hombre. No cesa de acercarse y de recorrer nuestros caminos. Su único objetivo es revelarnos su Imagen, revelarnos su Rostro, revelarnos su Amor.

Volvamos a nuestros dos discípulos de vuelta a casa. No sabemos exactamente quiénes eran. No formaban parte del grupo de los Doce. ¿Estarían contados entre los setenta y dos que Jesús había enviado en misión? Es posible, pero el Evangelio no lo confirma. En cualquier caso, eran personas atentas al mensaje del Señor, pero que lo veían a su manera. Preparando la reunión anterior descubrimos que pensaban

que Jesús era el gran profeta esperado, el que iba a liberar a Israel. Y ahora, Jesús resucitado se les aparece de forma tal que les cuesta reconocerlo. ¿Se trataba de algo externo, de un impedimento en su aspecto físico? Pero el Evangelio nos dice que “sus ojos no eran capaces de reconocerlo”. Como cosa de un impedimento interno, quizá de la voluntad divina, puede que una combinación de ambas. Como si el Señor no quisiera que le reconocieran inmediatamente precisamente por su falta de fe o, al menos porque su idea del Mesías no era correcta.

La fe nos abre los ojos

Reconocer a Jesús resucitado es ante todo un acto de fe. ¿Cómo reconocerlo, no como el hombre que era en su antigua condición biológica, sino como el Señor, exaltado a la derecha del Padre y dador de Vida? ¿Qué permite abrir los ojos?

En la mayoría de los textos que siguen a la resurrección, se nos dice que los discípulos llegan a reconocer al Señor en respuesta a una palabra que se les dirige, la cual les permite reconocer profundamente quién es Jesús.

Durante un retiro de comunidad, una joven monja africana contó: “El misionero que dirigía el retiro puso un ramo de flores sobre una mesa, flores muy comunes en nuestra región. El sacerdote nos preguntó: ‘¿Qué les parecen?’. Le dijimos que flores parecidas se encuentran en casi todas partes. Pero nos mostró lo bonitas que eran. Nos enseñó a mirirlas. Y por fin vimos aquellas flores, las reconocimos”.

Tal vez ocurra lo mismo con la fe en Cristo resucitado (profundizaremos en este aspecto al preparar la 5ª reunión).

Y nosotros, hoy

En tiempos de prueba, confrontados a los dramas de la vida, abatidos por acontecimientos que van en contra de nuestras expectativas, de nuestras aspiraciones... también a nosotros, como a estos dos discípulos, nuestros ojos pueden ser incapaces de reconocerle mientras se nos acerca, más aún, caminando con nosotros. Perdemos toda confianza. Este gran día de la resurrección cambió la historia, pero nos cuesta ver cómo puede cambiar la nuestra.

A la luz de su resurrección, ¿cómo podemos creer profundamente en su Providencia? Dios nos da suficiente luz para que podamos creer, y deja suficiente sombra para que creer siga siendo un acto libre que hay que realizar, una elección que hay que vivir. Algunos dicen que el acto de fe es la condición de la fe operante. Para algunos, la fe parece un impulso espontáneo, feliz, radiante... para otros, parece más bien un debate difícil, doloroso, que hay que reabrir constantemente. El error es pensar que los primeros tienen más fe. La experiencia de la oscuridad también forma parte del misterio de la fe. En la Biblia, las lágrimas de la tarde se alternan con los gritos de alegría de la mañana (Salmo 30,6). También lo vemos en la vida de Jesús: la gloria del Tabor y el anonadamiento de Getsemaní. Y lo encontramos en el testimonio de los místicos, que experimentan tanto las iluminaciones más fervorosas como las desolaciones más sobrecogedoras.

La fe como don y como respuesta

La belleza de la fe, su milagro, consiste en su condición de encuentro entre la gracia de Dios que la otorga y la libertad del ser humano que la ofrece. Un encuentro terreno e incompleto ahora, celestial después, que dará a ver al Padre. Un encuentro que nos da plenamente en Jesús: por su Encarnación, viene a ayudarnos en la tierra, y por su Resurrección, nos abre el cielo.

Y nuestra vida matrimonial

Los dos discípulos de Emaús conversaban entre sí y se hacían preguntas: superar las pruebas significa a menudo, en primer lugar, gritar, llorar y rebelarse.

El primer paso consiste en admitir la derrota. Para superar la prueba, primero hay que gritar, llorar y rebelarse, sin reponerse inmediatamente. Los salmos están llenos de estos gritos y lágrimas: “Desde lo hondo a ti grito”. Y la Biblia nos permite vivir esta rebeldía, como señala Olivier Belleil (laico casado que, desde que redescubrió a Cristo, se apasiona por compartir la fe que le sostiene). No se trata de blasfemar, sino de decir qué es intolerable. Job llega a preguntar a Dios: “Diré a Dios: ‘No me tengas por culpable; dime, en cambio, por qué eres mi adversario’” (Job 10,2).

Denunciar la prueba que nos golpea, nombrarla, ver su carácter insostenible, es una muestra de realismo. “Hay que resurgir de la prueba, pero, para superarla, hay que empezar por vivirla. No es negando la realidad como esquivamos su golpe” (Martin Steffens, filósofo cristiano, Premio Humanista Cristiano y Premio de Literatura Religiosa).

¿Qué actitud adoptar: resignarse o consentir?

Consentir no significa en absoluto resignarse morbosamente o ser complacientes. El reto consiste en abrirse a toda la vida, aprender a improvisar la melodía de nuestra felicidad a partir de las disonancias y no a pesar de ellas. Asumir la discapacidad de un hijo, aceptar vivir con una espina clavada, puede llevar toda una vida, con altibajos. El camino no es lineal. Requiere un cambio interior.

En medio de la prueba, lo único que depende de ti es cómo la asumes, cómo la afrontas. Nos ayudará a darnos cuenta de que, para consentir, tenemos que renunciar a ciertos comportamientos, renunciar a los “¿por qué?” de la muerte del marido, renunciar a los “y si...”: “si mi hijo / mi marido siguiera aquí” ... Estas frases que no conducen a ninguna parte son auténticos venenos porque nos impiden avanzar. Cuando pasas por algo, lo único que depende de ti es cómo lo afrontas: tantas veces sin comprender. Lo que Dios nos pide en primer lugar es, precisamente, que depositemos en Él toda nuestra confianza, que creamos que esta prueba tiene un sentido, que aceptemos que ignoramos cuál es y que nos abandonemos totalmente en los brazos del Padre. Esto es una gracia, fruto de la oración, sobre todo de la intercesión de los demás.

Aceptar no significa estar ya de pie: hay que tomarse un tiempo de convalecencia, soportar los días grises hasta que la herida cicatrice. La sabiduría popular dice: dale tiempo. Esto requiere mucha paciencia, actos de esperanza, una apertura a la existencia, al trabajo que la vida hará por ti. Renacer no consiste en borrarlo todo y empezar de cero, sino en vivir un nuevo comienzo, con nuestras cicatrices que permanecen como los estigmas de Jesús. Algunas heridas no llegan a borrarse.

Nuestro matrimonio es un viaje de dos. En los momentos difíciles, hablamos y nos hacemos preguntas... a veces nuestras discusiones acaban en reproches mutuos. El otro tiene la culpa, aunque no sea del todo culpable. Nos convertimos en extraños el uno para el otro. A veces, el dolor es tan intenso que cada uno se encierra en su propia burbuja, en un frío aislamiento, en una soledad asfixiante.

El propio Jesús se acercó a los dos discípulos, no bruscamente, ni brutalmente, ni por la fuerza. Se aproximó respetando sus deseos. Estaba dispuesto a cambiar de planes para encontrarse con ellos; siguió sus pasos, sometándose a su voluntad. Así es nuestro Dios, siempre dispuesto a humillarse. La única cuenta que saca es el Amor. Un Amor que se inclina para ponerse a nuestro nivel, un Amor que retrocede y nos hace sitio. Un Amor que confía en nosotros, que nos coloca tan alto, que somos creadores con Él. Somos tan bellos a sus ojos que está deseando hacerse Uno con nosotros, unirse a nosotros y unirnos a Él en una profunda comunión.

La imagen de nuestro Dios nos enseña a caminar juntos

Contemplemos esta imagen de un Dios que se revela así: ¿Podremos, como compañeros, tener esta misma mirada, esta misma actitud recíproca, en el camino de nuestra vida en común? ¿Podemos tener la misma compasión el uno por el otro y viceversa?

En un momento en que nos ciegan la crueldad de los acontecimientos, el miedo y la ansiedad, ¿podremos prender juntos el fuego de la fe? ¿Podremos ayudarnos mutuamente a hacer de nuestra fe una decisión? Una fe que grita: “Señor, estás presente con nosotros, aunque nuestros ojos no alcancen a reconocerte, reconocer tu rostro, tu voluntad, el sentido de lo que ocurre en nuestras vidas... Confiamos en que acompañas y guías nuestros pasos. Es más, respetas la dirección que tomamos, cambias tus planes para nosotros, y eres capaz de transformarlo todo para conducirnos a la salvación de nuestras almas. Aunque nuestros ojos sean incapaces de reconocerte, confiamos en que nos llevas en tus brazos. Es sobre todo en estos momentos de fragilidad cuando resplandece la fuerza de tu Amor”.

Y el mundo en el que vivimos

A nuestro alrededor oímos discursos de desesperación sobre el mundo en que vivimos. En un momento u otro, empezamos a gritar nosotros mismos con el profeta Habacuc: “¿Hasta cuándo, Señor, pediré auxilio sin que me oigas, te gritaré: ¡Violencia!, sin que me salves? ¿Por qué me haces ver crímenes y contemplar opresiones? ¿Por qué pones ante mí destrucción y violencia, y surgen disputas y se alzan contiendas?” (Hab 1,2-3). Y entonces llega la respuesta del Señor en forma de promesa: “Mira, el altanero no triunfará, pero el justo por su fe vivirá” (Hab 2,4). Una invitación para que caminemos en la fe.

Después de clamar con el profeta, se nos invita a abrir nuestro corazón. Somos conscientes de nuestra debilidad y suplicamos a Cristo Salvador: “Creo, pero ayuda mi falta de fe” (Mc 9,24). Ayúdanos a nodesesperar, a ver más lejos y más alto que las apariencias, a avanzar hacia la luz. Cristo no nos pide una fe gigantesca, sino una fe sencilla y modesta, como una pequeña semilla. Es suficiente para dar respuesta a nuestras angustias y a las de nuestro mundo. Sí, basta para conmover y transformar nuestra humanidad, demasiado a menudo a la deriva. Es un poco como una lucecita que basta para disipar las tinieblas y devolver la esperanza. Esto es exactamente lo que subraya el Papa en su encíclica *Lumen fidei*³, un magnífico texto lleno de esperanza. La fe, enseña este documento de la Iglesia, nos centra en Cristo, la Luz del mundo, nuestra luz: “La luz de Cristo brilla como en un espejo en el rostro de los cristianos, y así se difunde y llega hasta nosotros, de modo que también nosotros podamos participar en esta visión y reflejar a otros su luz, igual que en la liturgia pascual la luz del cirio enciende otras muchas velas. La fe se transmite, por así decirlo, por contacto, de persona a persona, como una llama enciende otra llama. Los cristianos, en su pobreza, plantan una semilla tan fecunda, que se convierte en un gran árbol que es capaz de llenar el mundo de frutos” (LF 37).

Extracto del relato de la vocación del P. Caffarel

Eso es porque en marzo de 1923, hace exactamente cincuenta años, tomé conciencia de la existencia de Cristo, de la vida de Cristo, del amor de Cristo y de la relación de amor de Cristo con el hombre en

³PAPA FRANCISCO, Encíclica *Lumen fidei*, 2013.

la que consiste la vida cristiana. En un instante Cristo se convirtió en Alguien para mí. Supe que le amaba y que me amaba, y que entre Él y yo era para toda la vida. Aquello fue para mí como la línea divisoria de las aguas.

Hay un antes de aquel marzo de 1923 y un después de aquel marzo de 1923.

Aquello me marcó. Fue una experiencia para siempre, en la vida y en la muerte. Y desde aquel momento mi único deseo ha sido llevar a la gente a entrar en esa intimidad con Cristo, facilitarles el Encuentro, porque eso ha sido capital en mi vida, me ha comunicado la alegría de vivir, la gracia de la vida, el impulso vital.

Por eso no puedo desear para los demás sino este encuentro con Cristo que vive, este descubrimiento de que Dios es Amor.

Extracto de la encíclica del Papa Francisco *Lumen fidei* Fe y familia

52. En el camino de Abrahán hacia la ciudad futura, la Carta a los hebreos se refiere a una bendición que se transmite de padres a hijos (cf. Heb,20-21). El primer ámbito que la fe ilumina en la ciudad de los hombres es la familia. Pienso sobre todo en el matrimonio, como unión estable de un hombre y una mujer: nace de su amor, signo y presencia del amor de Dios, del reconocimiento y la aceptación de la bondad de la diferenciación sexual, que permite a los cónyuges unirse en una sola carne (cf. Gn 2,24) y ser capaces de engendrar una vida nueva, manifestación de la bondad del Creador, de su sabiduría y de su designio de amor. Fundados en este amor, hombre y mujer pueden prometerse amor mutuo con un gesto que compromete toda la vida y que recuerda tantos rasgos de la fe. Prometer un amor para siempre es posible cuando se descubre un plan que sobrepasa los propios proyectos, que nos sostiene y nos permite entregar totalmente nuestro futuro a la persona amada (...).

53. En la familia, la fe está presente en todas las etapas de la vida, comenzando por la infancia: los niños aprenden a fiarse del amor de sus padres. Por eso, es importante que los padres cultiven prácticas comunes de fe en la familia, que acompañen el crecimiento en la fe de

los hijos. Sobre todo, los jóvenes, que atraviesan una edad tan compleja, rica e importante para la fe, deben sentir la cercanía y la atención de la familia y de la comunidad eclesial en su camino de crecimiento en la fe. Todos hemos visto cómo, en las Jornadas Mundiales de la Juventud, los jóvenes manifiestan la alegría de la fe, el compromiso de vivir una fe cada vez más sólida y generosa. Los jóvenes aspiran a una vida grande. El encuentro con Cristo, el dejarse aferrar y guiar por su amor, amplía el horizonte de la existencia, le da una esperanza sólida que no defrauda. La fe no es un refugio para gente pusilánime, sino que ensancha la vida. Hace descubrir una gran llamada, la vocación al amor, y asegura que este amor es digno de fe, que vale la pena ponerse en sus manos, porque está fundado en la fidelidad de Dios, más fuerte que todas nuestras debilidades.

Fuerza que conforta en el sufrimiento

56. San Pablo, escribiendo a los cristianos de Corinto sobre sus tribulaciones y sufrimientos, pone su fe en relación con la predicación del Evangelio. Dice que así se cumple en él el pasaje de la Escritura: «Creí, por eso hablé» (2 Cor 4,13). Es una cita del Salmo 116. El Apóstol se refiere a una expresión del Salmo 116 en la que el salmista exclama: «Tenía fe, aun cuando dije: “¡Qué desgraciado soy!”» (v. 10). Hablar de fe comporta a menudo hablar también de pruebas dolorosas, pero precisamente en ellas san Pablo ve el anuncio más convincente del Evangelio, porque en la debilidad y en el sufrimiento se hace manifiesta y palpable el poder de Dios que supera nuestra debilidad y nuestro sufrimiento. El Apóstol mismo se encuentra en peligro de muerte, una muerte que se convertirá en vida para los cristianos (cf. 2 Cor 4,7-12). En la hora de la prueba, la fe nos ilumina y, precisamente en medio del sufrimiento y la debilidad, aparece claro que «no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor» (2 Cor 4,5). El capítulo 11 de la Carta a los Hebreos termina con una referencia a aquellos que han sufrido por la fe (cf. Heb 1,35-38), entre los cuales ocupa un puesto destacado Moisés, que ha asumido la afrenta de Cristo (cf. v. 26). El cristiano sabe que siempre habrá sufrimiento, pero que le puede dar sentido, puede convertirlo en acto de amor, de entrega confiada en las manos de Dios, que no nos abandona y, de este modo, puede constituir una etapa de crecimiento en la fe y en el amor. Viendo la unión de Cristo con el Padre, incluso en

el momento de mayor sufrimiento en la cruz (cf. Mc 15,34), el cristiano aprende a participar en la misma mirada de Cristo. Incluso la muerte queda iluminada y puede ser vivida como la última llamada de la fe, el último «Sal de tu tierra», el último «Ven», pronunciado por el Padre, en cuyas manos nos ponemos con la confianza de que nos sostendrá incluso en el paso definitivo.

Testimonio Lorena y Pepe Luna

Era un día cualquiera de agosto de 2022 y estábamos, como de costumbre, asistiendo como matrimonio a una reunión social con nuestro Equipo, donde solemos rezar un rosario, compartir comida con nuestros amigos equipistas y nos unimos en un diálogo alegre, quenos embarga de gozo al saber lo que ha ido bien (y, a veces, no tan bien) a nuestros amigos durante el último mes.

Por la tarde llegamos a casa y seguimos la rutina hasta la noche. Cuando entramos a la habitación de nuestra nieta (que vivía con nosotros desde que nació), nos dimos cuenta de que su cuerpo estaba sin vida. Era una princesita, nuestra princesita y durante cinco años había iluminado nuestras vidas con tanta luz como solo lo puede el amor sobrenatural.

Un año antes...

El matrimonio responsable de la super región Hispanoamérica Sur nos invitó a servir como matrimonio responsable de la región Sur de Ecuador. Sin que lo esperáramos, y sin merecerlo, fuimos llamados a un servicio para el cual no nos sentíamos preparados. Después de un rápido discernimiento en común dijimos SÍ, dejando todo en manos de Dios y esperando que Él guiara nuestro camino en aquella nueva vocación de servicio.

No entendíamos por qué nos habían escogido. No sabíamos lo que Dios nos reservaba.

Aquella nueva responsabilidad llamó a nuestra puerta a los 12 años de estar en el movimiento, habiendo ejercido algunas responsabilidades. El Movimiento había logrado mejorar nuestra relación de pareja y hacer de Dios el tercero en nuestra unión; “(...) un cordón de tres cabos no se rompe (...)”.

EN EL CAMINO DE EMAÚS

Poco después de la entrada del Movimiento en nuestras vidas, íbamos a misa todos los domingos, la Eucaristía era nuestro alimento dominical para toda la semana, hacíamos oración personal y conyugal todos los días, participábamos en retiros anuales, estábamos siempre activos en el servicio y en los apostolados del Movimiento, habíamos logrado comunicar a nuestra familia y a nuestros amigos lo bueno que era acercarse a Dios, sentíamos que lo estábamos logrando, sentíamos que estábamos alcanzando esa sintonía con Dios que no habíamos merecido eso hasta entonces.

Pero aquella noche, la noche en la que nuestra princesita dejó inesperadamente esta vida terrenal, nos preguntamos: ¿Qué pasó? ¿Qué hicimos mal? ¿En qué fallamos?

No entendíamos nada, teníamos muchas preguntas y muy pocas respuestas.

Como los discípulos de Emaús, estábamos como matrimonio, inmensamente desolados y desorientados. Nos sentimos vulnerables y frágiles.

Después de perder a nuestra princesita era como tener una herida abierta sangrante. Necesitábamos el amor, el cuidado y la compasión de nuestra familia y amigos, pero sobre todo necesitábamos el amor, el cuidado y la compasión de Dios.

En los días siguientes, entre tanta confusión y esperanza, reanudamos nuestra rutina. Caminamos de la mano esperando el tan esperado consuelo.

Y llegó por fin.

Este dolor, de no haber estado en el Movimiento, nos habría devastado, ni más ni menos. Nos habría destruido como individuos, como matrimonio y, por tanto, como familia. Pero este dolor acompañado de Dios se nos hizo llevadero y nos volvió más fuertes como personas, como matrimonio y como familia.

¿Será que, en los planes indiscutibles de Dios, el paso temporal de nuestra princesita por la tierra fue uno de los acontecimientos? De ser así, ¿Dios nos habría venido preparando para esto durante los 12 años

dentro de los Equipos?

Hoy, como matrimonio, pensamos que sí. Creemos que nos preparó para un acontecimiento tan difícil, como preparó a nuestros hermanos del Equipo 22 para darnos consuelo físico y espiritual.

Para concluir, simplemente quisiéramos decir que en las misteriosas formas de actuar que Dios tiene nos hizo saber que hoy nuestra princesita disfruta de su presencia y también quiso que escribiéramos este testimonio de dolor y tristeza. Dolor y tristeza que Dios mismo tornó en compasión y consuelo.

Para orar juntos

Oremos con el Papa Francisco para crecer en la *luz de la fe*.

Nos dirigimos en oración a María, madre de la Iglesia y madre de nuestra fe.

¡Madre, ayuda nuestra fe!

Abre nuestro oído a la Palabra, para que reconozcamos la voz de Dios y su llamada.

Aviva en nosotros el deseo de seguir sus pasos, saliendo de nuestra tierra y confiando en su promesa.

Ayúdanos a dejarnos tocar por su amor, para que podamos tocarlo en la fe.

Ayúdanos a fiarnos plenamente de él, a creer en su amor, sobre todo en los momentos de tribulación y de cruz, cuando nuestra fe es llamada a crecer y a madurar.

Siembra en nuestra fe la alegría del Resucitado.

Recuérdanos que quien cree nunca está solo.

Enséñanos a mirar con los ojos de Jesús, para que él sea luz en nuestro camino.

Y que esta luz de la fe crezca continuamente en nosotros, hasta que llegue el día sin ocaso, que es el mismo Cristo, tu Hijo, nuestro Señor.

Para la sentada

¿Cómo me dejo inspirar por el ejemplo de nuestro Señor resucitado para saber acercarme con delicadeza al “jardín secreto” de mi cónyuge? Acoger su ser más profundo en una actitud de respeto y compasión. ¿Puedo darme cuenta de que su presencia en mi vida es un regalo del cielo para explorar sin cesar?

¿Nos damos espacio para recibir la fe como una gracia? ¿Cómo? ¿De qué modos concretos podemos apoyarnos unos a otros para crecer en confianza?

Para la reunión de Equipo

¿Cuáles pueden ser los obstáculos que bloquean o ralentizan nuestro camino de fe? ¿Podemos identificarlos y nombrarlos? ¿Cómo podemos apoyarnos unos a otros para comprender mejor este aspecto de nuestra humanidad sin dejar que estas cosas dominen o dirijan nuestras vidas?

¿Cómo damos testimonio de nuestra fe en nuestras familias, nuestras relaciones, nuestra vida diaria, nuestra iglesia? ¿Lo hacemos hablando? ¿Lo hacemos llevando un modo o estilo de vida que interpele a los demás? ¿Podemos compartir ejemplos vivos, concretos, sobre este punto?

Oraciones finales

- **Por la canonización del P. Caffarel**
- **Magnificat**

TERCERA REUNIÓN: CORAZONES INTERPELADOS

Introducción

En este capítulo descubrimos la ternura de un Dios que se abaja para interpelarnos y que se apasiona por escucharnos. Nuestras experiencias de derrota y sufrimiento son tan preciosas para Él que está dispuesto a vaciarse para recibirlas, contenerlas y transformarlas en experiencias de vida.

A la escucha de la Palabra de Dios

Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traen mientras van de camino?». Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». (Lc 24,17-18)

¡Él, que estuvo en el centro de lo que había pasado! Recorrió Galilea con sus discípulos, enseñando y predicando la Buena Nueva del Reino. Durante los tres años de su ministerio, Jesús no dejó de revelarnos el rostro de un Dios misericordioso. Fue rechazado por los fariseos y los maestros de la ley. Su pueblo no pudo comprender su mensaje, hasta el punto de que finalmente fue crucificado en la cruz. Entonces, Aquel que estuvo en el centro de todos estos acontecimientos; que conoce el corazón de los hombres; que conoce el significado del dolor y de la decepción; se acerca a los dos discípulos y les pregunta: ¿Qué conversación es esa que traen mientras van de camino? ¿Qué ha pasado?

Jesús interviene con delicadeza, poniéndose en el lugar de ellos. Con sus preguntas, les mueve a reflexionar, quizá a ir más allá, a mirar más allá de los acontecimientos. Y cuando se acerca a ellos, cuando interviene, maneja sus tiempos, lo hace a su manera. Él conoce el momento oportuno, sabe cómo hacer.

Se les acerca sin imponerse. Quiere escucharlos, entrar en su mundo interior, ver cómo perciben las cosas. Es paciente, ralentiza el paso, camina a su ritmo.

Este texto, con todos sus detalles, nos invita a unirnos a los discípulos en su marcha para descubrir y contemplar el camino de Jesús. Nuestras vidas como individuos y como matrimonios son una especie de recorrido. Transitamos por los senderos de la vida y, con los ojos de la fe, intentamos ver a Jesús que nos acompaña en nuestros caminos. Es él quien toma la iniciativa de acercarse a nosotros, incluso en los momentos más dolorosos; está ahí, en el corazón de nuestras vidas, para consolarnos.

Un Dios de relación

Cuando nuestros corazones están debilitados, agobiados y confusos, nuestro Dios espera que le hablemos de los acontecimientos cotidianos, de lo que nos preocupa, de lo que pesa en nuestros corazones, de lo que nos inquieta personalmente, en nuestras familias, a nuestro alrededor, en el mundo. A menudo nos decimos: pero Dios lo sabe todo, ¿para qué hablar con Él? Y nos aislamos de Él sin saberlo. No nos damos cuenta de que nuestro Dios quiere tener una relación dinámica con nosotros. Nuestro Dios es un Dios de relación. Él abre el diálogo (entra en el jardín con el deseo de hablar con Adán y Eva, los relatos sobre Abraham nos presentan los encuentros como una relación que se reactiva constantemente a través de múltiples diálogos). Un Dios de relación que conversa con nosotros como un amigo. Es muy distinto del Todopoderoso o del eternamente iracundo cuya cólera hay que aplacar. Es el que no apaga la mecha vacilante, el que sale al encuentro de la oveja perdida, el que se acerca a la samaritana y entabla con ella toda una conversación.

Y la relación con nuestro Dios incluye un espacio para nosotros. Nos ofrece el espacio para expresarnos, para dirigirnos a él, sin obstáculos. Existimos para él. Quiere oír nuestras palabras, nuestros gritos... Somos preciosos a sus ojos.

Cleofás respondió: “¿Eres tú el único forastero ...?”. Esta es una de las actitudes que podemos tener cuando Dios interviene en nuestras vidas: tomarlo como “un forastero” que no sabe, ajeno a los acontecimientos de nuestra vida. Lo alejamos de nosotros, nos limitamos a nuestra propia percepción del mundo que nos rodea. Nos resulta difícil ver los acontecimientos a través de sus ojos (examinaremos este aspecto de nuestra relación con Dios en el capítulo 5).

En camino hacia la confianza

Nuestra vida es un itinerario hacia la plenitud de la confianza. Y decir que confiar es fácil significa estar en las nubes. Todos vivimos un continuo combate espiritual para salvaguardar nuestra fe y nuestra confianza. Nuestra vida espiritual ha sido y será siempre un combate, porque el mal nos rodea, está al acecho, a veces incluso nos vence interiormente. Pero esto nunca debe asustarnos, porque nunca estamos abandonados a nuestra suerte, no somos huérfanos. No estamos aquí, en esta vida azarosa, perdidos en la nada. Somos una criatura amada, deseada y salvada por la sangre del Cordero. El Cordero de Dios que se entregó por amor para elevarnos a la santidad. Así que no tengamos miedo al combate espiritual de cada día, que acabará siendo fuente de crecimiento y camino de conversión.

Perseverancia: a cada día su afán

“Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?” (Rom 8,31). Cualesquiera que sean las pruebas a las que nos enfrentemos, si entregamos nuestro corazón y nuestra vida a Jesús, podemos estar seguros de que el mal acabará perdiendo rostro. Nuestra fe es, ante todo, un encuentro con Jesús vivo que camina con nosotros; no en un camino de Judea hace 2024 años, sino aquí y ahora: hoy. Cuando confiemos en este Amor que ya está actuando en nuestros corazones y en nuestras vidas, sanaremos.

El Señor es mi Pastor, nada me falta

El salmo más conocido, el Salmo de David (Salmo 23-22), nos ofrece esta bella imagen del pastor que cuida de sus ovejas y las hace recostar en verdes praderas... A diferencia de otros animales, las ovejas son frágiles: no pueden defenderse con los dientes ni con las garras... no corren, no saben esconderse ni trepar a los árboles para escapar de su depredador. No pueden encontrar su comida sin un pastor que las guíe. Nuestro Pastor conoce nuestra fragilidad humana; conoce a cada una de sus ovejas por su nombre. La belleza de este salmo se ve acentuada por un pequeño detalle. No dice: el Señor es “un” o “el” pastor, sino “mi pastor”, me “conduce” hacia fuentes tranquilas, repara “mis fuerzas”, “me” guía por el sendero justo, por el honor de su nombre... Este salmo sigue siendo actual, se dirige a mí, a ti, a cada uno de nosotros.

Y cada uno de nosotros, hoy... llamado a la humildad

Experimentemos su cercanía, dejémonos tocar por su amor. Aprendamos a conocerle, a amarle y a seguirle cada vez más de cerca. Podemos inspirarnos en la experiencia de tantos hombres y mujeres que, un día, encontraron a Cristo en su camino. Él pasó por su vida, la iluminó y transformó. Se dejaron conquistar y llevar por Él a alturas inauditas. Se convirtieron en antorchas vivas de amor porque encontraron la mirada del Amor infinito posándose en ellos. Miles y miles de santos y mártires, conocidos y desconocidos, que lo sacrificaron todo por él: dinero, poder, amor humano... Y este amor sigue creciendo e invadiendo a la humanidad a lo largo de los siglos.

Ser cristiano no significa en absoluto seguir una secuencia de mandatos y prohibiciones. Al contrario, ser cristiano consiste en encontrarse con la persona de Jesús, que me alimenta con su palabra viva. Nuestra tragedia hoy es que nos perdemos este encuentro personal con Jesús. No lo conocemos porque no lo hemos contemplado a fondo, con amor. Sigamos el ejemplo de los Apóstoles: contemplaron a Cristo hasta el punto de asemejarse a Él. No hicieron cursos ni exámenes. Llamados por Él, le siguieron, vivieron constantemente junto a Él.

Dios está dispuesto a encontrarse con todos, y tiene sus propios modos de hacerlo: la oración, la contemplación, la lectura de la Palabra, los sacramentos, la Misa, la naturaleza, las obras de arte, los iconos. ¿Estamos dispuestos a encontrarle también en nuestras reuniones de equipo, en la Sentada...?

Santa Teresa de Lisieux escribió a su hermana que batallaba en su vida espiritual: “Intentas escalar la montaña de la santidad, pero Dios quiere encontrarte al pie, en el valle fértil de la humildad”. Lo que el Señor me está llamando a comprender es que no quiere encontrarme en un monte imaginario, en el yo de las redes sociales donde sonrío mostrando todos los dientes, o en mis sueños, sino en mi vida real de cada día (el verdadero yo). Su amor no se gana, se recibe. No me ama porque soy bueno, sino porque es Bueno y Misericordioso. Por otra parte, puedo perder mi fe cuando dejo de tener trato frecuente con Él. Mi relación personal, como cualquier vínculo de amistad, necesita alimentarse con el tiempo que pasamos juntos. A veces me doy cuenta de que no puedo confiar sólo en mis fuerzas, sino en una comunidad que me anima y me apoya. Y cada uno de nosotros redescubre su fe concertando una cita con Dios y abriéndole su corazón.

Y nuestra vida matrimonial

Nuestra relación conyugal puede verse alterada por “contaminaciones” que, gradual e insidiosamente, provocan malentendidos, frustraciones y sufrimiento. En última instancia, amenazan y perturban la armonía de nuestra relación. Explorarlas juntos y reflexionar sobre ellas puede guiarnos por un camino de sanación.

- Ambiente de tristeza o monotonía en la relación.
- Indiferencia hacia los problemas, las alegrías, los intereses o el trabajo de la otra persona.
- Cumplidos o miradas de admiración poco frecuentes al cónyuge.
- Silencios entre nosotros, aislamiento, periodos “fríos” en nuestra relación.
- Menor frecuencia de atenciones, amabilidad y ternura entre nosotros.
- Celos, sentimientos de inseguridad.
- Molestias, reproches, resentimientos en la vida cotidiana.
- Falta de proyectos o actividades conjuntas.
- Sensación de que te entienden mejor los demás que tu cónyuge.
- Críticas, dureza, ironía, insinuaciones, insultos.
- Escapismo continuo solo o en pareja, como: pantallas, alcohol, drogas, excesos en el trabajo, deporte, compromisos, etc.

Pero si nos dejamos inspirar por esta relación íntima con Dios para construir nuestra relación de pareja. Nuestra relación, fundada en un amor profundo, se teje y se nutre en las pequeñas atenciones de la vida cotidiana. Podemos detenernos a reflexionar sobre las diferentes actitudes que pueden aumentar el amor en nuestro matrimonio y en nuestra familia. Agradecer a mi cónyuge un servicio prestado, aunque parezca pequeño y normal, perdonar y pedir perdón, aunque se trate de una pequeña indelicadeza... Estos son solo algunos ejemplos, pero nuestra vida está llena de muchos otros. De hecho, la gratitud, el perdón, la oración conyugal, el diálogo sobre nuestros planes y las necesidades del otro... todo contribuye a alimentar la relación, a hacerla tierna y viva.

- **“Por favor”**: decir esto engendra delicadeza y cortesía y evita una relación dominante/dominada.
- **“Gracias”**: la gratitud alivia la relación, valora a la pareja y pide otro regalo.
- **“Perdona”**: pedir perdón evita que la relación se vea dañada por viejos rencores.
- **“Señor”**: rezar juntos nos acerca, aclara los choques cotidianos y armoniza los deseos.
- **“Para nosotros dos”**: tomarse un tiempo juntos es esencial para encontrarse a uno mismo y recuperar el aliento.
- **“¿Qué necesidades?”** Las necesidades de cada uno se exploran constantemente juntos y se reajustan para encontrar el justo equilibrio.
- **“¿Qué proyectos?”** Pueden ser proyectos personales de uno u otro, o proyectos conjuntos. Poder hablar y planificar el futuro juntos es una fuente de felicidad y satisfacción mutuas.

Lo que comparte con nosotros el P. Caffarel

Cuántas veces se apaga el amor entre los cónyuges, el afecto entre los padres, precisamente porque descuidamos nutrirlo y profundizarlo. Nuestros amores humanos requieren encuentros, diálogo, momentos de corazón a corazón. Esto es vital. Lo mismo ocurre con el amor de Dios, que se seca en el alma de un cristiano que no reserva cada día un tiempo para el encuentro con su Señor, para el diálogo, para la intimidad, es decir, para la oración. Esto no es menos vital. Y cuando alguien replica: «¿Y dónde quieres que encuentre tiempo para rezar?» me deja pensativo... La cuestión es si es vital comer, y la cuestión es si es vital rezar.

La presencia de Jesús que nos interpela

Reflexión de Henri Nouwen en su libro *Con el corazón en ascuas: Meditaciones sobre la vida eucarística*.

En el camino de Emaús, Jesús se hizo presente a través de su palabra, y fue esta presencia la que transformó la tristeza en alegría, el luto

en danza. Esto es lo que sucede en cada Eucaristía. Las palabras que se leen y proclaman pretenden conducirnos a la presencia divina y transformar nuestros corazones y nuestras mentes. A menudo pensamos en estas palabras como exhortaciones para cambiar nuestras vidas. Pero el poder primordial de estas palabras no reside en el modo como las ponemos en práctica después de escucharlas, sino en el poder divino de transformación que se ejerce cuando las escuchamos⁴.

Testimonio

Padre: A los cinco años de casarnos tuvimos a nuestro segundo hijo, un varón al que llamamos Yalal. A partir de los seis meses descubrimos que crecía lentamente. El pediatra nos advirtió en nuestra revisión periódica que tenía un retraso en el crecimiento y que, aparentemente, era un niño normal, pero su comportamiento y desarrollo eran más lentos que los de un niño de seis meses, y que debíamos esperar hasta que tuviera 12 meses para hacerle una resonancia magnética.

Madre: El médico nos aconsejó que iniciáramos las terapias específicas que necesitaría a lo largo de su vida: psicomotricidad, fisioterapia, terapia ocupacional y logopedia... Cuando Yalal tenía nueve meses empezamos las sesiones de terapia psicomotriz. Cuando cumplió un año, le hicimos una resonancia magnética cerebral, como estaba previsto.

Tras el resultado de esta radiografía quedamos en estado de shock. Tuve sentimientos encontrados: tristeza, rabia -rabia contra Dios-, ansiedad, duda. Tenía muchas preguntas y muchos reproches personales: ¿qué hice mal para tener un hijo en este estado? Permanecí sumida en un estado de frustración, de negación, durante un largo periodo de mi vida, y lo único que podía hacer con Yalal era acompañarlo a los médicos y a los centros para los distintos tratamientos. El médico nos decía que no había nada que hacer, salvo someterle a esos tratamientos. Además, era difícil encontrar médicos competentes y centros especializados cerca de casa. Con el tiempo, empecé a preocuparme por mi hija mayor, Sophie, que estaba creciendo. Tenía que estar presente en su vida, en el colegio, amistades y en todas sus aficiones. A veces estaba presente y ausente a la vez, intentaba estar con ella en la medida de lo posible, al menos mentalmente.

⁴HENRI NOUWEN; *Con el corazón en ascuas: Meditaciones sobre la vida eucarística*. ST breve (2012). Texto tomado de la p. 49 en la traducción francesa.

Lo que también me ayudó en esta etapa de mi vida fue nuestro compromiso con los Equipos de Nuestra Señora. Durante el periodo en el que descubrimos la enfermedad de Yalal, me resultó difícil enfrentarme al mundo. No se lo dije a nadie, ni siquiera a mis compañeros de equipo. Me costaba aceptarlo ante el mundo, sólo porque temía su mirada de lástima, y sentía que la lástima me destruiría. Tanto es así que en una de nuestras reuniones de equipo no quería hablar del tema, pero de repente me sentí a gusto y abrí mi corazón al grupo y les hablé de Yalal y de su estado.

La reacción de los miembros de nuestro equipo de base fue indescriptible. Nos llevaron en sus oraciones, intercediendo constantemente por nosotros, y nos acompañaron hasta que alcanzamos un estado de tranquilidad y algunos días serenos. Fue una sensación hermosa, y es algo de lo que me gustaría dar testimonio para que todo el mundo sepa hasta qué punto los Equipos de Nuestra Señora fueron y siguen siendo parte integrante de nuestras vidas.

Padre: Cuando nos enteramos de la enfermedad de Yalal, fue un momento muy difícil para nosotros como matrimonio y como familia. Personalmente, como padre, no puedo ocultar que pasé por las mismas preguntas y sentimientos que mi mujer: tristeza, frustración, decepción y ansiedad... Me preguntaba: ¿en qué nos equivocamos para que nos pase esto? ¿Cómo podremos cuidar de Yalal? ¿Será un niño más en el futuro? ¿Qué cuidados necesita? ¿Quién nos va a ayudar? ¿Seremos capaces de ayudarlo a crecer durante toda su vida? Sobre todo, porque los médicos nos decían que estaría así mucho tiempo. Me di cuenta de que la vida no era justa, y no sabíamos de dónde sacaríamos fuerzas para seguir adelante. Siempre le decía a mi mujer: hagamos lo que tengamos que hacer, acompañémosle al tratamiento, cuidémosle, querámosle todo lo que podamos, creemos un equilibrio entre los cuidados que le damos a él y los que damos a nuestra hija, confiando en Dios para el resto. Sin duda, Dios nos ayudará. Confiamos en el Señor porque siempre está presente a nuestro lado.

Tuve que ayudar a mi mujer a superar la crisis por la que estaba pasando; queríamos tener un tercer hijo, pero la dificultad de la situación no permitía a mi mujer pensar en ello ni a mí abrirle a ello. Más tarde descubrimos que, efectivamente, el Señor estaba presente

y caminaba con nosotros sin sentir su presencia. Estaba obrando de forma extraordinaria, dándonos el apoyo y la fuerza suficientes para aceptar el estado de salud y los cuidados médicos de Yalal. No olvidemos las dificultades financieras que acompañaron a este estado. El coste del tratamiento era elevado, pero las cosas se resolvieron como por arte de magia.

También nos dimos cuenta de que cuando uno de nosotros atravesaba un estado emocional o espiritual difícil, el cónyuge, con la ayuda del Señor, seguía adelante, por lo que siempre tuvimos paz y valor, de modo que pudimos seguir juntos acompañando a Yalal, ayer, lo estamos haciendo hoy, y lo haremos mañana y ad infinitum. Toda la familia ha sido puesta a prueba, pero esta prueba nos ha enseñado a vivir mejor el amor en nuestra familia y nos ha hecho darnos cuenta de que el amor incondicional es más importante que el problema en sí mismo. Cada vez que amamos más, el don y la alegría brillan en nuestros corazones para siempre.

Para orar juntos
Salmo de David.

Salmo 23(22)

***El Señor es mi Pastor, nada me falta;
en verdes praderas me hace recostar;
me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas;
me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre.***

***Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan.***

***Preparas una mesa ante mí,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa.***

***Tu bondad y tu misericordia me acompañan
todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por años sin término.***

Para la sentada

¿Somos conscientes de la importancia de mantener y cuidar la calidad de nuestra relación de pareja? ¿Cuáles son los pasos concretos que queremos dar hacia una mayor armonía?

¿Cómo podemos ayudarnos mutuamente a profundizar nuestra relación con Dios y darle un lugar más importante en nuestras vidas, nuestras decisiones y nuestras orientaciones?

Para la reunión de Equipo

Dar un testimonio personal o como matrimonio de un encuentro personal con el Señor a lo largo del camino de nuestra vida. ¿Estamos atentos a los signos de su presencia y a su visita para venir a nuestro encuentro?

¿A qué cambio(s) estamos llamados como resultado de nuestro encuentro con Él? ¿Cuáles son los frutos de nuestra conversión que estamos dispuestos a compartir con los demás?

Oraciones finales

- **Por la canonización del P. Caffarel**
- **Magnificat**

CUARTA REUNIÓN: CORAZONES INSEGUROS

Introducción

En este capítulo exploramos la incertidumbre y la confusión en nuestro camino de fe, en la oración, en nuestra relación con Dios, y descubrimos un camino de apertura a su misteriosa presencia en el corazón de nuestras vidas.

A la escucha de la Palabra de Dios

Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron» (Lc 24,19-24)

Volvamos al camino de Emaús para juntarnos con los dos discípulos. Por supuesto, nuestro objetivo es vivir una experiencia espiritual que nos ayude a crecer en nuestra fe, como individuos y como matrimonios. Recorremos los caminos de nuestra vida y a veces tenemos la impresión de caminar en el caos, o al menos de caminar en la incertidumbre. Con todo lo que llevamos en el corazón, en la familia, en nuestras relaciones... a veces nos resulta difícil comprender el sentido profundo de lo que teje nuestra vida y la del mundo.

Fijémonos en la forma como enseña Jesús, que no es en absoluto arbitraria. Después de tomarse su tiempo para conocer a los discípulos, para compartir los aspectos cotidianos de su vida -el caminar-, ahora le interesa introducirlos en una historia. Reabre el diálogo y les dirige esta pregunta: “¿Qué conversación es esa que traen mientras van

de camino?” Les invita a contar lo sucedido. Parece que una cosa es vivir los acontecimientos y otra muy distinta contarlos. Es como si Jesús los animara a ordenar sus pensamientos, a elegir sus palabras, a organizarlas... Y eso es exactamente lo que hicieron. Comienzan a responderle. ¿Qué dicen? ¿Qué dicen de Jesús? ¿Cómo se implican en la historia que cuentan? Podemos elegir algunas palabras:

Jesús el Nazareno: Se trata de una persona identificada, conocida y bien situada en la historia. Alguien con quien probablemente convivieron durante años.

Un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo: Por eso no le veían como a un hombre corriente, como los demás. Fueron testigos de sus enseñanzas, de las obras de sus manos que llevaron consuelo y curación interior a almas y cuerpos debilitados por dolencias y enfermedades diversas.

Los sumos sacerdotes y nuestros jefes: Ahí se meten de lleno en la historia; se trata de los dirigentes de su pueblo... Y cuentan toda la sobria historia de la Pasión y la muerte, sin detalles, pero transmitiendo todo el horror. Esperaban que Jesús liberara Israel, rompiendo el yugo de la ocupación, restaurando su soberanía. Un mesías con una perspectiva plenamente humana. Su decepción queda a la altura de su antigua esperanza.

Ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió: Tres días es el tiempo que tarda la muerte en hacer mella. Sólo después de tres días se consideraba que las personas estaban verdaderamente muertas. Esta referencia parece esencial para comprender que, antes de la alegría de la Pascua, se encuentra el final que la muerte significa a nuestros ojos.

Los dos discípulos dieron su propio testimonio. Sin darse cuenta, habían entrado en contacto con aquel desconocido, porque les había hecho una pregunta y estaba dispuesto a escucharlos. Sus palabras dieron forma a su experiencia emocional, a su frustración, a su incertidumbre, a su miedo profundo oculto tras una gran decepción. Y Jesús, el que penetra los secretos del corazón (Salmo 44,21), necesitaba escuchar sus palabras, su propia percepción de las cosas, su sufrimiento, su amargura... ¿No es extraño? ¡Jesús lo sabía todo! Él estaba en el

centro de todos esos acontecimientos, por lo que ¿qué sentido tenía interrogarlos sobre lo ocurrido?

Un Dios que cuestiona

Cuando escrutamos las Escrituras, nos damos cuenta de que Dios mismo a menudo hace preguntas y más preguntas. En el Jardín del Edén, Dios pregunta a Adán dónde está y qué ha hecho (Gn 3,9-11). En el desierto, Dios pregunta a Moisés qué tiene en la mano (Ex 4,2). Los Evangelios también nos muestran a Jesús en diálogo constante con hombres y mujeres como nosotros: madres, hombres, enfermos, viudas, ciegos... Se interesa por lo que nos preocupa y nos pide que hablemos. Sus preguntas pueden llevarnos a un nuevo descubrimiento, tal vez incluso a la realización de nuestros deseos más profundos, lo que realmente queremos.

Un Dios que se ofrece

Jesús nos hace preguntas para que podamos entrar en una relación amorosa con él. Su objetivo no es pronunciar discursos moralistas, darnos una ley o unos principios. Cuando nos habla, dice poco y nunca para decir naderías. Sabe el precio de las palabras y es parco. No se vale de largos discursos, sino de palabras significativas y profundas. Al escucharnos atentamente, quiere sin duda conocernos, pero también desea invitarnos a entrar en una profunda comunión con él. Quiere conocernos y darse a conocer. Se trata, en efecto, de una dinámica relacional recíproca.

Un Dios que libera

Cuando Jesús pregunta a los discípulos de Emaús, les da la libertad de contar su propia historia, basada en su propia experiencia y realidad. La historia que cuentan se convierte en la expresión de su hábitat interior, sentimientos, deseos, miedos, esperanzas y sueños. Esta expresión de su interior les permitirá abrirse a lo nuevo, al más allá, a los horizontes de la Resurrección. Hablar tiene un efecto liberador. Poner palabras a sus experiencias puede calmar la ansiedad, restaurar el orden en la mente y crear un nuevo espacio para acoger una nueva luz.

Un Dios que llama

Jesús entabla un diálogo para entrar en comunicación. Reconoce el valor de su interlocutor como contraparte en la relación, en un clima de respeto a su dignidad de persona capaz de recibir el don de la esperanza y de asumir su papel de coprotagonista. Una llamada a compartir el misterio de la Resurrección.

Por supuesto, las preguntas de Jesús no pretenden obtener información. Dios es un Padre que utiliza el lenguaje para enseñar en el contexto de una relación. Es como un profesor que utiliza las preguntas para implicar a sus alumnos. Jesús nos hace preguntas para invitarnos a reflexionar y guiarnos hacia la verdad. Cuando pregunta, no es porque no sepa la respuesta, sino porque quiere que la sepamos.

Y nosotros, hoy: llamados a comunicar

A veces me siento desorientado, mis pasos parecen inciertos, ya no sé exactamente dónde depositar mi confianza... Tengo la impresión de dar vueltas en redondo, atascado en un callejón sin salida, sin comprender ya el sentido de los acontecimientos de mi vida. La indecisión, la incertidumbre, la frustración y el miedo al futuro son sentimientos desagradables, una tormenta interior que expulsa la paz de mi corazón. ¿Dónde puedo refugiarme? ¿Cómo redescubrir la alegría de vivir?

Y el Señor conoce mi corazón vacilante. Se acerca a mí y me pregunta qué me preocupa. Lo mismo que hizo con los discípulos de Emaús. ¿Estoy dispuesto a escucharle cuando me hace una pregunta? ¿Estoy dispuesto a entrar en comunicación con Él, a expresarle libremente, con mis propias palabras, lo que me preocupa? Hoy se me dirige una nueva invitación: me pongo al lado de estos dos discípulos y le cuento mi propia historia. Le entrego mi carga, confiando en que caminará a mi lado y me escuchará. Que hoy me dirija a Dios con las palabras de David en el Salmo 139: “Señor, tú me sondeas y me conoces... de lejos penetras mis pensamientos... Me estrechas detrás y delante, me cubres con tu palma... ¿Adónde iré lejos de tu aliento, adónde escaparé de tu mirada?”.

Los que creen en Jesús pueden estar en paz a pesar de las incertidumbres de la vida, porque tienen la seguridad de que su Padre ama a sus hijos y se ocupa de sus necesidades (Mt 6,25-34). Podemos confiarle todas nuestras preocupaciones con reconocimiento, sabiendo que Él satisfará nuestras necesidades y nos dará la paz (Flp 4,6-7). “Y la paz de Dios, que supera todo juicio, custodiará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús”, nos dice el apóstol Pablo (v. 7). Decir que la paz de Dios sobrepasa todo entendimiento revela nuestra incapacidad para explicarla, pero también la posibilidad de que la experimentemos, ya que esta paz custodia nuestros corazones y nuestras mentes. Nuestra paz proviene de la certeza de que el Señor nos ama y tiene en sus manos nuestra vida. Solo Él puede darnos el consuelo que necesitamos para calmar nuestros nervios, llenarnos de esperanza y relajarnos incluso en medio de cambios y desafíos. ¿Estamos dispuestos a embarcarnos en esta aventura de amor, a abrirnos al corazón de Aquel que nos espera y nos ama desde la eternidad? ¿Estamos dispuestos a renovar cada día nuestra voluntad de dirigirnos a Jesús como a un amigo?

Y nuestra vida matrimonial

Aprender a comunicarnos con Dios nos ayuda a comunicarnos mejor con nuestro cónyuge y nuestra familia. La comunicación verdadera y sincera es un fundamento esencial en la vida de una pareja. Es un arte que se adquiere con el tiempo. Decir que comunicarse es una tarea fácil y que surge de forma natural sin ningún esfuerzo nos parece a muchos una utopía, porque en toda pareja hay tensiones. Comunicarse nunca está exento de desafíos, pero no es imposible, porque es un proceso de aprendizaje que se basa en el amor y la convicción. La felicidad común es un trabajo constante, que se construye con voluntad y diciendo la verdad. Comunicarse en pareja no es sólo hablar de hechos, sino de cómo uno se siente en una situación concreta. Cuando una pareja se hace confidencias, el diálogo les permite descubrirse a sí mismos y al otro tal como son. Y esto refuerza el amor conyugal. Además, confiar tus debilidades, miedos y defectos, y saber que te aceptan y te quieren a pesar de todo, es una fuente de gran alegría para la vida en común. La comunicación genera la realización individual de cada uno de los cónyuges, así como la realización de su matrimonio como entidad que merece la pena cuidar para avanzar plenamente hacia la santidad. Todos tenemos una necesidad vital de vivir en armonía y en

plena realización, y esta necesidad es tanto más cierta en el ámbito del matrimonio y de la familia.

Oración para reavivar el enamoramiento

Era mi amigo, mi amado. Hoy, él/ella es como mi mejor enemigo. No es exactamente la guerra, pero tampoco la paz. Él/ella siempre está ahí a corta distancia, en el salón, en la mesa, en la cama. Sus actitudes, sus tics, sus palabras revelan por milésima vez hasta qué punto me exaspera. No entiende que lo que le parece insignificante me saca de quicio. ¿Cómo puedo decírselo?

Tú puedes, Señor, que habitas en su corazón.

Alivia también el mío, porque no puedo esperar a que cambie la situación. Muéstrame cuánta responsabilidad tengo en mis dificultades para amar a mi cónyuge. ¿Y si, al saber cómo superar la amargura de mi corazón, mi amor por él/ella creciera y se fortaleciera?

Es preciso que conozca las expectativas de mi cónyuge si queremos permanecer unidos por el vínculo del matrimonio.

Necesito mirarle con confianza y no con desconfianza, con perdón y no con recelo, con fe y no con confusión.

Cambia mi corazón y el de mi cónyuge para que podamos saborear la felicidad que nos has prometido.

Transforma mi corazón para que pueda acogerle de nuevo. Ven y bendice a mi cónyuge. Amén. (Fuente: Aleteia)

Y el mundo en el que vivimos

En el momento de escribir estas líneas, las noticias no cesan de hablar del mal que persiste bajo múltiples formas: violencia, terrorismo, guerras, asesinatos, destrucción, corrupción, violaciones de los derechos humanos y desprecio de las aspiraciones legítimas: en Ucrania, en Tierra Santa, en Líbano, en Argentina, en Sudán, en Haití, en Myanmar... y en muchos otros rincones del mundo que experimentan la decepción de los dos discípulos de Emaús: una decepción al ver la fuerza del mal imperante, la mano de la muerte que destruye la vida. Podemos fácilmente apartar la mirada, si estamos lejos, y decimos

que no es asunto nuestro, y dejarnos arrastrar así por la trampa de la indiferencia. O, si nos vemos afectados por lo que sucede a nuestro alrededor, podemos dejarnos caer en la trampa del pesimismo y la depresión. Nuestro mundo de hoy grita de dolor por doquier. ¿Cómo podemos reavivar en nuestros corazones ese destello de esperanza que crece en la fuerza de la Vida y de la Resurrección? ¿Podemos creer profundamente en la fuerza misteriosa del Amor que puede traer consuelo, ternura y empatía? ¿Pueden nuestras manos, nuestros ojos, nuestras palabras, nuestros gestos... por humildes que sean, ser nuevas semillas de vida que ayuden a crear un mundo nuevo? ¿Nos atrevemos a abrimos a la Esperanza?

Lo que comparte el P. Caffarel sobre la belleza del matrimonio cristiano

Dios dice: “Matrimonio cristiano, eres mi orgullo y mi esperanza. Cuando creé el cielo y la tierra, y en el cielo las grandes luminarias, vi en mis criaturas vestigios de mis perfecciones, y pensé que eso era bueno. Cuando cubrí la tierra con su gran manto de campos y bosques, vi que era bueno. Cuando creé los incontables animales según su especie, contemplé en estos seres vivientes y pululantes un reflejo de mi vida desbordante, y comprobé que esto era bueno. De toda mi creación surgió un gran himno solemne y jubiloso que celebraba mi gloria y mis perfecciones. Y, sin embargo, en ninguna parte vi la imagen de lo que es mi vida más secreta, más ferviente. Así que sentí la necesidad de revelar lo mejor de mí mismo: y ésa fue mi mayor invención. Así que te creé, pareja humana, «a mi imagen y semejanza», y vi que eso era muy bueno. En medio de este universo, en el que cada criatura exalta mi gloria y celebra mis perfecciones, había surgido por fin el amor para revelar mi Amor. Pareja humana, mi criatura amada, mi testigo privilegiado, ¿comprendes por qué me eres cara entre todas las criaturas, comprendes la inmensa esperanza que pongo en ti? Eres portadora de mi reputación, de mi gloria, eres el gran motivo de esperanza del universo... porque eres Amor. Que así sea”⁵.

⁵HENRI CAFFAREL. Extracto de la conferencia *Los Equipos de Nuestra Señora frente al ateísmo*. Roma, 5 de mayo de 1970. Accesible online (17/04/2024) en: <https://equiposens.org/descargar/a-las-fuentes-de-los-ENS>

Extracto del libro de Henri Nouwen

Jesús, al escucharnos:

Cuando los dos viajeros regresan a casa llorando su pérdida, Jesús sale a su encuentro y camina con ellos, pero sus ojos son incapaces de reconocerle. De repente, ya no son dos, sino tres las personas que caminan, y todo cambia. Los dos amigos ya no caminan con la cabeza inclinada, sino que miran fijo a los ojos al desconocido que acaba de unirse a ellos y les pregunta: “¿Qué conversación es esa que traen mientras van de camino?”. Se sorprenden, agitados incluso: “¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?” Entonces empiezan a contar esta larga historia; la de una pérdida, una historia de informaciones misteriosas sobre un sepulcro vacío. Aquí al menos hay alguien dispuesto a escuchar, alguien dispuesto a oírlos hablar de su desilusión, de su tristeza y de su confusión más absoluta. Nada parece tener sentido. Pero es mejor contárselo a un desconocido que repetirse lo que uno ya se sabe.⁶

Testimonio

Nuestra relación empezó con una fuerte fe en Dios y el deseo de seguir su voluntad. Como en cualquier relación nueva, encontramos dificultades y afrontamos muchos retos, sobre todo cuando nos trasladamos a un nuevo país, lejos de nuestra familia y amigos. Intentamos mantener a Dios en nuestras vidas a través de nuestras oraciones personales diarias y asistiendo regularmente a misa cada semana, pero sentíamos que Dios estaba lejos y en silencio. También nos resultaba difícil comunicarnos entre nosotros. Nuestras conversaciones francas eran escasas, ya que estábamos ocupados y apresurados por nuestro trabajo y nuestras responsabilidades diarias. Sentíamos que nos estábamos distanciando y perdiendo la conexión que una vez tuvimos. Sentíamos que Dios no estaba presente en nuestras vidas. Con el tiempo, nos distanciábamos. Intentamos diversos modos de mejorar nuestra comunicación, pero la cerrazón y la falta de escucha nos lo impidieron. La incertidumbre y la confusión en nuestro camino de fe hicieron que nuestra relación con Dios fuera fría y distante.

⁶ HENRI NOUWEN; Con el corazón en ascuas: Meditaciones sobre la vida eucarística. ST breve (2012). Texto tomado de la p. 39 en la traducción francesa.

Nuestro encuentro con los ENS

El Señor, en su misericordia y providencia, ha puesto a los ENS en nuestro camino. Nos unimos a estos equipos con la esperanza de encontrar apoyo y orientación para nuestro matrimonio y nuestra vida espiritual. No esperábamos el cambio positivo que Dios había preparado para nosotros. A través de estos equipos, aprendimos a practicar la “sentada”, un momento mensual en el que compartimos nuestros pensamientos, sentimientos, alegrías, penas y problemas. También aprendimos a orar juntos, a leer la palabra de Dios y a buscar su voluntad. Nos costó un tiempo abrirnos y permitir que nuestro cónyuge entrara en nuestros pensamientos. Al principio dudábamos, pero en cuanto recordábamos que Jesús estaba con nosotros, estábamos más dispuestos a escuchar, a compartir y a entendernos mejor. Al seguir los pasos de la “sentada”, notamos un cambio positivo en nuestra relación. Nos volvimos más atentos a la hora de escuchar, comprender y apreciar al otro. Nos dimos cuenta de que el amor no es sólo un sentimiento, sino una elección y un comportamiento. Descubrimos la belleza y el poder del secreto de la reconciliación, la gracia y la paz que aporta a nuestra relación. Nos moríamos de ganas de sentarnos a hablar para saber más. El amor seguía ahí, pero no era suficiente. La “sentada” era necesaria para transformar el amor de sentimiento a comportamiento.

Hemos crecido en fe y amor

Sobre todo, sentimos realmente la presencia continua de Dios en nuestras vidas. Nos dimos cuenta de que seguía llevándonos de la mano durante todo el camino, pero estábamos tan preocupados por muchas cosas que no podíamos oírle ni reconocerle. Estábamos tan dispersos y sordos que no podíamos oír su voz entre nosotros ni reconocerle, como los discípulos de Emaús. Dios nos hablaba siempre de diferentes maneras, pero no le reconocíamos. Era Él quien nos ayudaba y nos guiaba en nuestras decisiones y en nuestro camino por la vida. El Señor siempre está esperándonos a la puerta, y nosotros tenemos que abrirle para que entre y reine en nuestras vidas.

Aprendimos a confiar en Dios y a apoyarnos más en él, a confiarle nuestros problemas y preocupaciones. Experimentamos su amor y

su gracia tangiblemente, y nos sentimos cerca de Él y de los demás. Descubrimos cómo abrimos a su misteriosa presencia en el corazón de nuestras vidas. Ahora estamos convencidos de que Dios está siempre con nosotros y de que tiene un plan y un designio para nuestro matrimonio.

**Para orar juntos *la Oración del abandono*
con San Carlos de Foucauld**

*Padre mío,
me abandono a Ti.*

Haz de mí lo que quieras.

Lo que hagas de mí te lo agradezco.

*Estoy dispuesto a todo,
lo acepto todo,
con tal que Tu voluntad se haga en mí
y en todas tus criaturas;
no deseo nada más, Dios mío.*

*Pongo mi vida en Tus manos.
Te la doy, Dios mío,
con todo el amor de mi corazón,
porque te amo,
y porque para mí amarte es darme,
entregarme en Tus manos sin medida,
con infinita confianza,
porque Tu eres mi Padre.*

Para la sentada

¿Cómo cultivamos la comunicación en nuestra vida cotidiana? ¿Somos conscientes y estamos atentos a sus beneficios o a las consecuencias de su ausencia?

Cuando me comunico con mi cónyuge, me revelo y me doy a conocer. ¿Podemos compartir experiencias en este ámbito? ¿Qué papel ha desempeñado la escucha atenta en estas experiencias?

Para la reunión de Equipo

¿Nos comunicamos bien como equipistas? ¿Dejamos suficiente espacio para la escucha y el respeto mutuo?

Cada uno de nosotros puede pasar por una experiencia de incertidumbre en su vida (individualmente o como matrimonio). ¿De qué manera estamos dispuestos a apoyarnos mutuamente? ¿Lo hacemos para vivir en profundidad el espíritu de familia y de fraternidad?

Oraciones finales

- **Por la canonización del P. Caffarel**
- **Magnificat**

QUINTA REUNIÓN: CORAZONES ABIERTOS A LA PALABRA DE DIOS

Introducción

En este capítulo descubrimos a un Dios que se revela a través de las Escrituras. Se nos anima a comprometernos en la escucha de su Palabra, que nos ayuda a conocerle en su Verdad y en su Esencia, que son el Amor.

A la escucha de la Palabra de Dios

Entonces él les dijo: «¡Qué necios y torpes son para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?». Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. (Lc 24,25-27)

Durante años Jesús se topó con gente que no comprendía quién era. Pero esto nunca le arredró. Siguió esforzándose, con un corazón inflamado de amor por todos, por la salvación de toda la humanidad. Sus palabras no eran teología alambicada, sino con lenguaje sencillo, a veces con imágenes y ejemplos de la vida cotidiana. Quería que su mensaje calara directamente en el corazón. Y, sin embargo, aquí está de nuevo, confrontado a esos dos discípulos que parecen no haber oído nada, no haber entendido nada de todo lo que había compartido y anunciado... apenas el escándalo del anuncio de su ineludible Pasión.

Para Jesús, todo sucedió como le ocurrió a Moisés al enfrentarse a los egipcios de corazón obstinado. El mismo Jesús lo expresa bien en Mateo 13,10-17: “Por eso les hablo en parábolas, porque miran sin ver y escuchan sin oír ni entender. Así se cumple en ellos la profecía de Isaías: ‘Oirán con los oídos sin entender; mirarán con los ojos sin ver; porque está embotado el corazón de este pueblo, son duros de oído, han cerrado los ojos; para no ver con los ojos, ni oír con los oídos, ni entender con el corazón, ni convertirse para que yo los cure’ Bienaventurados sus ojos porque ven y sus oídos porque oyen. En verdad les digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que ustedes ven y no lo vieron, y oír lo que oyen y no lo oyeron”.

¡Qué necios y torpes son!

¿Expresan estas palabras de Jesús un reproche, una crítica...? O más bien una invitación a reconocer nuestras limitaciones humanas, nuestra miopía y nuestra incapacidad para percibir y comprender el plan de Dios por nosotros mismos, a través de nuestra lógica puramente humana. Una invitación a reconocer que no es a través de nuestros pensamientos y razonamientos como comprenderemos la Sabiduría de nuestro Padre y Creador, sino a través de una apertura del corazón a las explicaciones de Jesús.

Les explicó...

Es Jesús resucitado, que ha vencido a las tinieblas de la muerte, quien les explica las Escrituras. Y esta vez, recibirán el don de la inteligencia para comprender... Un poco más tarde, en Lucas, Jesús se presentó en medio de sus discípulos y les muestra las manos y los pies porque aún no podían creerlo... Come delante de ellos, luego les explica todo lo que está escrito sobre Él y les revela el sentido del Misterio Pascual. Y Lucas añade: “Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras”. Y el Evangelio según Lucas termina con una promesa a los discípulos: “quédense en la ciudad hasta que se revistan de la fuerza que viene de lo alto”.

Tiempo de acoger el don del Espíritu Santo

Es casi imposible que entremos en la lógica de Dios y comprendamos en profundidad la Sagrada Escritura sin el don del Espíritu Santo. Este Espíritu nos fue infundido por la Resurrección de Nuestro Señor, y sólo Él es capaz de abrirnos los tesoros de la Palabra, para que seamos anunciadores de esta riqueza inagotable en el mundo. “¿Quién, pues, es capaz de comprender toda la riqueza de una sola palabra tuya, Señor? Lo que comprendemos es mucho menos de lo que dejamos, como sucede con sedientos que beben de un manantial. Las perspectivas de tu palabra son muchas, como lo son las orientaciones de quienes la estudian. El Señor ha coloreado su palabra con muchas bellezas, para que cada uno de los que la escrutan pueda contemplar lo que ama. Y en su palabra ha escondido todos los tesoros, para que cada uno encuentre riqueza en lo que medita” (San Efrén).

El papel del Espíritu Santo en nuestra comprensión cada vez más profunda de la Palabra

Sin la acción del Espíritu Santo, corremos el riesgo de quedarnos encerrados en el propio texto. Estamos llamados a descubrir el aspecto inspirado, dinámico y espiritual de todo texto sagrado. Como nos recuerda el Apóstol, “la letra mata, mientras que el Espíritu da vida” (2 Cor 3,6). Así, el Espíritu Santo transforma la Escritura en palabra viva de Dios, vivida y transmitida en la fe de su pueblo santo.

El Espíritu Santo actúa en quienes escuchan la Palabra de Dios. Tanto más cierto es que, con Jesucristo, la revelación de Dios alcanzó su cumplimiento y su plenitud, pero lo que es aún más maravilloso es que el Espíritu Santo prosigue su acción a través de la vida de cada uno de nosotros. Antes de convertirse en un texto escrito, la Palabra de Dios fue transmitida oralmente y mantenida viva por la fe de un pueblo que la reconocía como su propia historia. Así pues, nuestra fe se basa en una Palabra viva y no en un simple relato o en un simple libro.

Y nosotros, hoy

La historia de Dios con su pueblo continúa. Desde el Antiguo Testamento, que narra el itinerario del pueblo de Dios, hasta el Nuevo Testamento, que revela la persona de Jesús como Hermano, Hijo único del Padre y Salvador, ¿cómo puedo formar parte de esta historia? ¿Cómo acojo personalmente la Palabra de Dios en mi vida? No debemos olvidar la enseñanza que viene del libro del Apocalipsis, que dice del Señor que está de pie a la puerta y llama; que si alguien escucha su voz y abre la puerta, entrará en su casa y cenará con él (cf. 3,20). Cristo Jesús, a través de la Sagrada Escritura, llama a nuestra puerta; si escuchamos y abrimos la puerta de nuestra mente y de nuestro corazón, entonces Él entrará en nuestra vida y morará con nosotros.

San Carlos de Foucauld es famoso por la pasión que sentía por su amado Jesús de Nazaret. Pasaba horas leyendo la Biblia y meditando. En una de sus cartas a su amigo Louis Massignon, decía: “Leer y releer el Evangelio debe ser como la gota que cae sobre una losa día tras día, y que acaba dejando su huella. La relectura regular y repetida del Evangelio nos marca con el espíritu del Evangelio”.

Una palabra para el futuro... también para hoy

Como sabemos, los textos sagrados tienen una función profética; hablan del futuro, por ejemplo, evocando el Reino que vendrá en la plenitud de los tiempos, pero no solo eso. La palabra de Dios se dirige a nosotros ahora, en el presente. Se refiere al hoy de los que se alimentan de dicha palabra.

La Palabra de Dios es dulcísima

Nos trae alegría interior y consuelo. Saborear la ternura y el amor de un Dios-Padre que se apasiona por vincularse con nosotros en una amistad única y en una relación íntima. Esta es la fuente profunda de nuestra alegría. Y en los momentos de prueba, darnos cuenta de que no somos abandonados, sino llevados, sostenidos, fortalecidos... misteriosamente salvados.

La Palabra de Dios también contiene amargura

Cuando nos damos cuenta de lo difícil que nos resulta vivir la Palabra de manera coherente. Y hasta a veces la rechazamos pensando que no sirve para dar sentido a nuestra vida.

La Palabra de Dios nos desafía

Nos provoca sobre todo cuando atañe a la caridad. La Palabra de Dios nos recuerda constantemente el amor misericordioso del Padre, que pide a sus hijos vivir en la caridad. Imitar a Jesús en su compasión, en su mirada amorosa, en toda su vida, que es expresión plena y perfecta de un amor divino que se ofrece a TODOS sin reservas. Uno de los grandes desafíos para nuestra vida hoy es escuchar las Sagradas Escrituras y dejar que nos transformen para practicar la misericordia. Recibir esta Palabra como una llamada permanente para que todos salgamos del individualismo (que conduce a la esterilidad) hacia el compartir y la solidaridad.

Y nuestra vida matrimonial: de la intimidad entre dos a la intimidad juntos con Dios

Conocer mejor a Jesús es fruto de la voluntad de familiarizarnos con su palabra, de escucharle una y otra vez. Es como querer saciarse de una

fuerza infinita y abundantísima. En la intimidad de nuestra relación con Él, a través de la oración y la meditación de las Sagradas Escrituras, Jesús se da a conocer y revela el rostro de su Padre, nuestro Padre. Leer, ahondar y rezar la Palabra, inspirarse en las lecturas espirituales y en los testimonios de los santos, aprender la oración meditativa, la Lectio Divina... son formas de hacernos gustar la dulzura y la inspiración de la Palabra. Dedicar algún tiempo, como hace un enamorado con su amada, a descansar con la Palabra para acogerla “no como palabra humana, sino, cual es en verdad, como palabra de Dios” (1 Tes 2,13).

Como matrimonios, somos conscientes de la importancia de los tiempos que pasamos juntos. Estar juntos es lo que nos une. Vivir juntos es diferente de juntarnos. Hacer cosas juntos no es lo mismo que cada cual asuma sus deberes y obligaciones por separado. Hacemos mucho hincapié en cultivar nuestra intimidad de pareja, en mantener la intimidad sexual, en jugar y reír juntos... cosas que son muy bonitas y fuente de alegría para los dos. Pero ¿hemos pensado alguna vez en cómo consolidar nuestra intimidad espiritual? Nuestro compromiso con los Equipos de Nuestra Señora nos invita a adoptar un punto concreto de esfuerzo que es la “escucha de la Palabra de Dios”, que consiste en leer cada día un pasaje de la Biblia, especialmente de los Evangelios, en un clima de calma y silencio, acogiendo esta palabra como venida de Dios.

Abrir la Biblia juntos es una forma maravillosa de fomentar el diálogo, la reflexión y el enriquecimiento espiritual de nuestro matrimonio. Puede ser una aventura, una oportunidad, una experiencia para crecer juntos y aún más para renovarnos en nuestro amor mutuo y en el amor de Dios. Profundizar en nuestra intimidad espiritual nos une más y tendrá un impacto extraordinario en el sentimiento de unidad de la pareja y en la satisfacción dentro del matrimonio.

Leer juntos la Palabra de Dios puede incluso darnos un espacio para hablar, reflexionar y aprender a rezar juntos. Puede que hasta nos sorprendamos al descubrir que podemos redescubrirnos a nosotros mismos a la luz de la Palabra de Dios. Es asombroso cómo la Palabra de Dios puede llegar en el momento justo, incluso cuando seguimos un plan de lectura. El Espíritu Santo siempre se asegura de que leamos el pasaje adecuado en el momento oportuno.

“La Palabra de Dios es fuente de vida y espiritualidad para la familia”, afirma el Papa Francisco en su exhortación *Amoris Lætitia (La alegría del amor)*. “La Palabra de Dios no es solo una buena noticia para la vida privada de las personas, sino también un criterio de juicio y una luz para discernir los diversos desafíos a los que se enfrentan los cónyuges y las familias” (AL 227).

Recordemos que leer juntos la Biblia no es una carrera contrarreloj (tal vez leer juntos una o dos veces por semana si resulta difícil hacerlotodos los días) ni una competición (para ver quién conoce o entiende mejor tal o cual pasaje). Se trata simplemente de compartir nuestros pensamientos/sentimientos/preguntas... y ponernos juntos bajo la mirada de Aquel que bendecirá nuestros esfuerzos y responderá a las aspiraciones de nuestras almas.

Y el mundo en el que vivimos

Si observamos el mundo que nos rodea y abrimos nuestros oídos a sus palabras, ¿qué vemos? ¿Qué oímos? Ciertamente, nos encontramos sumergidos en su ruido, en su caos. ¿Qué nos dice hoy el mundo?

- Tienes que ser una gran estrella... de lo contrario nadie se fijará en ti.
- Tienes que acumular riqueza, dinero en tu cuenta bancaria... de lo contrario no tienes garantías de sobrevivir.
- Tienes que aplastar a los demás para salir adelante... o ellos te aplastarán a ti.
- Acumula todo lo que puedas de todo... o te quedarás a dos velas.
- Guárdate de los demás... o te traicionarán.

Y muchas otras palabras que no siembran más que miedo, ansiedad, odio y desconfianza en nuestros corazones. Palabras que, sigilosamente, penetran en nosotros y nos turban. Palabras que arraigan tanto en nuestro inconsciente que nos arrebatan la paz interior, la alegría del corazón, la presencia de espíritu, sumiéndonos en un profundo vacío, en el caos.

A estas duras palabras del mundo se opone la suave Palabra de Dios:

- Eres mi amado... a ti te he dado mi vida.
- Eres mi hijo, tan precioso para mí... Abro mis brazos de par en par para acogerte.
- Confío en ti... ve y cambia el mundo.
- No tengas miedo de nada... yo te protegeré.
- Te quiero... y todo lo que quiero es recibir tu amor.

¿A qué palabras quieres prestar oído: a las del mundo o a las de Dios?

Lo que comparte el P. Caffarel sobre la escucha de la Palabra de Dios

La escucha de la Palabra de Dios es la segunda orientación general que les propongo. La ascesis, en el sentido de caminar hacia la santidad, exige una búsqueda activa y perseverante de Dios, particularmente a través del estudio de las Escrituras. Sin embargo, este estudio tiene demasiado poco lugar en la vida personal de los esposos, en la vida del hogar, en la vida del equipo. A partir de ahora, debemos emprenderlo mucho más deliberadamente. Veremos entonces los milagros que obra la palabra de Dios, porque es creadora: da vida a los que se abren a su virtud, lleva la alegría al hogar. (*Les Équipes Notre-Dame. Essor et mission des couples chrétiens*)

En sus cartas sobre la oración, el padre Caffarel insiste mucho en la escucha de la Palabra de Dios. Nos dice: “Sí, Dios habla. Dios habla al ser humano de muchas maneras”.

Define así la escucha: “La escucha no es sólo una cuestión de inteligencia. Es todo nuestro ser, alma y corazón, inteligencia y corazón, imaginación, memoria y voluntad, el que debe estar atento a la palabra de Cristo, abrirse a ella, cederle el paso, dejarse acometer por ella, invadir por ella, adueñarse de nosotros, prestarle nuestro apoyo sin reservas”. (*Cuadernos sobre la oración*).

Y añade: “Para oír, quizá deberíamos empezar por escuchar”.

Lo que comparte el Papa Francisco sobre el lugar de la Palabra de Dios en nuestra vida

Extractos de la homilía del Papa en la Misa del «Domingo de la Palabra de Dios», 21 de enero de 2024, en la Basílica de San Pedro:

(...) La Palabra, por tanto, *nos atrae hacia Dios y nos envía hacia los demás*. Nos atrae hacia Dios y nos envía hacia los demás, ese es su dinamismo. No nos deja encerrados en nosotros mismos, sino que dilata el corazón, hace cambiar de ruta, trastoca los hábitos, abre escenarios nuevos y desvela horizontes insospechados.

(...)

No podemos prescindir de la Palabra de Dios, de su dulce firmeza que, como un diálogo, conmueve el corazón, se imprime en el alma y la renueva con la paz de Jesús que nos hace preocuparnos por los demás. Si miramos a los amigos de Dios, a los testigos del Evangelio en la historia, a los santos, vemos que para todos la Palabra ha sido decisiva. Pensemos en el primer monje, san Antonio, que, impresionado por un pasaje del Evangelio cuando estaba en Misa, lo dejó todo por el Señor; pensemos en san Agustín, cuya vida dio un vuelco cuando una palabra divina le sanó el corazón; pensemos en santa Teresa del Niño Jesús, que descubrió su vocación leyendo las cartas de san Pablo. Y pienso en el santo de quien llevo el nombre, Francisco de Asís, quien, después de haber rezado, leyó en el Evangelio que Jesús envía a los discípulos a predicar y entonces exclamó: «Esto es lo que yo quiero, esto es lo que yo busco, esto es lo que en lo más íntimo del corazón anhelo poner en práctica» (Tomás Celano, *Vida primera de San Francisco*, 22). Son vidas transformadas por la Palabra de vida, por la Palabra del Señor.

Pero me pregunto: ¿por qué para muchos de nosotros no sucede lo mismo? Muchas veces escuchamos la Palabra de Dios, nos entra por un oído y nos sale por otro, ¿Por qué? Tal vez porque como nos muestran estos testigos, es necesario no ser “sordos” a la Palabra. Es el riesgo que corremos, ya que, abrumados por miles de palabras, no damos importancia a la Palabra de Dios, la oímos, pero no la escuchamos; la escuchamos, pero no la custodiamos; la custodiamos, pero no nos dejamos provocar por ella para cambiar; la leemos, pero no la hacemos oración, en cambio «debe acompañar la oración a la

EN EL CAMINO DE EMAÚS

lectura de la Sagrada Escritura para que se entable diálogo entre Dios y el hombre» (...)

(...)

Volvamos a las fuentes para ofrecer al mundo el agua viva que no logra encontrar; y, mientras la sociedad y las redes sociales acentúan la violencia de las palabras, aferrémonos a la mansedumbre de la Palabra de Dios que salva, que es dulce, que no hace ruido, que entra en el corazón.

Y por último, hagámonos una pregunta. ¿Qué puesto reservo yo a la Palabra de Dios en el lugar donde vivo? Allí habrá libros, periódicos, televisores, teléfonos, pero ¿dónde está la Biblia? En mi cuarto, ¿tengo el Evangelio al alcance de la mano? ¿Lo leo cada día para orientarme en el camino de la vida? ¿Tengo en el bolso un pequeño ejemplar del Evangelio para leerlo? Muchas veces he aconsejado de llevar siempre consigo el Evangelio, en el bolsillo, en el bolso, en el teléfono. Si amo a Cristo más que a nadie, ¿cómo puedo dejarlo en casa y no llevar conmigo su Palabra? Y una última pregunta: ¿he leído entero al menos uno de los cuatro Evangelios? El Evangelio es el libro de la vida, es sencillo y breve y, sin embargo, muchos creyentes nunca han leído uno desde principio hasta el final.

(...)

Testimonio Rita y Georges Khalil

Y al pasar, vio Jesús a un hombre ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron: «Maestro, ¿quién pecó: este o sus padres, para que naciera ciego?». Jesús contestó: «Ni este pecó ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios. (Jn 9,1-3)

Cuando recibimos la noticia de mi embarazo imprevisto a la edad de cuarenta y cuatro años, al igual que con todos los embarazos anteriores, nos llenamos de alegría. Nuestra familia estaba formada por cinco personas: mi marido y yo, nuestras dos hijas pequeñas de dieciocho y diecisiete años, y un niño encantador de ocho años. Como matrimonio que formaba parte de los Equipos de Nuestra Señora desde hacía muchos años, nuestra oración conyugal consistía sobre todo en consagrar nuestra familia al Sagrado Corazón de Jesús y al

Corazón Inmaculado de la Santísima Virgen, pidiendo únicamente la santidad de nuestra familia para que un día estuviéramos unidos en nuestro eterno hogar celestial.

El día de mi ecografía, a las nueve semanas de gestación, experimentamos nuestro primer shock: el anuncio de que la nuca del feto era bastante gruesa, lo que no se diagnosticaría hasta las doce semanas de gestación, pero era lo bastante evidente como para pasarlo por alto. Como comadrona, comprendí la gravedad de la situación: nuestro bebé probablemente tendría síndrome de Down.

Fue el principio de un conflicto. Fue una mezcla de decepción y culpabilidad, ya que quedarse embarazada a una edad tan avanzada no estaba exento de riesgos.

El conflicto estaba en la diferencia de opiniones entre mi marido y yo. Para mí, la vida es un regalo de Dios y mi bebé necesitaba que yo lo protegiera. Y como ya había tenido cinco abortos, sabía que este embarazo era arriesgado, pero mi bebé era lo bastante fuerte como para sobrevivir. Para mi marido, la situación era catastrófica; estaba sumido en un estado de negación. Se negaba a afrontar la verdad, se negaba a aceptar el embarazo y, sobre todo, se negaba a enfrentarse asu entorno familiar y social y al qué dirán. Temía las repercusiones en nuestra familia y le daba miedo el futuro.

A las catorce semanas se realizó una biopsia de trofoblasto para determinar el cariotipo, lo que confirmó el diagnóstico de que nuestro bebé era un varón con trisomía 21. La ecografía también mostró una anomalía cardíaca bastante importante. Y el ginecólogo nos dijo que tenía un agujero muy grande en el corazón. Mi respuesta fue: ¡mi Dios es el más grande!⁷ Y por segunda vez, nuestro bebé, bastante fuerte, hizo frente a las complicaciones de este pinchazo, con el riesgo de interrupción del embarazo, y siguió viviendo. Georges, mi marido, empezó a consultar a sacerdotes y obispos en busca de apoyo, explicaciones y alguien que respaldara su punto de vista, pero obviamente ninguno de ellos se hizo cargo de su causa. Sobre todo; porque los tres ginecólogos que consultamos eran partidarios de interrumpir el embarazo. Así que este niño no vivirá y, si lo hace, será una carga más para la familia y tendrá mucho que sufrir. Mi marido seguía indeciso hasta que un día fui categórica y le dije que estamos de

⁷Traducción literal, primero en francés y luego en castellano del árabe: ¡Allahu akbar! (N. del T.)

paso en este mundo y estos pocos años que vamos a vivir, los viviremos según la voluntad de Dios, según los planes de Dios. Y como madre de este niño, mientras esté dentro de mí, lo voy a proteger hasta el último momento, aunque solo vaya a nacer para vivir unos minutos.

Mi embarazo no estuvo exento de complicaciones: sufrí una diabetes gestacional bastante grave y pude llevar el embarazo hasta las 36 semanas de amenorrea. Chárbel, nuestro pequeño, nació prematuro, pero de nuevo está aquí este bebé fuerte determinado a vivir. Sin embargo, durante el parto, mientras esperaba mi turno para la cesárea, el latido del corazón de Chárbel se detuvo por completo. Sonó la alarma y me llevaron rápidamente al quirófano. Mientras tanto, llevaba óleo bendito del monasterio de nuestro gran San Chárbel

-llamado el médico del cielo-, mi pequeño Chárbel se llamaba así por él. Tracé una gran cruz sobre mi vientre con este óleo milagroso y pedí la intercesión de San Chárbel para salvar a mi hijo. Cuando me llevaban a la cesárea, el ginecólogo quiso escuchar los latidos de mi corazón por última vez antes de empezar la operación y, ¡he aquí el milagro! Chárbel estaba vivo. Su corazón había vuelto a latir.

Chárbel permaneció en cuidados intensivos neonatales durante veinticinco días. Sufría ictericia, problemas de coagulación de la sangre y dificultades nutricionales. Gracias a las oraciones de la familia y del equipo de Nuestra Señora, Chárbel pudo superar todos estos obstáculos.

A los cuatro meses, Chárbel fue operado a corazón abierto. Según los médicos, debía permanecer en cuidados intensivos de cuatro a cinco días, pero una vez más las cosas no salieron según lo previsto y nuestro bebé campeón tuvo que hacer frente a una serie de complicaciones e infecciones que le obligaron a permanecer en cuidados intensivos durante veintiún días. Durante todo el periodo de hospitalización, las señoras de mi grupo del rosario acudían todos los días al hospital para rezarlo con la intención de curar a Chárbel, que se encontraba entre la vida y la muerte. Resultado: Chárbel sobrevivió a una operación de alto riesgo.

¿Cómo podemos dejar de ver que Chárbel fue enviado por nuestro Señor y Dios? Estaba allí para vivir. Sobrevivió gracias a la oración, la perseverancia y el amor.

Hoy, Chárbel tiene cinco años, es el preferido de su padre y le quiere para siempre. La vergüenza del padre ante el futuro desconocido de un niño con síndrome de Down se ha transformado en orgullo por Chárbel: el niño inteligente, guapo y lleno de vida y alegría. Chárbel es la fuente de amor de nuestra familia. Es el pilar de la unión entre todos sus miembros, que se aúnan para cuidarle y servirle, y sobre todo un camino para crecer en santidad. Jesús tiene sus propias maneras de responder a nuestras oraciones. Chárbel es el milagro de nuestras vidas.

“Hoy, tráeme las almas mansas y humildes, así como las de los niños pequeños, y sumérgelas en mi Misericordia. Ellas son las que más se asemejan a mi Corazón. Ellas me consolaron en mi amarga agonía. Las vi como ángeles terrenales que velan mis altares. Sobre ellos derramo torrentes de gracia. Solo un alma humilde es capaz de recibir mi gracia. En tales almas deposito mi confianza” (Palabras de Nuestro Señor Jesucristo a Santa Faustina).

Oremos juntos con San Juan Crisóstomo

Oh, Señor Jesucristo, abre los ojos de mi corazón para que escuche tu palabra y comprenda y haga tu voluntad, pues soy extranjero en la tierra. No me ocultes tus mandamientos, sino abre mis ojos para percibir las maravillas de tu Ley. Cuéntame las cosas ocultas y secretas de tu sabiduría.

En ti pongo mi esperanza, oh, Dios mío, para que ilumines mi mente y mi entendimiento con la luz de tu ciencia, no solo para atesorar estas cosas escritas, sino para cumplirlas; para que leyendo las vidas y las palabras de los santos no peque, sino que sirvan para mi restauración, mi iluminación y mi santificación, para la salvación de mi alma y la herencia de la vida eterna. Porque Tú eres la iluminación de los que están en tinieblas, y de ti procede toda buena obra y todo don.

Para la sentada

Concretamente, ¿qué lugar damos a la Palabra de Dios en nuestra vida cotidiana? ¿Hay nuevas decisiones que podamos tomar juntos para consolidar nuestra intimidad espiritual con Dios?

EN EL CAMINO DE EMAÚS

¿A qué cambios estamos llamados en nuestra relación conyugal, a la luz de la escucha de la Palabra de Dios?

Para la reunión de Equipo

¿Podemos compartir una experiencia espiritual en la que la palabra de Dios haya tocado o transformado nuestro corazón, nuestros pensamientos, nuestras actitudes, nuestras acciones?

¿Qué impacto tienen las palabras del “mundo” en nuestras vidas?
¿Cómo podemos permanecer arraigados en la confianza en la Palabra de Dios?

Oraciones finales

- **Por la canonización del P. Caffarel**
- **Magnificat**

SEXTA REUNIÓN: CORAZONES ARDIENTES

Introducción

En este capítulo viajamos juntos al encuentro de un Dios que espera nuestra invitación para entrar y quedarse con nosotros, de noche, en una intimidad incomparable.

A la escucha de la Palabra de Dios

Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos le apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. (Lc 24,28-29)

Ahora nuestros dos viajeros parecen haber llegado a su destino. Habían recorrido un largo camino desde Jerusalén hasta Emaús. Habían decidido marcharse del lugar de su gran decepción, del lugar donde parece haber reinado la muerte. Habían decidido huir, alejarse de la realidad que les afligía. ¿No es ésta una experiencia familiar para todos y cada uno de nosotros? ¿Tener la sensación de que necesitamos huir, alejarnos cuando la vida es dura, nos pesa y no podemos más? ¿Que nuestra decepción sea tan grande, nuestros sueños rotos, nuestro mundo patas arriba, que nos encontremos tan perdidos, sin saber ya quiénes somos, adónde vamos, qué vamos a hacer a continuación, qué futuro nos espera? La reacción que podríamos tener también sería la de huir, aislarnos, dar marcha atrás. ¿Por qué Jesús no ha respondido todavía a esta súplica? ¿Por qué sigo en esta situación difícil?

En este viaje de vuelta a casa, el evangelista Lucas nos recuerda que, en Jesús, Dios está cerca de los hombres y participa en su historia. En nuestro paso por la vida, Jesús resucitado se convierte en nuestro compañero de viaje. Aunque durante el camino de Emaús les enseña mucho a los dos discípulos, aún no se les han abierto los ojos. Se quedaron atascados en la historia de la tumba vacía y no creen. En sus mentes, batallando sin comprender, es una noche oscura. Y esta noche se convierte en el pretexto ideal para retener a Jesús: “Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída”.

EN EL CAMINO DE EMAÚS

Los dos discípulos insistieron a Jesús para que se quedara en su casa, tal vez porque podía ser peligroso viajar solo por la noche: uno podía toparse con ladrones o ser atacado por animales salvajes. Pero cuando se les abren los ojos y reconocen a Jesús, se ponen de nuevo en camino hacia Jerusalén ¡en plena noche! Así entendemos que Jesús llegara a los discípulos, no en la noche que cae al final del día, sino en **su noche**, en la noche de sus dudas y su reticencia a creer lo que anunciaban las Escrituras.

En la oscuridad de la duda y la incomprensión, suplicaron a Jesús que se quedara. Jesús aceptó inmediatamente su invitación. Había llegado hasta ellos en lo que no comprendían, y ya algo empezaba a cambiar en sus corazones. Y ahora entra para quedarse con ellos, quiere estar con ellos. Y desde el momento en que los discípulos fueron iluminados en su noche, esta dejó de ser un problema, retornando así a Jerusalén sin temor. Cuando Cristo viene a iluminarnos en nuestra noche espiritual disipa los miedos, los temores profundos que habitan en nosotros, y esto nos permite afrontar la noche de la vida, la noche de las pruebas, con la fe de que el Señor está con nosotros.

Nuestro itinerario espiritual puede atravesar la “noche de la fe”

En la vida de todo creyente, incluidos los místicos y los santos, puede presentarse una experiencia espiritual bastante especial en determinados momentos de la vida. San Juan de la Cruz fue el primero en utilizar la expresión “la noche oscura del alma”, también conocida como la “noche de la fe”. Se trata de una prueba espiritual en la que dejamos de sentir la presencia de Dios durante un periodo más o menos largo de nuestra vida.

Es una experiencia paradójica que puede suceder a todos los creyentes, porque es en el apogeo de nuestra fe cuando experimentamos la ausencia de Dios. Muchos místicos y santos lo han experimentado, como Teresa de Lisieux, Marie Noël y la Madre Teresa. Su ejemplo nos muestra hasta qué punto «la vida cristiana es una lucha», y también lo poco que sospechamos del amor del que somos capaces y de la fuerza creadora que es nuestra y a la que no debemos renunciar.

Marie Noël se preguntaba cómo soportar la bondad de un Dios creador y la existencia del mal. Se preguntó si no habría un segundo Dios. Y gritó su rebelión en sus poemas.

Para la Madre Teresa, incluso el deseo de amar parecía desaparecer. Desde que dejó su convento para dedicar su vida a los más pobres entre los pobres, había entrado en “la noche de la presencia”. No sentía nada, ni sentimientos, ni satisfacciones, ni sensibilidad, ni fervor, ni ganas de rezar. Sólo le quedaba el sufrimiento, “que ofrecía como única oración posible”.

Teresa de Lisieux pasó por una profunda purificación que la introdujo en una intimidad completamente nueva con Jesús y en el descubrimiento de su “caminito”, que siguió para amar a Jesús y hacerse amar.

La promesa de Jesús “(...) estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo”

Jesús nos lo prometió. Él estará con nosotros... y no lo prometió solo a los discípulos, sino también a nosotros hoy. ¿Qué significa esta promesa? ¿Consiste en la seguridad de contar con la presencia de Jesús que nos consuela y fortalece en los momentos difíciles? ¿Promete Jesús que sentiremos o advertiremos su presencia, tal vez a través de respuestas a nuestras oraciones o de milagros?

En el Antiguo Testamento, es Dios quien hace la promesa: “Yo estaré contigo” a Isaac, Jacob y Moisés. Y en cada ocasión, Dios se compromete a cumplir su promesa. La promesa que nos hace a nosotros, por medio de su Hijo amado, es la de librarnos de las fuerzas del mal y ofrecernos la vida eterna en el gozo de los hijos del Padre. Nuestro camino de fe no es más que un camino hacia Él en el Amor. Y nada puede separarnos de Él ni privarnos del cumplimiento de esta promesa. Solo se nos pide una cosa: que nos abramos a su presencia.

Y nosotros, hoy: llamados a insistir a Jesús para que se quede

Cuando atravesamos la noche de las pruebas, de las dudas, de la tibieza espiritual... enfrentados a interrogantes demasiado dolorosos y el camino de la fe se convierte en una larga vía incierta en la que no

EN EL CAMINO DE EMAÚS

vemos ni comprendemos nada, sentimos la tentación de replegarnos sobre nosotros mismos y tirar la toalla.

Cuando no comprendemos, cuando una situación bloquea nuestra fe, el Evangelio nos exhorta a invocar la presencia del Resucitado. Es la presencia del Salvador la que puede alimentar nuestra fe y poner fin a nuestra noche. Dejémonos acompañar por el Señor, invoquemos su presencia, “Quédate con nosotros”, para que su presencia y su palabra abrasen nuestros corazones e iluminen nuestras mentes.

Nuestras dudas y tristezas pueden impedirnos comprender las promesas de Dios. Pero, aun así, a pesar de no entender nada, ¿podemos dejarnos llevar por su simple presencia? Los dos discípulos sintieron que algo cambiaba en su interior; aún no habían comprendido nada, pero tenían un deseo, un deseo de corazón de tener a Jesús con ellos, como a alguien a quien empiezas a descubrir y apreciar y quieres conocer mejor. Jesús aceptó quedarse y hacer noche con ellos.

La fe no se nutre solo de palabras, sino con la presencia

¿Tomo la iniciativa de invitar al Señor a quedarse conmigo? En los momentos de plegaria, oración, meditación, adoración del Santísimo Sacramento... dejo que mi corazón anhele y reclame su presencia. Aprendo con los discípulos de Emaús a invitarle, a expresar mi deseo de no aislarme, sino de abrimme a su presencia misteriosa, también en la noche de las pruebas, hasta en la noche de la fe. Si soy tan incapaz de comprender, de sentir su presencia y su intervención en mi vida... eso no me impide decirle “Quédate Señor...”. Llena mi vacío con tu presencia, mis tinieblas con tu luz.

Quédate con nosotros, la oración de los discípulos de Emaús

El recorrido de los dos discípulos nos ofrece un modelo y un consuelo para ayudarnos a descubrir la presencia de Dios que camina y permanece con nosotros. Una bisabuela solía decir a su biznieto sacerdote: “Cuando se ama a alguien, basta con repetirle palabras sencillas... basta con pedir a Dios y a sus santos que se queden con nosotros”. Tal era la sabiduría de una bisabuela en la oración.

Este texto de Emaús nos tranquiliza con el descubrimiento de la primera oración pronunciada por estos dos discípulos: Quédate con nosotros, Señor. Podemos hacerla nuestra. Estamos llamados a repetir esta oración bíblica, tan sencilla y profunda, que se convirtió en una oración de la Iglesia primitiva.

Y nuestra vida matrimonial

En nuestros equipos recibimos la gracia de estar juntos para cargar pilas y afirmar que el matrimonio, si nos damos los medios, es un camino de felicidad y de crecimiento en la fe. Llamados a orar a diario, a estar cerca del Señor mediante la lectura regular de la Biblia, si es posible juntos, pedimos al Señor que permanezca con nosotros.

Su presencia entre nosotros no excluye los problemas, los momentos de cansancio y desánimo. La santidad no entraña un éxito permanente, ni queda exenta de tentaciones. Las confidencias de matrimonios venerados como San Louis y Santa Zélie Martin (los padres de Santa Teresa de Lisieux), el Beato Carlos y Zita de Habsburgo, el Beato Frédéric y Amélie Ozanam... revelan tres cosas que cultivar: aprender a amar, a servir y a acoger. El Papa Francisco lo describe como un “camino de maduración, en el que cada cónyuge es un instrumento de Dios para ayudar al otro a crecer”. Se hace posible el cambio, el crecimiento y el desarrollo del buen potencial que cada uno lleva dentro.

En *Amoris lætitia* 221 el Papa afirma que “cada matrimonio es una ‘historia de salvación’, y esto supone que se parte de una fragilidad que, gracias al don de Dios y a una respuesta creativa y generosa, va dando paso a una realidad cada vez más sólida y preciosa”. Estamos llamados a vivir una vida ordinaria de manera extraordinaria, apoyándonos en la Palabra de Dios y dejando espacio para ella entre nosotros.

Valgan algunas palabras inspiradoras de estos matrimonios sobre el amor conyugal:

“Nuestros sentimientos estaban siempre al unísono” (Santa Zélie Martin).

“Ahora debemos ayudarnos mutuamente a ir al cielo” (Beato Carlos de Austria).

“Una vida terrena vivida con el pensamiento constante, inspirado por el mismo Dios, de hacer feliz a la persona amada. Esto es el matrimonio” (Beata María Quattrocchi).

“El amor es el deseo de llevar alivio, consuelo y placer a la persona amada y la preocupación constante de satisfacer sus deseos más secretos e inimaginables” (Beata María Quattrocchi).

“Sabes, amada mía, que la vida es una escuela donde Dios educa a los cristianos: en esta escuela hay años laboriosos, difíciles... pero sabes también que el Maestro es bueno, que las lecciones tienden sólo a hacernos mejores y más perfectos” (Beato Frédéric Ozanam).

Reflexionemos personal y conyugalmente sobre este texto de Henri Nouwen

Jesús es una persona muy interesante: sus palabras están llenas de sabiduría. Su presencia es reconfortante. Su bondad y amabilidad nos conmueven profundamente. Su mensaje está lleno de desafíos. Pero ¿le invitamos a entrar en nuestra casa? ¿Queremos que nos conozca tal y como somos, tras los muros de nuestra intimidad? ¿Queremos presentarle a todos nuestros seres queridos? ¿Queremos que nos vea en nuestra vida cotidiana? ¿Queremos que nos toque en nuestros lugares más vulnerables? ¿Queremos que visite el fondo de nuestra casa, las habitaciones que preferimos mantener cerradas? ¿Queremos de verdad que entre en nuestras casas cuando atardece y el día va de caída?⁸

Y el mundo en el que vivimos

Nuestra vida cotidiana, en medio de este mundo, puede parecer humilde y escondida. Incluso el amor que nos profesamos los unos a los otros, a nuestra familia, puede vivirse discretamente, en silencio... Mientras la vida del mundo busca la propaganda, el éxito, el aplauso, las luces, las declaraciones narcisistas en las redes sociales...

Nuestro Señor Resucitado nos llama a habitar con Él, en Él, en el amor y en la paz... mientras el mundo nos llama al odio y a la división, a la guerra y a la destrucción, a tomar partido por unos contra otros...

⁸Óp. Cit. P. 60 en la edición francesa.

Mientras el Señor nos llama a vivir en la caridad, el mundo nos empuja a la indiferencia y al individualismo.

¿Cuál es nuestra postura ante lo que el mundo nos ofrece? ¿Creemos en el valor de los pequeños gestos que pueden cambiar el mundo, cambiar su rostro, como la levadura en la masa?

Del P. Caffarel sobre la oración como intimidad con un Dios que siempre nos espera

Cuando llegamos a una ciudad desconocida (al puerto, a la estación o al aeropuerto) y nadie nos espera, nos sentimos desamparados. En cambio, si nos recibe un rostro alegre, si nos tienden la mano, enseguida nos sentimos maravillosamente reconfortados, liberados de la cruel sensación de estar extraviados, perdidos. ¿Qué importan entonces esas costumbres, esa lengua, toda esa gran ciudad desconcertante? Soportamos ser extraños para todos desde que, para alguien, somos amigos.

También es reconfortante descubrir que nuestros anfitriones nos esperaban. Los padres y los hijos no necesitan decir gran cosa para que lo adivinemos: basta con su acogida y un poco de ganas. Y en nuestra habitación, unas flores y un libro de arte (porque ya se sabe lo que nos gusta) rematan la faena.

Me gustaría que tú, querido amigo, tuvieras siempre la fuerte convicción de que te esperan en la oración: te esperan el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, te aguarda la Familia Trinitaria. Recuerdalo que dijo Cristo: “Me voy a prepararles un lugar”. Podrás objetar que hablaba del Cielo. Así es. Pero la oración es el cielo, o al menos su realidad esencial: la presencia de Dios, el amor de Dios, la acogida de Dios a su hijo.

El Señor siempre nos espera.

Mejor aún: apenas hemos dado unos pasos, ya nos sale al encuentro. Recordemos la parábola: “cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos”. Y eso que este hijo había ofendido gravemente a su padre, quien, no obstante, le esperaba con impaciencia⁹.

⁹HENRI CAFFAREL, En presencia de Dios. Cien cartas sobre la oración, n.º 1 Te espero.

Del Papa Francisco

Porque si el Dios del cielo está cerca, no estamos solos en la tierra, y ni siquiera en los momentos difíciles perdemos la fe. Eso es lo primero que hay que decir a la gente: Dios no está lejos, es Padre, te conoce y te ama; quiere llevarte de la mano, incluso cuando tomas caminos empinados y accidentados, incluso cuando te caes y te cuesta levantarte y volver a ponerte en pie; Él, el Señor, está ahí contigo. Es más, cuando estás más débil, a menudo puedes sentir su presencia con más fuerza. Él conoce el camino, Él está contigo, ¡Él es tu Padre! Es mi Padre. Es nuestro Padre.

Quedémonos con esta imagen, porque anunciar que Dios está cerca es invitarnos a pensar en nosotros mismos como un niño que camina de la mano de su padre: todo parece distinto. El mundo grande y misterioso se vuelve familiar y seguro, porque el niño se sabe protegido. No tiene miedo, y aprende a abrirse...

Anunciar que Dios está cerca. Pero ¿cómo hacerlo? En el Evangelio, Jesús recomienda no decir muchas palabras, sino hacer muchos gestos de amor y esperanza en nombre del Señor; no decir muchas palabras, sino hacer gestos...

Hagámonos, pues, algunas preguntas: los que creemos en un Dios cercano, ¿tenemos confianza en Él? ¿Sabemos mirar al futuro con confianza, como un niño que se sabe llevado en brazos de su padre? ¿Sabemos sentarnos en el regazo del Padre mediante la oración, la escucha de la Palabra, la cercanía a los sacramentos? Y finalmente, estrechamente unidos a Él, ¿sabemos infundir valor a los demás, acercarnos a los que sufren y se sienten solos, a los que están lejos e incluso a los que nos son hostiles? Este es el aspecto concreto de la fe, y esto es lo que cuenta...

Testimonio del P. Louis de Raynal, consiliario SR Francia

Durante un lustro, hasta el año pasado, desempeñé una función maravillosa dentro de los Equipos de Nuestra Señora: consiliario del equipo responsable de la superregión Francia-Luxemburgo-Suiza. En todas nuestras reuniones mensuales en París, empezábamos la mañana

orando: media hora de oración mental y de plegaria común. Puedo atestiguar sinceramente que esta era la fuente de nuestra unidad y de nuestra alegría. La oración nos ponía en la actitud fundamental de la escucha de Dios y de su Palabra, base de todo discernimiento. Orar juntos era una gran manera de encontrarnos en profundidad, forjar un alma común y tomar conciencia de la presencia de Cristo en medio de nosotros. Y, al celebrar la Eucaristía, nos convertimos en el Cuerpo de Cristo. En nuestro equipo también dedicamos tiempo a conocernos. Aprovechamos algunas comidas para compartir los acontecimientos del mes anterior, las alegrías y las penas, las preocupaciones familiares, profesionales y eclesiales. También vivimos momentos de gratitud y celebración. En los encuentros nacionales que organizamos, los participantes pudieron percibir la comunión fraterna y el entusiasmo que nos animaba. Pero a veces la alegría y la paz estaban más escondidas... porque estábamos un poco estresados, confiando demasiado en nosotros mismos y no lo bastante en el Señor.

Aflojar el paso

El Papa Francisco ha repetido varias veces esta frase parecida a una parábola: «El pastor camina delante del rebaño para orientar; camina detrás del rebaño para animar a los más débiles y vigilar a las ovejas que pueden descarriarse; y camina en medio del rebaño porque es uno con él y es bueno que el pastor huela a rebaño». La sinodalidad significa aprender a caminar al lado de los más débiles. En varias ocasiones he participado en la peregrinación diocesana a Lourdes. Me ha marcado la procesión eucarística que es organizada cada tarde en el santuario. Peregrinos de todas las nacionalidades, jóvenes y mayores, ricos y pobres, todos caminamos al mismo paso. Pero ¿quién marca el paso? Son nuestros hermanos y hermanas enfermos llevados en camillas o empujados en sillas de ruedas. Y en medio de todas estas personas reunidas está el Señor presente en la Sagrada Hostia. ¡Una bella imagen de la comunión en la Iglesia!

Aprender a “aflojar el paso” es algo natural en las familias. En nuestro mundo, que pretende ser fuerte y eficiente, siempre me conmueve encontrarme con familias: los padres que se adaptan al ritmo de sus hijos pequeños, la madre que se toma el tiempo de parar para dar de comer a su bebé, los mayores que cuidan de los más pequeños, las familias

que, al acoger a un niño discapacitado, saben dar pasos lentos y tiempo libre. Al priorizar el amor al pequeño y acoger incondicionalmente lo inesperado, la familia es un modelo de la atención que la sociedad en su conjunto debe prestar a las personas vulnerables. En el noveno capítulo de *Amoris Lætitia*, dedicado a la espiritualidad del matrimonio y de la familia, el Papa Francisco la llama “espiritualidad del cuidado, del consuelo y del estímulo”. La familia, dice, “ha sido siempre el ‘hospital’ más cercano” (AL 321). Según el padre Henri Caffarel, la práctica de la hospitalidad es el apostolado específico del matrimonio y de la familia. Mediante su acogida y su testimonio, “Así, los matrimonios cristianos pintan el gris del espacio público llenándolo del color de la fraternidad, de la sensibilidad social, de la defensa de los frágiles, de la fe luminosa, de la esperanza activa” (AL 184).

El acompañamiento espiritual

Dentro de los Equipos de Nuestra Señora, tenemos la gracia de vivir una verdadera comunión entre las parejas unidas por el sacramento del matrimonio y los sacerdotes consiliarios. El Padre Caffarel nos recordaba constantemente la complementariedad de los sacramentos del Orden y del matrimonio, “estos dos sacramentos sobre los que descansa el crecimiento del Cuerpo de Cristo”. Esta complementariedad se traduce en vínculos humanos y fraternales. Todos encuentran alegría al compartir los éxitos, aliento para perseverar, compasión y consuelo en las dificultades. Es una vía de doble sentido. Somos custodios de los tesoros de los demás. Del mismo modo que los matrimonios comparten conmigo las riquezas y las dificultades de su itinerario espiritual, yo también comparto con ellos las maravillas y las pruebas de mi sacerdocio. Al compartir la vida del equipo, soy con ellos un padre por la gracia del sacramento del Orden y, al mismo tiempo, un hermano entre hermanos. Para mí, el equipo es un lugar importante de intercambio, de apoyo, de equilibrio y de humanización.

El carisma de los Equipos de Nuestra Señora es una pedagogía del crecimiento espiritual, que ayuda a los esposos a aprovechar el tesoro de gracia de su sacramento del matrimonio. En 1981, el padre Henri Caffarel escribía: “Durante años me he esforzado por comprender mejor el sacramento del matrimonio. Dije, y repito ahora más que nunca: es la alianza de Cristo y el hogar. Este tesoro puede definirse como una

alianza, es decir, un camino con Cristo para amar, personalmente y en pareja, y dar mucho fruto. El deseo de crecer es esencial. Al servicio de este crecimiento están los sacerdotes consiliarios y los acompañantes espirituales. El Padre Ricardo Londoño, que está terminando su mandato como consiliario del equipo internacional de animación, dijo a los sacerdotes y acompañantes espirituales de los equipos hace seis años, cuando comenzó su misión: “Hemos sido invitados a acompañar, animar y servir a los matrimonios de nuestros equipos, y la gracia del Señor refuerza nuestra disponibilidad. Que seamos verdaderos testigos del amor de Dios y caminantes que comparten las exigencias de un Movimiento al que pertenecemos y que nos ofrece los medios para santificarnos y vivir nuestro ministerio”.

Matrimonios, sacerdotes, diáconos, religiosos o laicos, cada uno con sus fortalezas y debilidades, todos formamos parte de una gran familia. Como nos invita el Papa Francisco, aprendamos a caminar juntos hacia la santidad: “Caminemos familias, sigamos caminando. Lo que se nos promete es siempre más. No desesperemos por nuestros límites, pero tampoco renunciemos a buscar la plenitud de amor y de comunión que se nos ha prometido”. (AL 325). ¿No es esto la sinodalidad?: testimoniar, todos juntos y cada uno con su gracia, que “Dios es Amor” (1 Jn 4,8).

Para orar juntos

Mane nobiscum, Domine! Como los dos discípulos del Evangelio, te imploramos, Señor Jesús: *¡quédate con nosotros!*

Tú, divino Caminante, experto de nuestras calzadas y conocedor de nuestro corazón, no nos dejes prisioneros de las sombras de la noche.

Ampáranos en el cansancio, perdona nuestros pecados, orienta nuestros pasos por la vía del bien.

Bendice a los niños, a los jóvenes, a los ancianos, a las familias y particularmente a los enfermos. Bendice a los sacerdotes y a las personas consagradas. Bendice a toda la humanidad.

En la Eucaristía te has hecho “remedio de inmortalidad”: danos el gusto de una vida plena, que nos ayude a caminar sobre esta tierra como peregrinos seguros y alegres, mirando siempre hacia la meta de la vida sin fin.

¡Quédate con nosotros, Señor! ¡Quédate con nosotros! Amén.

Para la sentada

“¡Quédate con nosotros, Señor!”. ¿En qué circunstancias de nuestra vida matrimonial podemos rezar hoy esta oración?

¿De qué manera podemos inspirarnos en las palabras citadas de matrimonios venerados (mencionados en el texto)? ¿De qué manera cultivamos nuestro amor conyugal?

Para la reunión de Equipo

¿Podemos compartir alguna experiencia en la que hayamos invocado al Señor para que se quede con nosotros? ¿Qué alivio o consuelo recibimos?

¿Qué aspecto sobre la oración de los evocados por el P. Caffarel me marca más hoy por hoy? ¿Ha cambiado algo mi manera de vivir la oración? ¿En qué?

Oraciones finales

- **Por la canonización del P. Caffarel**
- **Magnificat**

SÉPTIMA REUNIÓN: ACOGER AL QUE ES PAN PARTIDO

Introducción

En este capítulo descubrimos que la culminación de nuestro camino espiritual como individuos y como matrimonio está en nuestro encuentro con Dios y nuestra unión con Él en el misterio de la Eucaristía.

A la escucha de la Palabra de Dios

Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». (Lc 24,30-32)

Deseamos que lo que les ocurrió a los discípulos de Emaús pueda ocurrirnos a cada uno de nosotros. Ese paso de “fugitivos” a “peregrinos” en el que Dios se ha convertido en compañero de viaje (percibido al principio como un extraño o un desconocido) que, a través de sus palabras, les devuelve el Espíritu para comprender y les abre el corazón para acoger. Le dijeron: «Quédate con nosotros»; tuvieron la suficiente confianza en él como para dejarle entrar en su intimidad. Y Jesús entra en su casa. Pero allí, el que se supone que es invitado, se convierte él mismo en anfitrión, y ellos se ven llevados a entrar en la vida interior de su anfitrión.

Partir el pan: orígenes del gesto

Partir el pan no es un gesto inventado por Jesús, sino un ritual que formaba parte de la tradición judía. Este gesto lo realizaba el padre de familia en todas las comidas religiosas de los sábados y de las fiestas, y especialmente en Pascua, cuando la torta de pan es ázima.

Otro ritual judío contiene también un gesto de puesta en común: los sacrificios de comunión, de los que forma parte el sacrificio de Pascua.

EN EL CAMINO DE EMAÚS

Se trata de un acto religioso en dos etapas: la primera en el Templo, donde se sacrifica y reparte el cordero, y la segunda en casa, donde se come la parte del cordero que corresponde a la familia (la sangre es la parte de Dios y el muslo derecho la parte del sacerdote). Es la comunión entre los tres, Dios, el sacerdote y la familia, que comen la misma comida como invitados a la misma mesa. Jesús retomó este gesto en la Última Cena y le dio un sentido cristiano, un sentido *crístico*, diciendo: “Hagan esto en memoria mía”.

Un gesto cotidiano en nuestros hogares

Sin pan que se toma, bendice, parte y comparte, no hay compañerismo en la mesa, ni lazos de amistad, ni paz, ni amor, ni esperanza. Y, sin embargo, con Él, este gesto simple y ordinario se vuelve tan distinto. Porque con Él, todo puede volverse nuevo, todo se renueva.

Todos conocemos ese deseo de poner en la mesa lo mejor de nosotros mismos. Decimos: “Come y bebe, que te he preparado esta comida. Toma un poco más, está aquí para que la disfrutes, para darte fuerzas, para que sientas cuánto te quiero”. En el fondo, lo que queremos es mucho más que dar de comer, es dar un poco de nosotros mismos.

En la Eucaristía Jesús da todo lo que tiene: se da a sí mismo

El pan no es solo un signo de su deseo de convertirse en nuestro alimento; el cáliz no es solo un signo de su deseo de convertirse en nuestra bebida. El pan y el vino se convierten en su cuerpo y su sangre a través del don. El pan es realmente su cuerpo entregado por nosotros; el vino es su sangre derramada por nosotros. Así como Dios se nos hace plenamente presente en Jesús, Jesús se nos hace plenamente presente en el pan y el vino de la Eucaristía. La Encarnación y la Eucaristía son las dos expresiones del amor inmenso y gratuito de un Dios que no retiene nada, sino que lo da todo, se da por entero.

El misterio de “comunión” con Dios

El término que mejor describe este misterio de entrega total de Dios por amor es “comunión”. El sacrificio de la cruz y el sacrificio en la mesa son un mismo sacrificio, un don total que Dios hace de sí mismo y que alcanza a toda la humanidad en el tiempo y en el espacio.

En Jesús y a través de él, Dios no solo quiere enseñarnos, instruirnos o inspirarnos, sino hacerse uno con nosotros. Dios quiere unirse completamente a nosotros para que todo su ser y todo nuestro ser puedan vincularse en el amor eterno. La larga historia de la relación entre Dios y la humanidad es una historia de comunión cada vez más íntima. Una historia en la que Dios busca constantemente nuevas formas de comulgar íntimamente con quienes ha creado a su imagen.

Y nosotros, hoy

Dios busca la comunión con todos y cada uno de nosotros: una unidad vital y viva, una intimidad plenamente compartida, un vínculo verdaderamente mutuo. Nada forzado ni impuesto, sino una comunión libremente ofrecida y aceptada. Dios no se arredra ante nada para hacer posible esta comunión.

La comunión es lo que Dios quiere... pero también lo que nosotros queremos. Es una llamada que viene de lo más profundo del corazón de Dios y del nuestro, porque nuestro corazón sólo puede ser satisfecho por quien lo ha creado. Dios ha puesto en cada uno de nosotros un ardiente deseo de comunión que nadie más puede y desea satisfacer. Dios lo sabe, pero raramente nos percatamos.

San Agustín dice: “Señor: mi corazón está inquieto hasta que descanse en ti”. Pero, al estudiar la sinuosa historia de nuestra propia salvación, veo no solo que deseamos pertenecer a Dios, sino que Dios también desea pertenecernos. Es como si Dios nos llamara, diciendo: “Mi corazón estará inquieto hasta que pueda descansar en ti, mi querida criatura”. Desde Adán y Eva hasta Abraham y Sara, desde Abraham y Sara hasta David y Betsabé, y desde David y Betsabé hasta Jesús... y hasta nosotros, Dios nos implora que le acojamos en nuestros hogares. “Les he creado, Les he brindado todo mi amor, Les he guiado, Les he ofrecido mi apoyo, Les he prometido cumplir todos los deseos de sus corazones: ¿dónde están? Espero su respuesta. ¿Dónde está su amor? ¿Qué más debo hacer para que me amen? Lo intentaré de nuevo, no voy a rendirme. Un día descubrirán cuánto deseo su amor”.

¿Hasta qué punto me atrae este amor divino? ¿Estoy dispuesto a entrar en esta comunión de amor?

Y nuestra vida matrimonial

En su exhortación apostólica *Familiaris consortio*, San Juan Pablo II explica cómo el amor en el seno del matrimonio se ve reforzado por la Eucaristía. Tras los primeros años de matrimonio, cuando la efervescencia inicial se va desbravando poco a poco, el amor entre los esposos evoluciona hacia algo más profundo. A veces es un hito difícil de pasar para muchos matrimonios, que entonces pueden dejar setentar por la búsqueda del amor en otra parte. Precisamente, es en estos momentos delicados cuando el matrimonio necesita alimentarse su amor con ayuda de la Eucaristía. Escribe San Juan Pablo II en esta carta:

La Eucaristía es la fuente misma del matrimonio cristiano. En efecto, el sacrificio eucarístico representa la alianza de amor de Cristo con la Iglesia, en cuanto sellada con la sangre de la cruz. Y en este sacrificio de la Nueva y Eterna Alianza los cónyuges cristianos encuentran la raíz de la que brota, que configura interiormente y vivifica desde dentro, su alianza conyugal. (FC 57)

Jesús se nos da como alimento en la Eucaristía: tal ejemplo de sacrificio y tal deseo de comunión íntima se convierte para nosotros en un modelo que seguir. Lejos de alcanzar las cimas de un amor tal, estamos invitados a tratar de reflejarlo a nuestra medida dentro del matrimonio.

La Eucaristía se convierte en fuente de caridad

San Juan Pablo II explica también de qué modo recibir a Jesús en la comunión puede nutrir la vida de caridad en nuestros hogares:

En cuanto representación del sacrificio de amor de Cristo por su Iglesia, la Eucaristía es manantial de caridad. Y en el don eucarístico de la caridad la familia cristiana halla el fundamento y el alma de su “comunión” y de su “misión”, ya que el Pan eucarístico hace de los diversos miembros de la comunidad familiar un único cuerpo, revelación y participación de la más amplia unidad de la Iglesia; además, la participación en el Cuerpo “entregado” y en la Sangre “derramada” de Cristo se hace fuente inagotable del dinamismo misionero y apostólico de la familia cristiana. (FC 57)

Si Jesús es la fuente de semejante amor: ¿por qué no volver la mirada a Él para renovar el amor dentro del matrimonio y de la familia? San Pablo ya estableció perfectamente el vínculo entre el amor conyugal y el amor encarnado por Jesús. En su carta a los efesios, sus palabras nos recuerdan que debemos amar como Cristo nos ama, con este amor que manifiesta tan claramente en la Eucaristía: “Maridos, amen a sus esposas como Cristo amó a su Iglesia” (Ef 5,25).

El Beato Pier Giorgio Frassati escribe en su carta de 29 de julio de 1923: “Les exhorto con todas las fuerzas de mi alma a que se acerquen a la Mesa eucarística tan a menudo como les sea posible. Porque Cristo ha prometido a los que se alimentan de ella la vida eterna y las gracias necesarias para alcanzarla”. Dejémonos mover por estas palabras y atrevámonos a acercarnos a la fuente viva que reavivará nuestro amor en todo momento. Tengamos confianza en que, si ofrecemos nuestro amor conyugal con corazones humildes, con todas nuestras imperfecciones y limitaciones, esta fuente podrá hacer que brote en nosotros una dinámica y una vida nuevas.

Atrevámonos a hincarnos de hinojos juntos ante el Santísimo Sacramento. Atrevámonos a poner ante Él toda nuestra vida matrimonial y familiar con sus alegrías y sus penas. Ahí recibiremos todas las gracias. Acerquémonos juntos a la comunión, que ella nos unirá en un solo cuerpo. “¿En qué se convierten quienes comulgan? En cuerpo de Cristo: ya no son varios cuerpos, sino uno solo. Así estamos unidos los unos con los otros y con Cristo” (Homilía 21 sobre 1 Cor 10,16-17).

Y el mundo en el que vivimos

“Lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista”. En el mismo instante en el que lo reconocieron al partir el pan, dejaron de verlo con ellos, sentado a la mesa. Cuando se les hizo más presente, precisamente puesto que lo reconocieron, se volvió ausente. Ahí tocamos uno de los aspectos más sagrados de la Eucaristía: el misterio por el cual la comunión más íntima con Jesús se produce en su ausencia.

Antes, ellos que llevaban tanto tiempo con él en su predicación, lo tuvieron como guía y maestro. Se habían quedado con él, sentados a sus pies, testigos de sus obras y enseñanzas, hasta creer conocerle.

Pero todavía no habían entrado enteramente en comunión con él. Su cuerpo y su sangre todavía no se habían unido a los suyos. En muchos aspectos había seguido siendo el otro, fuera de ellos, quien va por delante para mostrarles el camino.

Ahora, mientras comen el pan que les da y lo reconocen, dicho reconocimiento se vuelve una toma de conciencia espiritual que reside entonces en el hontanar de su ser, que respira en ellos, que habla por su boca, que vive en ellos. Cuando comen el pan que les da, sus vidas se convierten en la suya. Ya no viven ellos, sino Jesucristo resucitado en ellos. Y en este momento sacratísimo desaparece de su vista.

Es lo que vivimos en la celebración eucarística. También es lo que vivimos cuando nuestra existencia se vuelve eucarística en medio del mundo. Y nuestra presencia en el mundo se vuelve su presencia a través de nosotros. Sus manos pueden trabajar en el mundo a través de las nuestras. Nuestras palabras reflejarán sus palabras; nuestros gestos de amor y solidaridad, de justicia y de fraternidad, hablarán de Él.

Estar en comunión con Jesús significa asemejarse a Él. Es nuestro modelo, el único en quien depositamos nuestra confianza y esperanza frente a los ejemplos que nos presenta el mundo. Con Él estamos clavados a la cruz, con Él sepultados, con Él resucitamos. Estar en comunión, volverse como Cristo, nos arrastra a un nuevo modo de ser: nuevos testigos, constructores de un mundo nuevo.

Lo que el P. Caffarel comparte sobre el matrimonio y la Eucaristía

“El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí”. (Jn 6,56-57)

Cuando leemos esta página extraordinaria, ¿cómo no presentir la grandeza excepcional del matrimonio de dos cristianos? Marido y mujer, ustedes que comen la carne de Cristo, que permanecen en Él y Él en ustedes, ¿cómo no les voy a querer con un amor totalmente distinto del de los demás hombres, con un amor resucitado? ¿Pueden mirarse uno al otro, compartir penas y alegrías, entregarse mutuamente de todo corazón, con todo su cuerpo, ayudarse en el camino de la vida, sin tener el sentimiento de que viven un misterio tan grande?¹⁰

¹⁰HENRI CAFFAREL, « Mariage et Eucharistie », L'anneau d'or, n°117-118, « Le mariage, route vers Dieu », mai-août 1964.

Lo que comparte el Papa Francisco sobre el efecto transformador de la Eucaristía

En su intención para la oración de julio de 2023 el Papa Francisco invita a los creyentes a dejarse transformar por la Eucaristía, fuente y cumbre de toda vida cristiana:

Si al salir de misa estás como cuando entraste, es que algo no funciona. La Eucaristía es la presencia de Jesús, es profundamente transformadora. Jesús viene y te tiene que transformar. En ella es Cristo quien se ofrece, quien se da por nosotros. Nos invita a que nuestra vida se alimente de Él y alimente la de nuestros hermanos. La celebración de la Eucaristía es un encuentro con Jesús resucitado y, al mismo tiempo, una forma de abrimos al mundo como Él nos enseñó. Cada vez que participamos en una Eucaristía Jesús viene y nos da la fuerza para amar como Él amó; porque nos da el valor de salir al encuentro, de salir de nosotros mismos y abrimos con amor a los demás. Oremos para que los católicos pongan en el centro de sus vidas la celebración de la Eucaristía, que transforma las relaciones humanas y abre al encuentro con Dios y con los hermanos.

Testimonio de Yussef y Rita Zgheib

Nos conocimos y nuestra relación se desarrolló a la sombra de compromisos humanitarios -humanistas- como los equipos de primeros auxilios de la Cruz Roja y el escultismo. Nuestra relación se consolidó en torno a la creencia en principios y valores sublimes, como las amistades buenas, limpias y desinteresadas, la entrega altruista, el apoyo incondicional a la familia y la gratuidad de Dios en la naturaleza y en las personas de buena voluntad. Nos casamos bastante jóvenes, así que basamos nuestra familia en un matrimonio a tres con Jesús como roca y partícipe integral de nuestro proyecto. Soñábamos a lo grande.

Habíamos leído muchas guías sobre el tema, consultado a amigos sabios, padrinos scouts y consejeros capellanes, y decidido desde el principio que este viaje, este amor, que nos parecía enormemente impresionante, nunca podría realizarse sin su presencia en el corazón de nuestro matrimonio y de nuestra familia. Éramos conscientes de que el proyecto pesaba mucho sobre nuestros hombros de novatos. Así que, poco a poco, nos rodeamos de buenos apoyos, sólidos y fiables, y nuestras actividades convergieron para ser ante todo útiles,

constructivas y agradables, en estrecha sintonía con nuestros valores. Nuestros contactos sociales se han vuelto menos tóxicos y triviales. «Si desvías del camino, retómalo», esta expresión scout de la ceremonia de salida del camino se convirtió en nuestra consigna para pasar de viandantes en una carretera a peregrinos en el camino que conduce a Dios, nuestro ideal.

Las gracias del Señor abundaron. Nuestros hijos, nuestra mayor alegría, crecieron en salud, sensatez y fe. Nuestra casa se convirtió en hogar de acogida de Jesús a través de nuestros invitados. La mesa hexagonal de nuestra cocina se convirtió en el lugar privilegiado de encuentros cordiales, diálogos intensos y amistades entrañables. Según la costumbre local, tan antigua como el Cananeo en este lugar del mundo, mientras no se comparte “el pan y la sal”, no hay verdadera amistad, sellada en torno a una comida familiar generosa y hospitalaria. De hecho, esta tradición de compartir el pan, muy arraigada en el pueblo libanés, es un símbolo de apertura, convivencia y confianza, tanto como el abrazo y los tres besos (¡la Santísima Trinidad!) en las mejillas, que simbolizan que es a Cristo a quien recibimos. Por último, como costumbre heredada de nuestros padres, a menudo guardamos un cubierto extra para el invitado “improvisado” que se unirá a nosotros y bendecirá nuestro pan.

Sin embargo, no todo salió como esperábamos. Al igual que con las gracias, no faltaron disgustos en la vida, pruebas y sufrimientos devastadores. Los miembros de nuestro Equipo y las sólidas amistades forjadas antes de los trastornos fueron un apoyo enorme y vital. La meditación de la oración del Padre Pío “Quédate conmigo, Señor Jesús” y la visión de Santa Verónica aferrada al hábito de Cristo (Mt 9, 20-22; Mc 5, 25-34; Lc 8, 43-49) siempre nos dieron la fe y el valor para levantarnos y continuar el camino. Incluso en los muchos momentos “sin”: sin amor, sin alegría... ¿Adónde ir? ¿A quién acudir? Nuestros corazones no estaban por la labor. Buscábamos su presencia en medio de nuestros períodos de desánimo, incertidumbre y sin sentido. Por la noche, acurrucados, nos imaginábamos arrimados a María, envueltos en su manto tranquilizador y protector, y ella nos presentaba a su Hijo, y solo entonces sentíamos Su presencia. Juntos, con María y gracias al Señor, aguantamos.

Ahora, al acercarnos a nuestra cuarta edad, aunque todavía muy activos, esperamos que al final de nuestro viaje en esta tierra podamos

presentarle nuestra fe inquebrantable en su promesa y la fidelidad de nuestros nuevos comienzos.

Oración de San Juan Crisóstomo

Dígnate, oh, Hijo de Dios, a admitirme a tu Santa Cena.

Creo, Señor, y confieso que eres verdaderamente Jesucristo, el Hijo del Dios vivo venido al mundo para salvar a los culpables, entre los que soy el primero. Creo también que esto es tu Purísimo Cuerpo y tu Veneradísima Sangre. Te lo suplico, apiádate de mí y perdona mis pecados, voluntarios o involuntarios, cometidos de palabra y obra, a sabiendas o sin pensar, y dame la Gracia de recibir dignamente tu Santísimo Sacramento, para la remisión de mis pecados y para la vida eterna. Dígnate, oh, Hijo de Dios, a admitirme hoy a tu Santa Cena. No te traicionaré ante tus enemigos ni te daré el beso de Judas, sino que te diré, como el buen ladrón crucificado: Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino eterno.

Para la sentada

¿Qué espacio damos a la Eucaristía (misa y adoración) en nuestra vida matrimonial y familiar? ¿Qué comprendemos, leído este texto, sobre el misterio de la comunión?

Para la reunión de Equipo

San Carlos de Foucauld medita con frecuencia la presencia real de Cristo en la Eucaristía, tanto como su presencia real en quien viene a mí... ¿Soy capaz de ver, con los ojos de la fe, a Cristo presente en mi cónyuge? ¿En qué cambia eso mi actitud hacia él/ella?

¿Qué necesitamos? ¿Qué propuestas tenemos para crecer juntos y apoyarnos en la Eucaristía para profundizar en nuestra relación? (Esto vale para cada matrimonio y para el Equipo en su conjunto como pequeña comunidad).

Oraciones finales

- **Por la canonización del P. Caffarel**
- **Magnificat**

OCTAVA REUNIÓN: EN EL CORAZÓN DE LOS ENS Y DE LA IGLESIA

Introducción

En este capítulo descubrimos el gozo de caminar juntos en nuestros equipos como discípulos, viéndonos transformados en misioneros del Amor en el corazón de nuestra Iglesia.

A la escucha de la Palabra de Dios

Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan. (Lc 24,33-35)

Hemos llegado al último tema de nuestro itinerario con los discípulos de Emaús. Cada tema ha trazado una etapa en nuestro propio recorrido en la fe. Una vía de profundización personal y como matrimonios que nos ayuda a vivir nuestra fe hoy, iluminados por la maravillosa experiencia de estos dos discípulos que tanto ha inspirado a los fieles de generación en generación.

En aquel momento

No hay tiempo que perder. Podemos imaginarlos: se calzan de prisa las sandalias, se ponen el abrigo, agarran el bastón y vuelven donde los demás discípulos. Tienen que saber que no ha acabado todo, que las mujeres que habían contado lo de las apariciones de ángeles tenían razón.

Todo cambió

Ya no se sienten las pérdidas como fracasos. Los dos viajeros que habían emprendido su camino con el rostro abatido se miran ahora con ojos rebosantes de una luz nueva. El extraño que se volvió amigo les dio su espíritu, un espíritu divino de gozo, paz y valentía, de esperanza y amor. No les cabe la menor duda: ¡Está vivo! No vivo como antes,

como el fascinante predicador y taumaturgo de Nazaret, sino vivo con un nuevo aliento en ellos. Cleofás y su amigo se han visto renovados. Han recibido un corazón nuevo, un espíritu nuevo. Hasta su amistad ha quedado transformada. Ya no son amigos que pueden consolarse y reconfortarse mutuamente mientras lloran sus pérdidas, sino personas portadoras de una nueva misión. Juntos, tienen algo que decir, algo importante, urgente, algo que no puede quedar en secreto, algo que debe ser proclamado.

Entre la vuelta a casa y el retorno a Jerusalén, ¡qué diferencia!

Es la diferencia que media entre la duda y la fe, entre la desesperación y la esperanza, entre el temor y el amor. Es la diferencia entre dos hombres abatidos que se arrastran por la carretera y dos amigos que avanzan con paso decidido, quizá a la carrera, con la excitación de dar la noticia. Antes de día, pero a oscuras por dentro, ahorade noche, a pesar de la fatiga corporal, con la luz que les brinda la gracia concedida. Más aún, su retorno no está exento de peligro. Tras la muerte de Jesús los discípulos tienen miedo. Se preguntan por la suerte que les aguarda, pero se sienten liberados para dar testimonio de la Resurrección a pesar del precio que tengan que pagar por ello. Se dan cuenta de que quienes detestaron a Jesús puede que los odien algún día, que puede que los maten quienes mataron a Jesús. Pues sí: regresar a Jerusalén puede costarles la vida. Puede que se les pida dar testimonio, no solo de palabra, sino con su sangre. Pero ya no tienen miedo, ni siquiera del martirio. El Señor resucitado presente, vivo en ellos, los ha llenado de un amor más fuerte que la muerte.

Entre la celebración de la Eucaristía y una vida eucarística

En el capítulo anterior meditamos sobre el pan partido y el significado profundo de la comunión: esta sagrada intimidad con Jesús y, por Él, con Dios mismo. Pero reconocer a Jesús en la Sagrada Hostia no es solo un momento que saborear o que mantener secreto. La Eucaristía finaliza mediante un envío en misión: “Vayan, den testimonio”. Como María Magdalena, estos dos amigos también oyeron esta llamada en lo más profundo de sí mismos. Vayan, den testimonio: es la conclusión

eucarística, también la llamada última de una vida eucarística: “Vayan y anuncien lo que han visto y oído: no lo guarden para ustedes solos. Este mensaje va para sus hermanos y hermanas, para todos aquellos y aquellas dispuestos a escucharlo. Vayan, no se detengan por el camino, no se queden esperando, no lo duden, pasen más bien a la acción...”.

Y nosotros, hoy: llamados a una vida eucarística

Aquí termina la historia de Cleofás y de su amigo, cuando dan testimonio a los Once y a sus compañeros. Pero la misión prosigue. El relato de lo que sucedió de camino y en torno a la mesa marca el inicio de una vida misionera vivida todos los días de nuestra vida hasta el día en el que veamos cara a cara a Cristo Vivo.

Se trata de un movimiento que parte de la Eucaristía y que va de la comunión a la comunidad, y de allá al ministerio. La experiencia que tenemos de la comunión nos envía, en primer lugar, a nuestros hermanos y hermanas para luego, con ellos, compartir nuestros relatos y construir una relación de amor. A continuación, en tanto que comunidad, podemos ir por todas direcciones al encuentro de las gentes.

En misión, primero, hacia los de más cerca

Es importante que tomemos conciencia de que esta misión se dirige, en primer lugar y ante todo, hacia aquellas personas que forman parte de nuestra vida. De un modo u otro, la autenticidad de nuestro testimonio se ve puesta a prueba por las personas que nos conocen. Pueden conocer nuestras impaciencias, nuestros resentimientos, nuestros celos, nuestros defectos, todas nuestras miserables mezquindades...

En misión, no se trata solo de mí

Jesús escoge muchos modos de presentarse y de hacernos saber que vive. Toca cada corazón de un modo distinto, único y misterioso. Los dos discípulos, nada más llegar a Jerusalén y contar su historia, tuvieron que escuchar luego las de muchos otros. Tenemos historias que contar, y es importante que lo hagamos, pero nuestro testimonio no es el único. Tenemos una misión que cumplir, pero también debemos escuchar lo que los demás tienen que decir. Eso nos lleva a la comunidad.

Los dos discípulos pudieron hablar juntos de su corazón que ardía y, a partir de ello, entraron en una nueva forma de relación entre ambos, basada en la comunión que acababan de experimentar. Su comunión con Jesús fue, efectivamente, el principio de la comunidad. Pero era solo el comienzo. Necesitaban encontrar a otras personas que creyesen también que Jesús había resucitado... Debían escuchar sus narraciones, cada una distinta, para descubrir los numerosos medios de los que se habían valido Jesús y su Espíritu para actuar en medio de su pueblo.

Es facilísimo llevar a Jesús a que quede en “nuestro Jesús”, a nuestra experiencia de su amor, a nuestro modo de conocerlo. Pero Jesús nos dejó para enviarnos su Espíritu y este sopla donde quiere. La comunidad creyente es el lugar en el que se cuentan varios relatos sobre el modo como Jesús se hace presente. Todos esos testimonios serán lo distinto que quieran unos de otros. A veces, hasta parecerán contradecirse... Y, sin embargo, podemos descubrir progresivamente que pertenecemos a una misma comunidad, que somos miembros de un solo cuerpo unido por el Espíritu de Jesús.

Y nuestra vida matrimonial

“Los matrimonios y las familias cristianas son, a menudo, los mejores situados para anunciar a Jesucristo. Les invito a comprometerse, si les resulta posible, de un modo cada vez más concreto y creatividad incesantemente renovada”, dice el Papa Francisco (10/09/2015)

San Carlos de Foucauld, misionero en el Sahara argelino, escribe en una de sus cartas a un amigo (El Assekrem, a 13 de mayo de 1912):

“Con toda certeza, junto a los sacerdotes hacen falta otros tantos Priscila y Aquila que vean lo que el sacerdote no ve, que penetren ahí donde él no puede, que lleguen hasta quienes huyen de él, y evangelicen mediante un contacto bienhechor, una bondad desbordante sobre todos, un afecto siempre dispuesto a darse, un buen ejemplo que atraiga a quienes vuelven la espalda al sacerdote y han tomado partido por serle hostiles”. ¿Somos plenamente conscientes de que Nuestro Señor cuenta con nosotros para ser misioneros de su Amor en el corazón de este mundo?

Nuestro amor conyugal, que se nutre de la fuente inagotable de su Amor, ofrece el amor a los hijos, parientes, a quienes están alrededor... y despliega sus alas para alcanzar a todas las personas con las que nos cruzamos en nuestros caminos.

Una tendencia a pasar de la comunión al ministerio sin pasar por la comunidad

Tenemos esta tendencia a aislarnos en una cierta forma de autosuficiencia en la que nuestro individualismo y nuestro deseo de éxito personal nos mueven a actuar solos y a reclamar para nosotros solos la tarea de ejercer nuestro ministerio. Sin embargo, el propio Jesús no predicó ni actuó solo. San Lucas evangelista nos cuenta cómo pasaba las noches en comunión con Dios, sus mañanas formando comunidad con los Doce apóstoles y las tardes yendo con ellos a predicar al gentío. Jesús nos llama a actuar del mismo modo: a pasar, por este orden, de la comunión a la comunidad, y de ahí al ministerio. No quiere que actuemos solos. De este modo podemos dar testimonio como miembros de la comunidad creyente. Estamos llamados a la misión para dar testimonio, servir, brindar esperanza al mundo, no como el fruto de nuestros talentos, sino como la expresión de nuestra fe en aquel que nos ha congregado, de quien viene todo cuanto podemos dar.

Y el mundo en el que vivimos

El misterio del amor de Dios consiste en que nuestros corazones arden, nuestros oídos y nuestros ojos atentos estarán en disposición de descubrir que aquel a quien encontramos en la intimidad de nuestros hogares sigue revelándonos entre los pobres, los enfermos, los hambrientos, los presos, los refugiados y todos quienes viven sumidos en el temor. Nuestra esperanza está bien fundada y Dios vive.

Nos vemos movidos a tomar conciencia de que nuestra misión no consiste solo en extender la Buena Noticia del Señor Resucitado, sino también en recibir el testimonio de las personas a las que hemos sido enviados. La misión no se limita al don, sino que la verdadera misión consiste igualmente en recibir. Si es cierto que el Espíritu de Jesús sopla donde quiere, cada cual puede compartirlo con otras personas. Recibimos tanto cuanto damos. Cuidamos de los demás como hay

quienes cuidan de nosotros. Es el Espíritu de Dios, el Espíritu de Amor quien se esconde tras los pobres, los desesperados, los dolientes. “Bienaventurados los pobres, los perseguidos y los que lloran”, dice Jesús. Cada vez que nos ocupemos de uno de estos, conscientemente o no, bendecirán al Espíritu de Jesús y se convertirán en nuestros pastores.

He aquí la reciprocidad del don y la acogida, sin la cual, la misión y el ministerio pueden fácilmente volverse manipuladores o violentos: cuando solo uno da y el otro recibe, quien da se transforma rápidamente en opresor, y quien recibe, en víctima. Esta reciprocidad es lo que experimentan las personas que viven una vida eucarística. Escoger la gratuidad más bien que el resentimiento, la esperanza en vez de la desesperación. Poco importan las estadísticas en términos de cambios provocados. Jesús y sus discípulos nunca tuvieron grandes éxitos. Lo que importa, es que hay almas, personas que se sientan alrededor de la mesa repitiendo los gestos de Nuestro Señor, en memoria suya, y que no dejan de compartir relatos de esperanza...

Telle est une vie eucharistique, tellement petite, si peu spectaculaire, si cachée, mais elle est comme du levain, comme une graine de moutarde ...qui va sanctifier le monde.

Así es una vida eucarística: tan pequeña, tan poco espectacular, tan oculta; y, sin embargo, es como la levadura, como un grano de mostaza... que va a santificar el mundo.

Lo que el P. Caffarel nos comparte sobre el apostolado más allá del matrimonio

Esta caridad, esta “comunidad en la caridad” que Cristo opera en el matrimonio, consiste en que este (el matrimonio) la irradia, sea como operario de unidad allá donde vive, sea instaurando esta comunidad en los entornos en los que se encuentra providencialmente. Muy a menudo, su esfuerzo por obrar la unidad se ejercerá en un plano simplemente humano; pero sea bien consciente de que esta unidad humana es ya el comienzo de una unidad más elevada... Sin embargo, el apostolado no se limita a un testimonio o a irradiar, también es una tarea. Hay actividades apostólicas que marido y mujer pueden emprender y proseguir juntos. Las hay, incluso, que exigen que se

consagren en pareja: formación de novios, acogida de catecúmenos, ayuda a matrimonios jóvenes, socorro a matrimonios desunidos... No me gustaría dejar de hablar aquí de esos matrimonios que parten a las nuevas cristiandades, junto a los misioneros. Allá, más que en otras partes, hace falta, según las palabras de Juan XXIII a los peregrinos de los Equipos de Nuestra Señora que los matrimonios cristianos, a través de su vida, proclamen, ilustren, pongan al alcance de todos lo que los sacerdotes enseñan mediante la palabra, especialmente, las grandezas y las exigencias del matrimonio cristiano.

Excuso decir que semejante vocación no es la de todos los matrimonios, en los que tan a menudo marido y mujer no pueden ejercer juntos un apostolado: sea por la buena razón de que no pasan su jornada en el mismo sitio. ¡Qué importa! Lo esencial no es que estén siempre juntos físicamente, cuanto moralmente... Lo que San Pablo decía del matrimonio formado por Aquila y Priscila: “mis colaboradores en la obra de Cristo Jesús”, haría falta que Cristo pueda decirlo de todo matrimonio cristiano ¹¹.

Lo que el Papa Francisco comparte con nosotros sobre la misión de las familias

Extracto de la carta del Santo Padre Francisco a los matrimonios con ocasión del año “Familia *amoris lætitia*” (enero de 2021):

(...) La conciencia de la identidad y la misión de los laicos en la Iglesia y en la sociedad ha aumentado. Ustedes tienen la misión de transformar la sociedad con su presencia en el mundo del trabajo y hacer que se tengan en cuenta las necesidades de las familias.

También los matrimonios deben “primerear” dentro de la comunidad parroquial y diocesana con sus iniciativas y su creatividad, buscando la complementariedad de los carismas y vocaciones como expresión de la comunión eclesial; en particular, los «cónyuges junto a los pastores, para caminar con otras familias, para ayudar a los más débiles, para anunciar que, también en las dificultades, Cristo se hace presente» [3].

Por tanto, los exhorto, queridos esposos, a participar en la Iglesia, especialmente en la pastoral familiar. Porque «la corresponsabilidad en la misión llama [...] a los matrimonios y a los ministros ordenados,

¹¹HENRI CAFFAREL, Extractos de una conferencia publicada en una edición especial de “*l’Anneau d’Or*”, Mai-Août 1962

especialmente a los obispos, a cooperar de manera fecunda en el cuidado y la custodia de las Iglesias domésticas». Recuerden que la familia es la «célula básica de la sociedad» (*Exhort. ap. Evangelii gaudium*, 66). El matrimonio es realmente un proyecto de construcción de la «cultura del encuentro» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 216). Es por ello que las familias tienen el desafío de tender puentes entre las generaciones para la transmisión de los valores que conforman la humanidad. Se necesita una nueva creatividad para expresar en los desafíos actuales los valores que nos constituyen como pueblo en nuestras sociedades y en la Iglesia, Pueblo de Dios.

La vocación al matrimonio es una llamada a conducir un barco incierto —pero seguro por la realidad del sacramento— en un mara veces agitado. Cuántas veces, como los apóstoles, sienten ganas de decir o, mejor dicho, de gritar: «¡Maestro! ¿No te importa que perezcamos?» (Mc 4,38). No olvidemos que a través del sacramento del matrimonio Jesús está presente en esa barca. Él se preocupa por ustedes, permanece con ustedes en todo momento en el vaivén de la barca agitada por el mar. En otro pasaje del Evangelio, en medio de las dificultades, los discípulos ven que Jesús se acerca en medio de la tormenta y lo reciben en la barca; así también ustedes, cuando la tormenta arrecia, dejen subir a Jesús en su barca, porque cuando subió «donde estaban ellos, [...] cesó el viento» (Mc 6,51). Es importante que juntos mantengan la mirada fija en Jesús. Sólo así encontrarán la paz, superarán los conflictos y encontrarán soluciones a muchos de sus problemas. No porque estos vayan a desaparecer, sino porque podrán verlos desde otra perspectiva.

Sólo abandonándose en las manos del Señor podrán vivir lo que parece imposible. El camino es reconocer la propia fragilidad y la impotencia que experimentan ante tantas situaciones que los rodean, pero al mismo tiempo tener la certeza de que de ese modo la fuerza de Cristo se manifiesta en su debilidad (cf. 2 Cor 12,9). Fue justo en medio de una tormenta que los apóstoles llegaron a conocer la real eazay divinidad de Jesús, y aprendieron a confiar en Él.

Testimonio de Hélène y Roukoz

Llevamos 36 años casados y 24 comprometidos con la Iglesia y la parroquia. Fuimos responsables de comités familiares y participamos

EN EL CAMINO DE EMAÚS

muy activamente en diversas actividades parroquiales, como la preparación de niños para la primera comunión y la preparación de novios para el matrimonio en el nivel diocesano...

En 2019-2020, durante la pandemia de Covid, fue nombrado un nuevo cura párroco con un equipo distinto a su lado. Nos sorprendió la decisión de cambiar al párroco con el que nos llevábamos bien, así como el fin de todas nuestras responsabilidades en la parroquia. Sentimos una sensación de injusticia, incomprensión y tristeza que afectó a nuestra motivación y compromiso con la iglesia.

Tras varias dificultades y pruebas, un amigo sacerdote nos dio a conocer el movimiento y las misiones de los Equipos de Nuestra Señora. Nos explicó que podían ayudarnos a encontrar una familia y unas actividades parroquiales que respondieran a nuestras expectativas. Realizamos averiguaciones sobre el movimiento y, al cabo de 3 meses, pudimos participar en una reunión de información pública sobre los ENS en una parroquia muy alejada de nuestro domicilio. En 2021, finalmente conseguimos unirnos a un equipo que llevaba 30 años implicado en el movimiento, tras un rápido proceso de pilotaje por parte del matrimonio que nos había informado sobre los ENS.

En lo personal, seguíamos afectados por lo sucedido en nuestra parroquia. Desde que somos equipistas, y durante nuestras reuniones de equipo, hemos compartido nuestras dificultades y nuestra incomprensión sobre el problema de nuestra parroquia. Los demás equipistas no han dejado de recordarnos la noción del perdón y del amor, y de motivarnos para ser mensajeros de paz construyendo un camino personal.

El consiliario del equipo nos recordó que tal vez había llegado el momento de ocuparnos de nuestra familia, de nuestra vida matrimonial y de trabajar y dedicarnos a la espiritualidad conyugal en lugar de servir en la parroquia. Día tras día, fuimos encontrando una sensación de paz interior que habíamos perdido durante algún tiempo. En noviembre de 2023, mientras nos preparábamos para el periodo navideño, compartimos en nuestra reunión mensual con el equipo que estábamos preparados para dejar atrás esta difícil etapa y centrarnos en la bendición del momento presente y avanzar hacia la gracia del abandono en manos de Dios para encontrar la paz interior.

Nuestro equipo fue de gran ayuda y nos apoyó en nuestra decisión de volver a nuestra parroquia, a la que pertenecemos. Para nosotros, la Navidad de 2023 fue un tiempo de gracia y un momento precioso para volver a la casa de nuestro Padre Dios. Hoy nos sentimos más libres y en paz gracias al apoyo de los benditos y sabios miembros de nuestro equipo.

Desde que nos unimos a los ENS los miembros de nuestro equipo nos han animado constantemente a perdonar y aceptar nuestra debilidad. Comprendimos mejor nuestra fe cristiana y volvimos a los brazos de la Iglesia, que nos da seguridad y paz. Como los discípulos de Emaús, nuestros ojos cerrados se abrieron y volvimos a “Jerusalén” a través de la comunidad en busca de oración y apoyo espiritual. Hoy sentimos una fe más profunda que se basa en el amor de nuestro Señor Jesucristo resucitado.

Para orar juntos

Oración que dirigimos a los padres de Santa Teresa de Lisieux, San Luis y Santa Celia Martin, que vivieron plenamente la misión en su matrimonio, en la familia y en la Iglesia:

Santos Luis y Celia Martin:

Ustedes que, en su vida conyugal y parental dieron testimonio de una vida cristiana ejemplar por el ejercicio de los deberes de su estado y la práctica de las virtudes evangélicas, hoy les dirigimos la mirada.

Que el ejemplo de su confianza inquebrantable en Dios y de su abandono constante a su voluntad, a través de las alegrías tanto como a través de las pruebas, lutos y sufrimientos que jalonaron su vida, nos anime a perseverar en nuestras dificultades cotidianas y a permanecer en el gozo y la esperanza cristianos.

Intercedan por nosotros ante el Padre para que obtengamos las gracias que tanto necesitamos hoy en nuestra vida terrena y que alcancemos como ustedes la bienaventuranza eterna. Amén¹².

¹²Fuente: N.T. en la edición original se cita la página Web catholique.fr, pero la referencia parece estar incompleta. Se puede encontrar la oración en <https://sanctuaire-louisetzelie.com/priere-aux-saints-louis-et-zelie/>

Para la sentada

¿Estamos dispuestos a salir de nuestras zonas de confort para ir hacia los demás con celo misionero a ejemplo de Priscila y Aquila?

¿Qué nuevas convicciones hemos adquirido a partir de la lectura de este capítulo?

Para la reunión de Equipo

¿Somos conscientes como matrimonios de los peligros del aislamiento y la autosuficiencia? ¿Estamos dispuestos a abrirnos a una dinámica de profunda puesta en común con los demás miembros de nuestro equipo de base? ¿Qué tememos a este respecto?

Podemos poner en común experiencias, por humildes que sean, en las que hemos podido vivir una “vida eucarística”, una experiencia misionera en la reciprocidad (dentro de la familia, parroquia, entorno...).

Oraciones finales

- **Por la canonización del P. Caffarel**
- **Magnificat**

NOVENA REUNIÓN: BALANCE

Introducción

Esta reunión tiene una estructura diferente a las otras reuniones de equipo que hemos tenido durante este año, su propósito es hacer un alto y discernir, con total honestidad revisar el camino personal, en matrimonio y en equipo a la luz del Espíritu Santo; detenernos, hacer un balance, un examen de conciencia, de nuestro caminar como cristianos y del encuentro con Cristo resucitado.

Se sugiere una propuesta de preparación de esta reunión. Cada equipo puede elegir centrarse en aquellas partes que sean más adecuadas para su situación actual, elegir la que se adapte mejor al equipo:

1. En una sentada, preparar en matrimonio la reunión balance.
2. Nos planteamos los puntos fuertes y débiles en los que trabajaremos.
3. Las pistas de reflexión son una guía, las pueden enriquecer de acuerdo a las necesidades del equipo.
4. Esta reunión se puede realizar en una Eucaristía vivida en equipo.

A la escucha de la Palabra de Dios

Leemos el texto inspirador de los discípulos de Emaús (Lucas 24, 13-35), reflexionar sobre el encuentro transformador con Cristo resucitado en nuestro caminar espiritual en Equipos de Nuestra Señora.

La Palabra de Dios: Lc 24,13-35

Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traen mientras van de camino?». Ellos se detuvieron con

aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron». Entonces él les dijo: «¡Qué necios y torpes son para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?». Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos le apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

La sentada (A modo de balance)

1. ¿Cómo podemos nosotros, como estos discípulos, abrir nuestro corazón a la presencia de Cristo en nuestra vida personal, en nuestro matrimonio?
2. ¿Percibimos la presencia de lo divino en nuestras vidas y en nuestro matrimonio?

3. ¿Cómo podemos reconocer a Cristo en nuestros momentos de duda y confusión?
4. ¿Cómo reconocer su presencia en nuestros intercambios, oraciones y momentos de comunión en nuestros equipos y matrimonios?
5. ¿Cómo dejarnos guiar por la luz de la fe, incluso cuando la oscuridad y el tormento amenazan con envolvernos y ahogarnos?
6. ¿En los Equipos de Nuestra Señora somos compañeros de viaje, peregrinos en el camino de la fe y del amor, que tratan de reconocer la presencia de Cristo resucitado en nuestras vidas y en nuestras relaciones?
7. ¿Estamos dispuestos a salir de nuestra zona de confort y salir al encuentro de los demás? ¿Estamos dispuestos a servir a los demás en el Movimiento, en la Iglesia, en algún apostolado concreto?
8. ¿De qué manera podemos contagiar y atraer a más matrimonios sacramentados y sacerdotes consiliarios al Movimiento?
9. El tema de estudio de este año 2024-2025 ¿qué significó para nosotros como matrimonio? ¿Despertó el corazón, renovó nuestro compromiso con Dios, en nuestro matrimonio, con la Iglesia, con el Movimiento? ¿Somos testigos de un encuentro personal con Cristo Resucitado, vivimos el calor de su presencia en nuestra vida cotidiana?

Se reflexiona en el diálogo conyugal en casa y en la reunión balance compartiendo en equipo fortalezas y compromiso en las debilidades.

Participación

1. ¿Los Puntos Concretos de Esfuerzo nos ayudan al encuentro con Cristo Resucitado? ¿Cómo vivimos este encuentro?

EN EL CAMINO DE EMAÚS

2. ¿Los Puntos Concretos de Esfuerzo nos ayudan a reflexionar sobre nuestras actitudes, particularmente en los momentos de obscuridad?

3. En la participación, ¿de qué manera vivimos la ayuda mutua en matrimonio y en equipo?

Puesta en común

Meditar sobre el significado de este encuentro en el camino de Emaús y explorar los paralelismos entre el caminar de los discípulos de Emaús y nuestro caminar dentro de los Equipos de Nuestra Señora.

Dejémonos inspirar por el modo en que los discípulos de Emaús experimentaron un encuentro transformador con Cristo Resucitado.

Los discípulos de Emaús, sin duda marcados por la crucifixión de Jesús y sumidos en la confusión, emprenden un viaje, que, sin saberlo, los acompaña el propio Cristo Resucitado.

Incluso en los momentos en los que podemos sentirnos perdidos o desanimados, Cristo resucitado se mantiene presente y transforma nuestras vidas.

Que nosotros, como los discípulos de Emaús cuando recorrían el camino de la vida entre desilusiones, dudas y momentos de confusión, seamos testigos de este encuentro extraordinario que transforma nuestra confusión en una experiencia de profunda intimidad con Cristo resucitado y sintamos el calor de su presencia en nuestro caminocomún.

Pedimos al Señor que nuestra pertenencia a los Equipos de Nuestra Señora nos ayude a vivir una transformación personal, conyugal, de equipo y del Movimiento para el encuentro con Jesús Resucitado.

¿De qué manera acogimos a Cristo resucitado en nuestra vida cotidiana? ¿Cristo Resucitado es el centro de nuestra vida, centro de nuestro matrimonio, de nuestra familia, del equipo?

¿Dejamos que Cristo Resucitado transforme nuestras vidas, despierte nuestro corazón y renueven nuestro compromiso con Equipos de Nuestra Señora y afirmen los cimientos de nuestras familias?

Que nuestra mirada, nuestro corazón, nuestra inteligencia, nuestra voluntad ardan por reconocer a Cristo resucitado, dejarlo entrar en nuestra vida para ¡Gloria de Dios!

Renovación del compromiso

Con total conciencia, libremente, cada matrimonio y Sacerdote Consiliario Espiritual, toma la decisión de renovar el compromiso por un año, a continuación, una propuesta de compromiso:

En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo,
nosotros, _____ y _____
Como matrimonio integrante de los Equipos de Nuestra Señora,
prometemos por este año, ante DIOS y la Santísima Virgen María,
en presencia de nuestro Sacerdote Consiliario y los miembros de nuestro equipo,
vivir con fidelidad las exigencias del Evangelio y ser fieles al Espíritu, la Pedagogía,
Vida del Movimiento y Vocación y Misión de los Equipos de Nuestra Señora,
tratando de esforzarnos para ser cada día mejores en nuestra Espiritualidad
Conyugal y vida familiar, de tal modo que, amándonos como Dios nos ama,
podamos servir mejor a DIOS y a nuestro prójimo,
y así lleguemos, como matrimonio, a crecer en Santidad.
Amén.

En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo,
Yo _____
Como Sacerdote Consiliario Espiritual integrante de los Equipos de Nuestra Señora,
prometo por este año, ante DIOS y la Santísima Virgen María,
en presencia los matrimonios miembros de mi equipo,
vivir con fidelidad las exigencias del Evangelio y ser fiel al Espíritu, la Pedagogía,
Vida del Movimiento y Vocación y Misión de los Equipos de Nuestra Señora,
tratando de esforzarme para ser cada día mejor en mi Vida Sacerdotal, de tal modo
que, amando a los matrimonios como Dios me ama,
pueda servir mejor a DIOS y a mi prójimo,
y así llegue, como Sacerdote, a crecer en Santidad.
Amén.

Oraciones finales

- **Por la canonización del P. Caffarel**
- **Magnificat**

ANEXO I: MEDITACIONES DE LA PROFESORA MARINA MARCOLINI

Meditación del día 16/7

Comentario a Lc 24, 15 -35

Lc 24 15-18: Mientras conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió caminando con ellos. Pero algo impedía que sus ojos lo reconocieran. Élles dijo: «¿Qué comentaban por el camino?». Ellos se detuvieron, con el semblante triste, y uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: «¡Tú eres el único forastero en Jerusalén que ignora lo que pasó en estos días!».

Introducción

Buenos días, queridos y queridas, ¡buenos días a todos!

Piensen en la suerte que tenemos de estar aquí. Qué gran privilegio es poder quedarnos unos días sin otro pensamiento que el de sumergirnos en el Evangelio: entrar a fondo en la palabra de Dios.

Fuera hay un mundo ajetreado que pasa a toda prisa. Unos por el trabajo, otros por las vacaciones, otros por las tareas constantes... en una persecución constante hacia un tiempo que huye, hacia una felicidad que no se alcanza...

Por unos días aquí pararemos el tiempo. Viviremos en un tiempo dilatado. No tendremos que correr, no tendremos ansiedad. No caminaremos hacia delante, sino que descenderemos a las profundidades. Nos quedaremos quietos en una silla, pero emprenderemos un viaje emocionante, lleno de descubrimientos. Una exploración dentro del Evangelio y dentro de nosotros mismos.

Y saldremos transformados, porque el contacto con la palabra del Señor renueva la vida.

Cada día se nos ofrecerán trocitos de Evangelio, unos versículos, pequeñas migajas que saborearemos con calma, para redescubrir cuánta riqueza de sabor y aroma hay en un bocado de Evangelio saboreado juntos.

No tengo ninguna competencia oficial para guiarlos por este camino. No soy ni sacerdote ni monja, ni siquiera especialista en la Biblia. Y

no sé por qué me han elegido los muy buenos y amables organizadores de esta magnífica conferencia. ¿Quizás porque soy una enamorada del Evangelio?

Sólo puedo asegurarles esto: que cada palabra que les voy a decir está encarnada en mi vida, es la palabra del Evangelio puesta a prueba en mi vida, en sus momentos más dolorosos y también en los más alegres.

La palabra del evangelio es una palabra que nunca me ha fallado, que me ha transformado y me sigue transformando. Fuerza de vida que siempre nos renueva.

La tarea que se me ha encomendado es exigente, pues me piden no sólo que comente los versículos de Lucas relativos a los discípulos de Emaús después de la pasión y muerte de Jesús, sino también que los relacione con la liturgia eucarística.

Intentaré, pues, acompañarlos cada día por tres caminos, que se entrecruzarán libremente, sin esquemas fijos y rígidos, porque no me gusta ser didáctico. El Evangelio es vida y la vida necesita moverse libremente.

Los caminos por los que nos encaminaremos son estos:

1. Revivir la experiencia de los dos discípulos de Emaús, gracias a una narración que nos lleva a identificarnos con ellos.
2. Observar atentamente el comportamiento de Jesús, qué palabras y gestos elige, qué tienen que decirnos ahora.
3. Conectar los pasajes evangélicos con la liturgia eucarística, con las partes que la componen.

El objetivo es tener una experiencia interior transformadora. Hacernos trabajar por las manos del Señor. Ser impulsados por el soplo de su Espíritu a abrirnos, a renovarnos.

Sentir que su palabra es para nosotros lo que la primavera es para los prados, prados que reverdecen, brotan, florecen.

Hacerlo todos juntos, aquí, con tanta gente, es algo absolutamente excepcional, me emociona tanto. Piensen: aquí somos miles de corazones que se preparan juntos para dejarse conmover por la palabra de Dios.

Aquí nos deseó a todos, con todo mi afecto, que nuestros corazones ardan, que Jesús nos reencienda, reencienda la llama de nuestra fe. ¡Piensen cuánto calor podemos desprender todos juntos!!

Comentario

Los discípulos de Emaús: los exégetas explican que pudo tratarse de dos amigos o tal vez de una pareja. Camino con ellos y escucho su dolor.

No pensamos con suficiente frecuencia en un hecho que es la realidad básica de la fe cristiana: nace de un trauma, el más terrible que han vivido los creyentes de todos los credos, la cruz.

El trauma inconcebible: Dios dejándose matar. Junto con Jesús, muere en la cruz el sueño de una humanidad redimida, curada, un sueño de fraternidad y amor universal, el sueño de los sueños. Una gran causa, aniquilada en unas horas de interrogatorio, tortura y ejecución despiadada.

Había una pequeña comunidad de discípulos que se había formado en torno a aquel sueño, una comunidad vibrante, aunque no exenta, en su seno, de incomprendiones y conflictos.

Aquellas mujeres y aquellos hombres habían tenido que presenciar la violación de su esperanza. Habían sido testigos de la violencia desatada contra un inocente con ojos tan claros y buenos como los de un niño.

Un poder fuerte y arrogante había escupido sobre el rostro de Jesús, sobre el rostro de un hombre que mostraba el verdadero rostro de la humanidad.

Y luego la sangre de sus dulces manos, de sus pies clavados en el madero, esas manos que con tanto amor habían cuidado y acariciado, esos pies incansables siempre en camino para llevar una palabra de vida, un abrazo de amor incluso a los más alejados y marginados.

Los amigos de Jesús tienen todo esto en los ojos y en el corazón: el horror y el dolor indecible impresos en su memoria con letras indelebles de color rojo sangre. Y sienten el vacío, temible como un abismo, de la ausencia de Jesús.

Aturdidos, desorientados, asustados, los discípulos se dispersan o se encierran en sí mismos.

El espacio se ha reducido a su alrededor, en la medida de sus temores y decepciones. Los amplios espacios a los que les había acostumbrado el

Rabí de Galilea, que recorría tierra y cielo a lomos de un asno, no son más que un recuerdo.

Su geografía del corazón se ha vuelto repentinamente estrecha y, en consecuencia, su inteligencia de la realidad también se ha encogido.

De una meta que parecía cercana -ese reino de Dios prometido por Él- se encuentran arrojados de nuevo a las profundidades incomprensibles y oscuras de quienes, habiendo zarpado a mar abierto con el entusiasmo de la más hermosa aventura, han sentido que la barca se desmoronaba bajo sus pies.

Los dos hombres de Emaús son dos náufragos a la deriva, ya no tienen rumbo. Y sienten que su vida ya no tiene sentido.

Habían cultivado un sueño durante aquellos tres años con Jesús, que había hecho volar sus deseos. Aquel rabino de manos callosas, sencillo y misterioso a la vez, había encendido en ellos aquel sueño maravilloso: en lugar de esta triste historia nuestra, que parece repetirse siempre igual - una historia de violencia y abusos, de esclavos y amos-, Jesús les había abierto de par en par horizontes de nuevos cielos y nuevas tierras. Había prometido un reino de amor, un lugar donde el rostro de cada persona es tan claro como el de un niño, y la mano no esconde ningún aguijón. Una humanidad curada, un jardín donde la vida florece y madura, se da a sí misma, sin enemigos...

Los que habían seguido a Jesús le habían creído, porque le habían visto obrar. Había visto a enfermos curados, a pobres criaturas sufrientes, oprimidas en cuerpo y espíritu, retomar el camino de la vida, hechas de nuevo. Había visto a prostitutas endurecidas por el cinismo volver al llanto y al amor de verdad. Había visto a pecadores empedernidos, acaparadores de dinero, dejarlo todo y entregarse a una misión peligrosa, la del rabino de Galilea perseguido por los fariseos. Había oído a criminales en el patíbulo pronunciar palabras de ternura... ¡Y a muertos volver a la vida!

Le habían creído divino aquel hombre, tan capaz era de amar y de dar vida: hijo del hombre e hijo de Dios.

Pero entonces este hombre-Dios, profeta poderoso, que curaba a los moribundos y resucitaba a los muertos, ¡había sido asesinado! Manos humanas le habían golpeado. Igual que se golpea a cualquier otra pobre

EN EL CAMINO DE EMAÚS

vida humana, del mismo modo Jesús había sido torturado, herido, azotado, asesinado.

El poder lo había juzgado, un rechazado, un hombre al que había que eliminar.

Los discípulos habían huido, habían tenido miedo, todo era demasiado grande para ellos y demasiado imprevisiblemente desconcertante.

El mundo se derrumbó sobre ellos. El suelo desapareció bajo sus pies. Una caída hacia lo desconocido.

No se sale indemne de un trauma de esta magnitud. Me los imagino conmocionados, los discípulos de Emaús, caminando juntos para darse ánimos y llenar el silencio con palabras, con historias repetidas continuamente y preguntas sin respuesta, por miedo al silencio, por miedo a quedarse solos ante aquel vacío, aquel abismo.

Venían de Jerusalén. Lejos, ¡escaparse de ese lugar maldito! Lejos, ¡abandonar allí los escombros del sueño, los castillos en el aire!

Partir, volver atrás, encogerse a la medida de lo cotidiano, dejarse llevar por los pequeños deseos de cada día: más pan, menos fatiga, un poco más de bienestar... Y tal vez, quién sabe, esperar un vuelco político, pero nada más.

Qué terrible es el dolor de perder los sueños. Qué terrible es darse cuenta de que las esperanzas no se realizan, de que el amor muere.

Qué cruel es el golpe en el corazón cuando por enésima vez vemos que fue el desamor, la soberbia, la injusticia lo que venció.

Te sientes perdido, solo. Y te gustaría arremeter contra alguien, contra un enemigo, pero te das cuenta de que la decepción, la derrota también es tuya, tú mismo te has defraudado, tú mismo te sientes perdedor.

Y te das cuenta de que no te quieres, de que te desprecias, de que te preguntas si tu vida tiene sentido.

Jesús entra en nuestras vidas en días como estos, mientras recorremos caminos regresivos de vuelta a un Emaús que es para nosotros el lugar de la no esperanza, el lugar del desencanto, del llamado «realismo».

El lugar al que vamos sabiendo que allí no ocurrirá nada nuevo y que tendremos que aceptar el mundo tal como es y conformarnos con él y no soñar más.

Ya no queremos levantar los ojos, mirar hacia arriba, soñar a lo grande, porque todo se ha derrumbado y se nos ha venido encima.

La vida volverá al trajín habitual y desplazaremos nuestros deseos a las cosas pequeñas, miraremos hacia abajo, para no sentirnos desesperados.

Los discípulos de Jesús: siento que esos dos son parecidos a mí.

Parecidos, porque pisan las mismas huellas de mis derrotas, de mis desilusiones, de mi desesperación.

Parecidos, porque descienden por los mismos valles oscuros, se adentran en las mismas noches donde parece que no hay ni un hilo de luz amiga que te dé valor. Sólo oscuridad y tristeza, tinieblas y miedo. Nada más. Y no ves la hora de llegar a casa, de cerrar la puerta tras de ti y defenderte de la vida, de sus terribles ataques.

Pero algo sucede, un encuentro inesperado y aparentemente casual. En su camino de decepción, los discípulos de Emaús se encuentran con un extraño, al que nunca habían visto.

Las primeras palabras de Jesús son una pregunta: ¿Qué son esas conversaciones que mantienen entre ustedes por el camino?

Escucha qué delicadeza y también qué ironía en esta pregunta de Jesús, que finge no saber nada de nada, como si fuera un forastero venido de quién sabe dónde. Y la respuesta de los dos, en efecto, es: ¡Sólo tú eres forastero en Jerusalén! ¿No sabes lo que ha pasado allí en estos días?, lo que equivale a decir: pero tú estás fuera del mundo?

Esto es curioso. Parece que Jesús adopta una especie de ironía socrática, es decir, aquel método utilizado por el filósofo Sócrates de fingirse ignorante para instar a su discípulo a que le explique su opinión, de modo que pudiera ver, por sí mismo, que carecía de fundamento.

Jesús no hace preguntas al azar. Es su método, su pedagogía, solicitar a los discípulos con preguntas. En los evangelios hay al menos 220 preguntas de Jesús.

«Un dicho judío dice que al principio Dios creó el signo de interrogación y lo puso en el corazón del hombre» (E. Ronchi).

Al comienzo de la misión pública de Jesús, cuando los primeros discípulos habían empezado a seguirle, su primera gran pregunta había

sido ¿Qué buscan? (Jn 1,38) y es una pregunta que Jesús también nos hace ahora a nosotros: ¿qué buscamos? ¿Qué nos mueve? ¿Cuál es mi deseo? ¿Mi meta?

Porque éste es el resorte de todo, lo que impulsa mi vida.

Ahora, en el camino de Emaús, la pregunta es diferente. Jesús pregunta: ¿Qué es esta conversación que mantienen? Quiere escuchar su interpretación de los hechos, oír lo que entendieron de su vida y muerte en la cruz. Para que se cuestionen y se abran a una comprensión nueva, más amplia, de los acontecimientos.

«La forma del signo de interrogación recuerda a la de un anzuelo, que el Evangelio deja caer en nosotros para engancharnos, arrastrarnos hacia sí, «pescarnos», elevarnos al aire y a la conversión.

El gran escritor Rainer Maria Rilke, en sus Cartas a un joven poeta, exhorta a su interlocutor a «vivir bien las preguntas», a no correr inmediatamente de puerta en puerta, de libro en libro, de maestro en maestro en busca de respuestas. Ama las preguntas, déjalas trabajar en ti, como una gestación» (E. Ronchi).

«Cuando alguien tiene respuestas para todas las preguntas, demuestra que va por mal camino... Dios nos sobrepasa infinitamente, es siempre una sorpresa... Quien quiere todo claro y cierto pretende dominar la trascendencia de Dios...» (GE 41).

Jesús se acerca a los discípulos llevando un signo de interrogación como primera cosa.

Recordémoslo cuando parezca que tenemos la verdad en el bolsillo. Porque Jesús nos insta a hacer siempre preguntas, a cuestionar nuestras lecturas reductoras. Jesús, hombre y Dios, es un gran misterio que siempre nos sorprende.

«Jesús mismo es una pregunta. Su vida y su muerte nos interrogan sobre el sentido último de las cosas, nos interrogan sobre lo que hace feliz la vida. Y la respuesta sigue siendo Él» (E. Ronchi)

¿Cómo saldrán los discípulos de Emaús de esa desesperación?

Será lo impensado lo que les salve, una irrupción de asombro y de novedad en el seno de sus existencias encogidas, devueltas a la mera medida de la realidad de los hechos.

La irrupción de lo nuevo se produce en el corazón del trauma, de todos nuestros traumas.

Interrumpe y relanza.

«Para el pesimismo, basta con la observación de los hechos; para el optimismo, hace falta creatividad» (F. Mernissi).

¿Y quién puede ser más creativo que Dios?

La resurrección siempre está ahí para decirnos que no puede haber pérdida, ni angustia, ni decepción tan abrumadora y ardiente que no pueda ser superada por la creatividad del amor.

«Es la noticia inesperada: hay una bendición escondida en nuestro sufrimiento.

De alguna manera se esconde un don en medio de nuestras lágrimas» (H. Nouwen).

Nuestro dolor a veces busca una guarida, lame sus heridas. Démosle tiempo para hacerlo, para llorar, pero permanezcamos a la escucha, permanezcamos abiertos: el Señor nos llama.

Vengan, nos dice, vengan y los haré descubrir la luz en la oscuridad de la pérdida, el infinito dentro de la tumba de sus esperanzas.

Hay un regalo en las lágrimas.

En la Eucaristía, ese inmenso don de Jesús, desandamos el camino de Emaús y nos encontramos con Él. Porque de esto nos habla la Eucaristía: de nuestra vida. Y no sólo nos habla a nosotros, sino que cuida de la vida herida y doliente. Renueva la vida, la celebra, la bendice.

«Venimos a la Eucaristía con el corazón roto por muchas pérdidas, las nuestras y también las del mundo». (H. Nouwen). En este camino lleno de baches volvemos a encontrarlo.

En la Eucaristía recitamos: Señor, ten piedad, una confesión general y comunitaria.

Para interpretar el sentido de este acto penitencial preliminar, me gusta referirme al gran poeta Dante.

Su Divina Comedia es una obra conocida en todo el mundo, una de las obras maestras más grandes del mundo. ¿Y cómo comienza? Con un hombre caminando por un bosque oscuro, sin saber adónde ir, sintiéndose perdido y con mucho miedo: “En medio del viaje de nuestra vida / me encontré en un bosque oscuro / pues el camino recto se había perdido...».

Dante da unos pasos para salir de aquella espantosa situación y aparecen ante él tres bestias feroces dispuestas a devorarlo: son la imagen del mal que hay dentro y fuera de él, en su persona y en la sociedad. Dante se paraliza, ya no puede continuar.

¿Y cuáles son las primeras palabras que pronuncia Dante, paralizado por el miedo? Miserere di me: ten piedad de mí.

Estas palabras son una petición de ayuda, no un sentimiento de culpa, mortificado ante un juez, sino que es pedir una mano a un amigo, decirle: sácame de aquí, mira dónde me he metido. Es disponerse a dejarse ayudar y a dejarse amar.

Señor misericordia significa entonces: ayúdame, no puedo hacerlosolo. Dame tu mano y sácame de mis bosques oscuros, de mis crisis. Renuévame, y conmigo renueva a todos estos otros que ahora están aquí en esta iglesia. Ayúdanos a todos juntos. Es «sentir a Dios como una persona viva que se comunica con nuestra persona viva» (Vannucci).

«Cristo vive. Él es nuestra esperanza y la juventud más hermosa de este mundo. Todo lo que Él toca se hace joven, se hace nuevo, se llena de vida.

Él está en ti, está contigo y nunca te abandona. Por muy lejos que te alejes, el Resucitado está a tu lado, llamándote y esperando a que empieces de nuevo.

Cuando te sientas viejo por tristezas, rencores, miedos, dudas o fracasos, Él estará allí para devolverte la fuerza y la esperanza» (Francisco, CV, 1-2).

Meditación del día 17/7

Marina Marcolini

Comentario a Lc 24, 15 - 35

Lc 24, 25-27: Jesús les dijo: «¡Qué necios y torpes son para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?». Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras.

Jesús invita a los discípulos de Emaús a leer con él su historia -esa historia que aparentemente terminó en el fracaso, en la cruz- dentro de un cuadro más amplio. Nosotros somos pequeños y nuestras vidas cortas, pero hay un infinito y un eterno que las contiene y les da un significado especial e indeleble.

Jesús explica a los dos discípulos de Emaús que la derrota, la pérdida, el trauma, la muerte son inevitables, pero que no destruyen nada definitivamente. Existen, por desgracia, y tenemos que lidiar con ellas cada día, pero no tienen la última palabra, la verdad de las cosas no reside en ellas.

Habíamos soñado con un mundo nuevo, en muchos momentos lo habíamos soñado, y habíamos trabajado para construirlo en el taller del sueño de paz y justicia -el sueño de Dios-, pero todo se derrumbó y aquel largo y arduo trabajo nos parece completamente inútil.

Así que volvemos a cultivar el pequeño campo de casa, nos encerramos allí, en ese recinto, solos, y no queremos ver más allá.

Nuestros ojos están a veces tan empañados de tristeza que no reconocemos a Jesús, no oímos su voz, no lo vemos dentro de nuestros días.

La vida nos ofrece signos: gestos de amigos, palabras, encuentros, pequeños hechos que podrían abrirnos rendijas de luz, pero no los captamos, no queremos captarlos porque nos hemos casados con nuestro dolor, con nuestra tristeza, con nuestro resentimiento.

Jesús explicando las Escrituras a lo largo del camino “es una llamada al despertar, es un arrancarse las vendas de los ojos, un derribar los inútiles dispositivos de protección.

Tuvo que llamar «necios» a los discípulos para que vieran.

¿Y cuál es el reto? Confiar. Confiar en el esquema más amplio de las cosas, ir más allá de los sufrimientos del momento, verlos como parte de un proceso de curación mucho mayor» (Nouwen).

«Que las cosas se desmoronen es una especie de prueba y también de cura. Creemos que se trata de superar la prueba o de superar el problema, pero la verdad es que las cosas no se resuelven realmente. Se reúnen y luego se deshacen. Luego se reúnen de nuevo y vuelven a deshacerse. Así es como funciona.

La cura llega cuando dejas espacio para que suceda: espacio para el dolor, el alivio, el sufrimiento, la alegría.

Cuando hay una gran decepción, no sabemos si será el final de la historia. También puede ser el comienzo de una gran aventura» (Chödrön).

La alegría que otorga la fe se adapta y transforma en las distintas etapas de la vida. Incluso en las dificultades más graves, «poco a poco, hay que dejar que la alegría de la fe comience a despertar, como una secreta pero firme confianza.

Permanece siempre al menos como un destello de luz que nace de la certeza personal de ser infinitamente amado, más allá de todo» (Francisco, EG, 6).

Jesús hace esto por nosotros, nos hace sentir amados. Y cuando nos sentimos amados, descubrimos cuánta belleza se esconde en una vida de servicio amoroso a los demás. Jesús abre de par en par las ventanas y respiramos aire puro.

La gran inteligencia pedagógica de Jesús consiste en ayudarnos con sus preguntas y con su vida, que cumple las Escrituras, a abrir las ventanas de nuestra mente y a someter a constante revisión nuestra manera de ver la vida y de reaccionar ante el mundo. En otras palabras, nos enseña la verdadera sabiduría.

Jesús es un maestro de la existencia. Jesús, «maestro de la escuela de la existencia, no se preocupaba tanto de corregir los comportamientos exteriores cuanto de estimular a las personas a pensar y a ampliar su comprensión de los horizontes de la vida» (Cury).

Jesús explica la Palabra a los dos discípulos en el camino e ilumina a los dos caminantes, primero confundidos y ahora atentos. Y les invita a hacer memoria, a recordar.

Los dos de Emaús son como nosotros, personas inseguras, frágiles y dubitativas a las que Alguien había encendido el corazón. Y Jesús se lo recuerda.

Habían encontrado el amor en Él, alguien que sabía amarlos como nadie jamás podría hacerlo. Y ese Alguien no sólo los amaba y les hacía sentirse únicos, sino que había sido capaz de ensanchar sus corazones de un modo que nunca habían experimentado.

Al amarlos, les hizo como él, más capaces de amar, más libres de ir más allá, de salir de los estrechos confines de su pequeño yo.

Allí fuera habían experimentado una libertad desconocida, respirado una belleza asombrosa, vivido una alegría embriagadora.

Sus vidas se habían alimentado, sus corazones se habían llenado de esa paz de Dios que permanece incluso en medio de las espinas de la vida.

Tras los pasos de Jesús por las calles y caminos de Palestina, los discípulos se habían sentido liberados de las ataduras del miedo. Con sus palabras y sus obras, Jesús les había contagiado el amor por todo lo que vive en este mundo, incluso por lo que les parecía repugnante, los enfermos, los descartados, los desviados, los moribundos.

Y les había hecho niños, les había enseñado a disfrutar de la belleza de una flor, del vuelo de un pájaro. Habían aprendido de él la alegría de las cosas sencillas, a encontrar el gusto en un sorbo de vino y un bocado de pan y a sentir que no necesitaban nada más.

Y cuando no había pan, incluso unos granos crudos de una espiga de trigo -recogidos de un campo y comidos sonriendo con él y sus amigos- bastaban para poder decir: aquí ya está todo, no necesito nada más; aunque ahora muriera, sería feliz porque en esta libertad, en esta fraternidad, en este dar y recibir amor, en este alegrarse juntos por lo poco, aquí está la plenitud de la vida, y yo la he experimentado.

Jesús pide a los dos discípulos de Emaús que contemplen la dura realidad de la cruz con una mirada nueva. Al morir de aquella muerte, les había mostrado una vía: el camino de la entrega, del amor que ayuda a todos a realizarse plenamente.

Cuánto necesitamos de estas palabras del Evangelio cada día, ante nuestras pequeñas y grandes pérdidas y duelos, ante las grandes derrotas sociales y políticas: las guerras -barbaridades inhumanas que deberían estar desterradas de la faz de la tierra, pero que se siguen utilizando para dirimir conflictos-; el abuso de poder sobre los más débiles, el egoísmo masivo que busca privilegios y descarta a las personas como si fueran desechos...

Hoy el mundo parece a muchos a la deriva, un barco que pronto encallará y naufragará.

Demasiado odio, demasiadas injusticias, demasiada violencia, una desigualdad demasiado vergonzosa entre los gordos epulones y los consumidos Lázaros de los pueblos, demasiadas muertes inocentes en nuestros mares, en los desiertos, demasiada rabia contra la tierra, contra la madre tierra que nos nutre...

Hoy en día hay suficientes motivos para que todos nos sintamos como aquellos dos discípulos de Emaús.

Mis jóvenes alumnos me preguntan, con cara triste: ¿no hay futuro? Y yo me estremezco al oír a veinteañeros decir eso y pienso en Jesús: ¡sí, hay futuro!
El futuro es él, ¡su promesa!

En la Eucaristía, la liturgia de la Palabra se nos ofrece como un don, para que nuestra memoria «rebose de las maravillas de Dios» (Francisco, EG 142).

Lo que dicen las Escrituras nos habla íntimamente, tiene que ver con nuestra vida de un modo muy profundo. En todo lo que vivimos, Jesús está con nosotros, por lo que incluso nuestra vida cotidiana es historia sagrada.

Formamos parte del gran río de la historia sagrada, el mismo río en el que navegaron las vidas de Moisés y los profetas, de María y José.

Nuestras historias son historia sagrada: las historias de Dios que camina con nosotros. Si nos paramos a pensarlo, sentimos un gran asombro:

Somos una página de la historia sagrada, las Escrituras están vivas, se están cumpliendo hoy en nuestras vidas.

Intenten decirlo conmigo, todos juntos: soy una página de la historia sagrada, Dios la está escribiendo a través de nosotros, sus instrumentos.

Jesús vive y «esto es una garantía de que el bien puede abrirse camino en nuestras vidas y de que nuestros esfuerzos servirán para algo». Entonces podemos dejar de quejarnos y mirar hacia adelante, porque con Él siempre podemos mirar hacia adelante. Esta es la seguridad que tenemos» (Francisco, CV 127).

«El mal no tiene la última palabra» (Francisco, CV 126).

Es Jesús quien nos lo enseña. Él mismo experimentó de primera mano el dolor, el miedo, la sensación de abandono en la noche de Getsemaní y en la cruz. Lloró lágrimas y sudó sangre.

Pero «cuando caía la última hoja del invierno, cuando todo parecía perdido y sólo había lugar para el llanto y la desesperación, Cristo levantó la mirada y vio las flores de la primavera escondidas entre las ramas secas de la vida».

A diferencia de Cristo, nosotros abandonamos nuestras metas, planes y sueños a las primeras señales de dificultad. Deberíamos aprender de él a volver a levantar la mirada, a mirar más allá de las dificultades, los sufrimientos, las derrotas, las pérdidas, y a comprender que los inviernos más duros pueden ser el preludio de las primaveras más alegres» (Cury).

Más allá de lo visible, más allá de los hechos de mi vida y de las noticias que nos llegan de los telediarios, hay otro acontecer dentro de lo real y es mucho más profundo. Una filigrana de luz bajo el tejido de mis días y de la historia de la humanidad.

«Te recuerdo la buena noticia que se nos dio en la mañana de la Resurrección: que en todas las situaciones oscuras y dolorosas de las que hablamos hay una salida» (Francisco, CV, 104).

Y siempre que nos sintamos abatidos, desilusionados, recordemos que Dios es amor, repitamos «la primera verdad: Dios te ama». Si ya lo has oído, no importa, quiero recordártelo: Dios te ama. No lo dudes nunca, te pase lo que te pase en la vida. Sean cuales sean las circunstancias, eres infinitamente amado» (Francisco, CV, 112).

Meditación del día 18/7.

Marina Marcolini

Comentario a Lc 24, 15 - 35

Lc 28-29 : Cuando llegaron cerca del pueblo adonde iban, Jesús hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le insistieron: «Quédate con nosotros, porque ya es tarde y el día se acaba». El entró y se quedó con ellos.

**Jesús hace «como si» se fuera a otra parte, solo,
por la noche.**

Igual que antes había fingido no saber nada, ahora finge dejar a los discípulos. También esto forma parte de su hábil pedagogía. Recordemos que los discípulos todavía le ven como a un «extraño», todavía no le han reconocido.

Jesús no se impone. Espera un gesto, una invitación.

Y la invitación llega y se expresa con insistencia y con cálidas palabras de humanidad: Pero ellos insistieron: quédate con nosotros, porque se hace de noche; lo que equivale a decir: no queremos que te pongas en camino solo, en la oscuridad de la noche, entre los peligros y las fatigas del camino; ven con nosotros, te acogemos en nuestra casa; te abriremos la puerta porque confiamos en ti. Compartiremos la cena, podrás descansar, pasar una noche tranquila. Ha sido tan bueno estar juntos a lo largo de este camino; ¡ya no eres un extraño para nosotros, sino un amigo!

Y en los discípulos hay también un deseo de reciprocidad: este forastero les dió palabras que los reanimó, les dió alimento para la mente, alimento para el corazón, cuando estaban faltos de ideas y hambrientos de cercanía.

Querían corresponder con lo que tenían, con lo que podían dar: un poco de compañía, una comida juntos, un lugar seguro donde dormir.

Imagino el corazón contento de Jesús, la alegría de sentirse acogido y poder así disponer de más tiempo para entregarse a los discípulos. Y la alegría, sobre todo, de descubrir que las semillas sembradas en su corazón habían germinado: los dos discípulos de Emaús demuestran con sus palabras de hospitalidad, que han comprendido el corazón del mensaje de Jesús: ama a tu prójimo, ayúdale en la necesidad, comparte

lo que tienes, abre tu corazón, mira al forastero como miras a un amigo. Recordemos que «la única grandeza del hombre se basa en el amor al prójimo» (Boros).

Al mostrar hospitalidad hacia el forastero, cuando aún no han reconocido en él a Jesús, los discípulos realizan lo que recomienda san Pablo en la Carta a los Hebreos: « Perseveren en el amor fraternal. No se olviden de practicar la hospitalidad, ya que, gracias a ella, algunos, sin saberlo, hospedaron a los ángeles.». (Ebrei 13,1-2).

Es algo que hay que recordar siempre. Estas palabras de Pablo dan escalofríos cuando pensamos en los extraños que rechazamos.

Jesús partió de aquí, de la hospitalidad hacia todos y también hacia las partes oscuras, escondidas dentro de nosotros, hacia la oscuridad y la suciedad que hay en nosotros, que Jesús sabe acariciar con su ternura, abrazar con su misericordia.

Observo también otro aspecto en el pasaje evangélico de hoy: son los discípulos los que dan a Jesús y él recibe de ellos el don de la hospitalidad.

Jesús en los evangelios se pone repetidamente en el lugar de los necesitados de ayuda: recuerdo su petición de un poco de agua fresca a la samaritana en el pozo, y su petición de compañía a los discípulos durante la noche de la pasión en el Huerto de los Olivos....

Jesús anhela nuestra amistad, nuestro amor, nuestra ayuda.

¿Cómo habría sobrevivido Jesús recién nacido si no se hubiera apoyado en las manos inexpertas de la niña que le dió a luz? Indefenso, vulnerable, dependía totalmente del amor valiente de su jovencísima madre y de la conciencia honesta y tierna de José.

Dios es un padre que promete la salvación, pero viene como un hijo y nos pide que lo acojamos en nuestros brazos, que lo alimentemos y lo mimemos.

Dios nos necesita.

Este es el misterio más grande y quizá más difícil de aceptar: Dios acurrucado en mis brazos, pidiéndome cuidados y leche para crecer en el mundo.

«Él depende de nosotros para amar al mundo y mostrarle cuánto lo ama» (M. Teresa de Calcuta). «En definitiva, es Cristo quien ama en nosotros» (Francisco, GE, 107 y 21).

También podemos ofrecer hospitalidad a Dios, decirle: ven a mi casa, me alegraré de tenerte cerca; compartiré contigo lo que tengo, te hablaré de mí y escucharé lo que tengas que decirme. Serás mi mejor amigo. Ven, ¡los dos necesitamos abrazarnos!

En cada una de nuestras oraciones y Eucaristías recordemos renovar esta invitación: ¡Te abro mi corazón, ven! Aquí hay sitio para ti, ¡ven! Es un lío confuso mi corazón, lo sé, pero tú me amas, ¡ven!

Este hacerse hospitalario, hacer espacio en uno mismo para Dios, con menos desorden en el corazón para acogerlo, es quizá lo más importante que podemos hacer. Porque todo parte de ahí, de dejarle el espacio y la libertad de actuar en nosotros.

Podemos relacionar este gesto hospitalario de ofrecimiento de los discípulos de Emaús con otros dos momentos de la Misa: el Credo de la profesión de fe y la ofrenda de dones. Al decir Creo, digo confío, te quiero conmigo y te ofrezco lo que tengo.

«Quizá no estamos acostumbrados a pensar en la Eucaristía como una invitación a Jesús para que se quede con nosotros. Nos inclinamos más a pensar que Jesús nos invita a su casa, a su mesa, a su comida. Pero Jesús quiere ser invitado. Sin invitación, se irá a otros lugares.

Es muy importante darse cuenta de que Jesús nunca se nos impone. Mientras no le invitemos, seguirá siendo un desconocido

El Creo es el gran sí: Sí, confiamos en ti. . » (Nouwen).

Y ahora, como aún nos quedan unos minutos, como hoy hemos llegado al ecuador de nuestro camino, al tercer día, propongo recapitular los pasos que hemos dado tras las huellas de los dos

discípulos en los últimos días, observando las coyunturas narrativas del pasaje del evangelio de Lucas elegido para esta conferencia. Es un ejercicio, creo, que nos depara sorpresas iluminadoras.

**Hasta ahora hemos leído tres secuencias narrativas,
una por día.**

Si observamos con atención, nos daremos cuenta de que cada una de estas secuencias es abierta, es decir, que su desenlace no está prefijado, sino que depende de la libre elección de los protagonistas.

Tomemos la primera secuencia, que leímos el martes: los dos discípulos discuten por el camino, Jesús se acerca sin ser reconocido y formula una pregunta, a la que los dos responden.

Jesús pregunta: «¿Qué es esta discusión que tienen entre ustedes por el camino?». Lo que sigue a esta pregunta no es nada evidente. Pensemos un momento: los discípulos tenían varias opciones.

Ante el encuentro con el desconocido y su pregunta, había muchas posibilidades de reacción. Podían, por ejemplo, haberse sentido molestos por el desconocido, sintiéndolo como un intruso (recordemos que estaban tristes y metidos en sus propios asuntos, encerrados en sus propios problemas). Para quitárselo de en medio, podrían haberle contestado groseramente (¿en qué te metes? Son nuestras cosas) o cortésmente (lo siento, no tenemos tiempo, tenemos prisa) o no contestarle en absoluto, limitarse a lanzarle una mirada molesta, irse al otro lado de la calle y acelerar el paso.

Los discípulos toman una decisión diferente: se sorprenden por la pregunta impertinente del hombre que parece «fuera de este mundo» y deciden que merece la pena hablar con él. Jesús les lanza la pelota y los discípulos no la sueltan, sino que se la devuelven. Es un hecho decisivo porque, como los discípulos están de viaje, para hablar con él deben aceptarlo como compañero de viaje.

Vemos ahora la tercera secuencia, que hemos escuchado hoy: se hace de noche, los discípulos invitan a Jesús a quedarse con ellos y Jesús acepta. También aquí vemos a los discípulos en una encrucijada del relato: no estaba dicho que decidieran acogerlo. Después de un agradable paseo con aquel desconocido al que resultaba tan fascinante escuchar, podrían haberse despedido cortésmente de él, agradecerle mucho lo que les había explicado, desearle buen viaje y buenas noches. De este modo nunca le habrían reconocido, sus caminos se habrían separado y la historia habría terminado ahí.

Verás, te estoy sugiriendo que leas el Evangelio como si fuera un «libro bifurcación» o un libro - juego, esas historias que tienen varias alternativas posibles que el lector puede elegir, identificándose con un personaje. Sus elecciones condicionan el desarrollo de la trama, dando lugar a múltiples finales. Son libros que podemos agrupar bajo la fórmula: «Elige tu propia aventura».

Al identificarnos con la historia de Lucas, nosotros también podemos «elegir nuestra aventura». Vemos que en cada «bifurcación del camino» los discípulos eligen jugársela, optando libremente por la alternativa más desafiante, que es también la más creativa porque produce un nuevo segmento de la narración que tiene una importante función transformadora en la vida de los discípulos:

- Acogerlo como compañero de viaje les permite escuchar las explicaciones de Jesús sobre las Escrituras y sentir cómo arde su corazón;
- Acogerlo en su mesa como invitado permite a los discípulos reconocerlo.

Reflexionar sobre ello es esclarecedor. Nos hace darnos cuenta de que nuestra vida siempre tiene un final abierto, y de cómo podemos, mediante opciones generosas y creativas, cambiar el final, dirigirnos hacia el final más hermoso.

En una palabra: las situaciones, los encuentros que nos ofrece la vida son oportunidades para crecer en conciencia, amor y libertad, como quiere Jesús.

Somos libres de aprovechar o no las oportunidades y desperdiciarlas o hacer de ellas oportunidades de crecimiento.

Creo que cada uno de ustedes tendría muchos testimonios que aportar al respecto. Les traigo un pequeño ejemplo.

Mientras escribía este comentario, en enero, estaba en casa y llamaron a mi puerta, un extranjero, magrebí, que viene de vez en cuando. Se llama Jalid y lleva una bolsa con calcetines, chalecos y pequeñas alfombras para vender. Mi primera reacción en el interior, al verle -sin ser visto- a través de la ventana, fue este pensamiento: ¡hago como si no estuviera en casa, tengo tanto que hacer! Dentro de siete días hay que hacer el comentario para el congreso de los ENS y ¡¡¡Jalid es un charlatán!!!

Entonces otra voccecita dentro de mí dijo: ¡¡¡pero no puedes echarle!!! Tendrá frío, ¡abre la puerta y ofrécele un té caliente!

Hice caso a la segunda voz, pero a regañadientes, porque cuando dejo de escribir, me cuesta volver a centrarme después y me entra la ansiedad de no poder cumplir los plazos. Entre todos los malabarismos mágicos que tengo que hacer para mantener juntos mi trabajo universitario, mi trabajo evangelizador y ser abuela de cuatro nietos, incluso media hora de trabajo perdida se convierte en un problema...

Abrí a Jalid. Nos sentamos a la mesa y pasó más de una hora antes de que se fuera. Esa hora pasó volando, ni siquiera me di cuenta de que pasaba.

Jalid, bebiendo tranquilamente su té caliente, sin prisa, como si no notara mi ansiedad, me habló de su religión. No sé por qué la charla cayó inmediatamente en este tema. Me dijo que, según el islam, en aquel momento me estaba haciendo un regalo. No le entendí. Jalid continuó: Sí, te estoy haciendo un gran regalo, porque te estoy dando la oportunidad de ser mejor, como Alá quiere que seamos. Si yo no hubiera venido, no habrías tenido la oportunidad de ser hospitalario con alguien y tu corazón habría estado más cerrado, y a Alá no le gusta eso. Pero a tu Dios tampoco le gusta.

Porque en esto estoy convencido de que tu Dios y mi Alá piensan igual.

¡Qué gran enseñanza! Cuántas veces he descubierto perlas de sabiduría que me han iluminado en las palabras de los pobres, de los extranjeros, de los creyentes de otras confesiones, de los incultos, de los diferentes a mí.

Si les escuchas, te permiten ver las cosas desde otra perspectiva y esto puede ser esclarecedor y permitirte en la próxima encrucijada de este apasionante y difícil juego que es la vida hacer la mejor elección.

«Nuestro destino como cristianos: dar y pedir. Dar el don para que otros nos den algo.

Dios quiere que pidamos limosna a los demás. Nos exige que nuestra humildad tome la forma de la mendicidad. En todas las situaciones de la vida». (Boros).

Comentario a Lc 24, 15 - 35

Lc 30-32 : Y estando a la mesa, tomó el pan y pronunció la bendición; luego lo partió y se lo dio. Entonces los ojos de los discípulos se abrieron y lo reconocieron, pero él había desaparecido de su vista. Y se decían: «¿No ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?»

Hemos llegado al punto culminante de nuestro viaje tras los pasos de nuestros dos amigos.

Hemos llegado a Emaús, los discípulos están a gusto con ese misterioso desconocido que parecía no saber nada de los acontecimientos del día, pero que en realidad sabe más que nadie, porque conoce la dinámica profunda de los hechos.

Los vemos a todos sentados a la mesa y, de repente, la historia da un giro inesperado para los dos discípulos que habían invitado a Jesús a cenar con ellos. Las partes se invierten: ahora ya no son ellos quienes ofrecen algo a Jesús, sino que es Jesús quien les da el pan.

Y no sólo eso: esta vuelta permite abrir los ojos de los discípulos, que hasta ese momento habían estado como ciegos: habían hablado con Jesús, habían caminado con él durante mucho tiempo, le habían escuchado interpretar la Biblia, pero aún no lo habían reconocido. Parece imposible: nos preguntamos cómo no se habían dado cuenta antes de que se trataba de Jesús, pero aquí el evangelista Lucas está utilizando una estrategia narrativa, que utiliza para hacernos comprender plenamente esta historia.

Esta estrategia se llama narración de agnición, de una antigua palabra griega que significa reconocimiento. Ha sido muy utilizada en la literatura desde la antigüedad, Aristóteles ya hablaba de ella, definiéndola como «un paso de la ignorancia al conocimiento acompañado de reversión» (Poética)

El primer aspecto del cuento de la agnición es una ausencia, la pérdida de un ser querido que tanto sufrimiento provoca. El sufrimiento es la base del camino que, a través de signos, intuiciones, recuerdos o testimonios, conducirá al reconocimiento.

El reconocimiento -es importante destacarlo- no es sólo el del ser querido que finalmente se encuentra, sino que también significa la comprensión de lo que esa persona representa.

Pensemos en Ulises, que regresa a Ítaca vestido con trapos, como un mendigo, y al principio nadie le reconoce, excepto su perro, que, sin embargo, no puede hablar. La primera persona que lo reconoce es una humilde mujer que forma parte de la servidumbre de palacio, la niñera de Ulises. El signo que permite a la niñera reconocerle es una cicatriz que Ulises lleva en el cuerpo, una marca indeleble y única.

En nuestro pasaje evangélico, los discípulos necesitan que Jesús parta el pan para que el velo caiga de sus ojos, para que se produzca el reconocimiento.

Partir el pan es el signo indeleble de Jesús y la marca que lo distingue.

Su entrega, el hacerse pan para todos e invitar a los demás a hacer lo mismo es algo que está grabado en él como puede estarlo una cicatriz: un signo inconfundible.

Sólo él parte así el pan y ese gesto resume su vida.

Los discípulos ahora ven y ven a Jesús vivo. El tema de la ceguera es recurrente e importante en los evangelios.

Y también lo es en la literatura. Las más altas páginas literarias nos enseñan precisamente esto: a quitarnos la venda de los ojos, a dejar de ser ciegos ante nuestros propios defectos y ante las virtudes de los demás, a abrir bien los ojos a la verdad.

«Pero, además, todas las buenas historias, de un modo u otro, giran en torno a la visión»: personajes deslumbrados por deseos que les obsesionan, por ejemplo, pero también «la ceguera como el núcleo de la opresión social».

Lo cierto es que, en la vida real, incluso más que en los libros, somos esclavos de ilusiones y prejuicios, de las cosas que queremos ver y oír. ¿No es la ceguera ante los demás la fuente de todos los males en el mundo real? Si los amos de los esclavos los hubieran visto como lo que eran -seres humanos como ellos-, ¿les habrían infligido tanta crueldad?» (Nafisi).

Se les abrieron los ojos, escribe Lucas de los discípulos, y Dante en el bosque oscuro dice: Me encontré a mí mismo: es un despertar.

«El testimonio de Jesús sobre la presencia de Dios indica el modo de un despertar por el que entramos en contacto con Aquel que no abandona a nadie....

No tiene sentido preguntarse dónde está Dios y cómo puede ayudarnos. No es Dios el que está lejos, es el hombre el que se ha dormido, el que está ausente y disgregado, perdido para sí mismo» (Mancini).

El evangelista Lucas nos dice que los ojos de los discípulos se abrieron en el preciso momento en que Jesús partió el pan y lo compartió. Sólo entonces comprendieron el significado del otro signo que habían recibido: el ardor de sus corazones mientras Jesús interpretaba las Escrituras a lo largo del camino.

Sólo entonces fueron capaces de relacionar un signo con el otro.

Estos versículos sobre el reconocimiento de Jesús tienen un poder extraordinario: en muy pocas palabras engloban un proceso fundamental de la fe.

Cuando reconocemos a Dios en nuestra vida -a través de una intuición, una experiencia, una palabra leída o escuchada-, somos capaces de relacionar los signos de la presencia de Dios que hemos recibido a lo largo del tiempo, pero que todavía no habíamos comprendido.

Pensemos en ese juego de niños: hay una hoja de papel con muchos puntitos, y cuando uno los mira sólo ve un conjunto de puntos sin ningún sentido

Pero cuando el niño coge un lápiz y traza líneas que conectan los puntos entre sí, revelan una forma, un dibujo, por ejemplo la forma de un animal o de una casa, y es como un descubrimiento: el dibujo ya estaba ahí en el papel, pero los ojos del niño no podían verlo antes.

Los discípulos ven a Jesús partir y ofrecer el pan, unen los puntos y por fin comprenden. Aparece un dibujo, ya no hay la confusión de antes.

¿Y cuál es la imagen que surge?

«El símbolo central de la nueva visión de la vida, el reino de Dios, es una comunidad reunida en una comida festiva, donde se comparte con todos el pan que sustenta la vida y la alegría que sostiene el espíritu» (McFague).

«Una comunión con Dios y una comunión con la tierra y una comunión con Dios a través de la tierra» (P. Teilhard de Chardin, citado en McFague).

«El misterio cristiano es un misterio de comunión» (Vannucci).

«No la santidad de los elegidos, sino la plenitud de todos» (Schüssler en Sally 82).

La Eucaristía: un tema tan profundo y vasto... Cuando empecé a pensar en ello, sentí que es como un enorme tapiz de muchos colores. Sigues un hilo y encuentras un nudo que te conecta con otro hilo y luego encuentras otro nudo y otro hilo de nuevo, y así el tejido se ensancha, se vuelve vasto, y te das cuenta de que ese tapiz incluye todo el Evangelio. La Eucaristía, símbolo total, encierra en sí todo el anuncio de Jesús. Por eso, el sentimiento de asombro, de admiración que suscita es grande. La emoción de un misterio tan profundo, tan arraigado en la vida, que si escarbo encuentro aún más profundidad y luego más y más ...

Pero ocurre que todo lo que dura mucho tiempo y que repetimos a menudo tiende a perder su carga de emoción. La maravilla, el sentido del misterio se desvanecen y la rutina toma el relevo.

Es normal; está en el orden de las cosas que lo que está inmerso en el tiempo a lo largo de los años se vaya apagando. Ocurre incluso con los acontecimientos más bellos y preciosos.

Sucede como con la plata, que se oxida con el tiempo. El brillo sigue ahí, pero ha quedado debajo, cubierto por los sedimentos y el paso del tiempo.

Lo mismo ocurre con la Eucaristía.

Lo que ocurre es que el tiempo, la repetición, convierte el gesto sagrado en rutina para nosotros, lo vacía de misterio, empaña el asombro. La gente puede entrar en Misa sin sentir ni asombro ni alegría, y salir sin sentir arder su corazón, sin haber reconocido a Jesús vivo entre ellos. Entonces hay que hacer como con la plata: pulirla.

Cuando Jesús habló a los suyos de comer su cuerpo y beber su sangre, todos se quedaron boquiabiertos. Era algo inaudito y chocante. Algunos discípulos se alejaron, decepcionados y descontentos por haber perdido el tiempo siguiendo las excéntricas locuras de un Galileo.

Para nosotros, sin embargo, la Eucaristía ya no es algo inaudito. No nos resulta chocante. Con el tiempo se ha domesticado, se ha convertido en lo que no era al principio: un acto exterior de culto separado de la vida, cuando debería ser una experiencia transformadora de la vida.

Liberemos a la Eucaristía de su pátina opaca. Redescubramos su corazón palpitante.

He estado en Grecia. Una de las primeras palabras que aprendes cuando vas allí, al alcance incluso del turista menos capaz de desenvolverse con idiomas, es *efkaristíes*. La oyes todo el tiempo y la aprendes con gusto, porque es una palabra útil.

En griego, gracias sigue siendo la misma palabra con la que la Iglesia llama a la Cena del Señor. Y es una palabra que está en boca de todos, creyentes y no creyentes, todos los días. Una palabra que sabe a casa, una palabra de la lengua materna.

Lástima que no sea así en italiano. Cuando la Iglesia utiliza una palabra que no está en el lenguaje cotidiano, esa palabra se especializa para ese único uso religioso, el único en el que tiene sentido. Por eso la palabra eucaristía parece no tener nada que ver con la vida cotidiana.

Pero, en cambio, ¿qué hay más inmerso en la vida y más familiar, espontáneo, natural que un gracias? Decimos gracias tantas veces al día, y lo hacemos porque somos seres con necesidades, seres dependientes que recibimos continuamente: de otros seres humanos y de la naturaleza, del aire, del agua, del sol, de los animales y de las plantas... Si no recibiéramos continuamente, no podríamos seguir vivos.

La palabra italiana *grazie*, aunque no tiene ninguna relación con la palabra eucaristía, mantiene sin embargo un claro vínculo con la palabra *gratis*. La Eucaristía es un agradecimiento por algo que recibimos gratuitamente; es, por tanto, un don, un regalo en respuesta a nuestra necesidad.

No sé si esto está claro para todas las personas que van a Misa. Me temo que para algunos (o muchos, no lo sé) la participación en la Eucaristía no es sentida como un don para nuestra necesidad, sino al contrario como una petición de Dios a nosotros. Por tanto, adquiere el sabor de un deber, de una obligación. Pero esto no es lo que Jesús tenía en mente, de hecho, es exactamente lo contrario.

Jesús pensó en la Eucaristía como un don para nuestra necesidad, una respuesta a nuestra hambre y sed.

Por eso, creo que un sacerdote, antes de celebrar la Eucaristía, debería preguntarse: ¿de qué tiene hambre hoy mi pueblo? ¿Qué necesitan recibir de la Eucaristía? ¿Qué les falta?

Así actuará a imitación de Jesús, que vino a servir, Jesús siempre al servicio de las necesidades de la gente.

Creo que ésta es la dirección correcta y no la contraria, la que se pregunta en qué condiciones deben estar las personas para acercarse a Dios.

La dirección correcta es siempre la de Jesús, por supuesto, que nunca partió de los pecados de la gente, sino de sus necesidades. Como cuando pregunta al ciego Bartimeo: «¿Qué quieres que haga por ti?» (Mc 10,51; Lc 18,41). O cuando se preocupa por el hambre de la multitud que ha venido a escucharle, o también cuando responde a la sed de la mujer de muchos maridos, ofreciéndole el agua viva, o cuando sirve pan y vino incluso al hombre que le traicionará, porque el hambre de Judas es la misma que la de todos los demás.

Tal vez, aún no hemos metabolizado la verdad que nos trajo Jesús: el Dios de la última cena, del lavatorio de los pies, portando una toalla arrodillado en el suelo, quitando las costras de suciedad de los pies de sus amigos. Un Dios a nuestro servicio, nuestro lavador de pies.

Tan chocante, tan escandalosa es esta idea, que aún no la hemos asimilado. Y tal vez no queramos asimilarla -aunque el Evangelio hable claro-, porque si de verdad entendemos que Jesús hace esto por nosotros, también nosotros deberíamos hacer lo mismo los unos a los otros.

Y es bonito terminar con unas palabras que no son mías, sino del Papa Francisco. Son palabras dirigidas en particular a los sacerdotes, pero extensibles, diría yo, a todos nosotros, cuando nos encontramos hablando del Evangelio a los demás:

«Quien quiere predicar debe estar dispuesto primero a dejarse conmover por la Palabra y hacerla carne en su existencia concreta» (EG 150).

Comentario a Lc 24, 15 - 35

Lc 33-35 : En ese mismo momento, se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén. Allí encontraron reunidos a los Once y a los demás que estaban con ellos, y estos les dijeron: «Es verdad, ¡el Señor ha resucitado y se apareció a Simón!». Ellos, por su parte, contaron lo que les había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Hemos llegado a la última secuencia del pasaje evangélico de Lucas: los discípulos parten inmediatamente de regreso a Jerusalén, informan a los Once de lo sucedido y descubren que Jesús también se les ha aparecido en la ciudad.

Vemos que también en esta última etapa el relato presenta una bifurcación y podría tener finales alternativos y esto depende, de nuevo, de lo que decidan los dos discípulos:

1. Los discípulos podrían decidir esperar, no considerando urgente el viaje a Jerusalén;
2. Los discípulos podrían decidir no ir a Jerusalén, guardándose para sí la noticia de la resurrección.

Como ya hemos visto en los pasajes anteriores, en este último los discípulos también toman la opción más creativa: ir a Jerusalén les permite vivenciar la noticia de la resurrección no sólo como una alegría personal, sino como una fuerza vital que reanima a la comunidad, una comunidad que estaba en peligro de desaparición y de la que ahora pueden sentirse de nuevo parte viva como anunciadores de Jesús resucitado.

Notemos un aspecto relevante: los discípulos no son enviados a la ciudad por orden de Jesús, sino que actúan por propia voluntad, sintiendo la premura en su corazón. Jesús no dice hagan esto y aquello, no; lo que Él explicaba en las Escrituras y la experiencia eucarística vivida juntos transforman a los discípulos y los ponen en movimiento, sin necesidad de órdenes o mandatos.

Son libres y hacen lo que hacen porque quieren, porque sienten que algo les empuja desde dentro, no porque se lo ordenen desde fuera.

Este es uno de esos pasajes del Evangelio en los que se hace gran hincapié en la libertad, y es algo hermoso, me parece conmovedor.

También nosotros podemos ponernos en movimiento por anhelo, porque sentimos que algo nos apremia. La Eucaristía termina con las palabras: La misa ha terminado, vayan en paz, o, en los domingos de Pascua, Vayan y lleven a todos la alegría del Señor resucitado. Podemos interpretarlas como: Vayan en misión (Nouwen). Y no es que sea necesario tener una misión concreta que cumplir, simplemente vuelves a tu vida cotidiana sintiéndote en misión.

«Se olvida que, no es que la vida tenga una misión, sino que es misión» (Xavier Zubiri, en GE 28).

Me gusta utilizar la imagen de la obra: el compromiso cristiano como el trabajo en una obra. El Reino de Dios es una obra debajo de nuestra casa. Nosotros somos sus obreros.

Elegir la misión significa elegir la propia identidad.

Por un lado, existe la posibilidad de rechazar la responsabilidad, por otro de asumirla, y por un tercero está la indecisión, la dilación.

¿Qué identidad eligen los dos discípulos de Emaús?

Vuelven a Jerusalén, donde unos días antes Jesús había sido ejecutado como un criminal. ¿Qué significaba ir a aquella ciudad de la cual se habían alejado?

Significaba embarcarse de nuevo en la peligrosísima y magnífica aventura para la que Jesús les había llamado.

Sin pensarlo dos veces, partieron y fueron a llevar el anuncio a Jerusalén, se unieron a la comunidad, sintiendo que tenían una contribución tan importante que hacer que valía la pena incluso arriesgarse a ser arrestados como Jesús.

Las dos alternativas entre ir o no ir a Jerusalén nos hacen reflexionar sobre lo que es realmente el pecado.

Una lectura religiosa que ve en Dios a un monarca que desde lo alto quiere nuestra obediencia, de cuidar, de amar... Es el deseo de separarnos de los demás como si no los necesitáramos o ellos no nos necesitaran» (McFague).

El movimiento general de todo el pasaje de Lucas que hemos leído en los últimos cinco días va del resentimiento y la sensación de pérdida, la ira, el miedo y la depresión a la gratitud a través del asombro; esto lleva

al deseo de volver a conectar con la comunidad y el compromiso.

Esta transformación, gracias al encuentro con Jesús, tuvo lugar en los discípulos en medio de una

pérdida, en un momento muy difícil de sus vidas, cuando les faltaba el suelo bajo los pies, cuando se estaban dando respuestas completamente equivocadas, habían tomado una dirección errónea y estaban ciegos.

Esto nos reafirma en que esa fuerza de la fe, capaz de reavivar nuestra voluntad y capacidad de ser útiles al mundo, no es una condición de momentos idílicos, no es para esperar que nos sintamos «bien» con Dios, seguros, sin dudas, cuando todo va bien.

«De hecho, es precisamente esa forma de ver las cosas la que nos mantiene infelices... Ahora mismo, en el preciso momento en que nos falta el suelo bajo los pies, arraiga la semilla del cuidado de los que necesitan nuestra ayuda y el descubrimiento de nuestra bondad» (Chödrön).

El deseo de los discípulos de volver a Jerusalén, de regresar al corazón del violento conflicto entre el poder político-religioso y Jesús, pone de relieve el valor social de la fe, el deseo de «cambiar el mundo» que Jesús enciende en nosotros. Y sobre esto el Papa Francisco escribió una hermosa página en la *Evangelii gaudium*, que me complace proponerles:

«Leyendo las Escrituras, queda claro que la propuesta del Evangelio no consiste sólo en una relación personal con Dios.

Tampoco nuestra respuesta de amor debe entenderse como una mera suma de pequeños gestos personales hacia algún necesitado, que podrían constituir una especie de «caridad a la carta», una serie de acciones encaminadas únicamente a apaciguar la propia conciencia.

La propuesta es el Reino de Dios (Lc 4,43); se trata de amar a Dios que reina en el mundo.

En la medida en que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será un espacio de fraternidad,

Por eso, tanto el anuncio como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales [...].

instituciones de la sociedad civil [...].

Una fe auténtica -que nunca es cómoda e individualista- implica siempre

un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor tras nuestro paso por la tierra».

Les deseo, de todo corazón, que sean capaces de aportar su contribución en este cambio del mundo, y que lo hagan con alegría, aunque sea con las inevitables dificultades.

Les deseo que puedan actuar en su propio territorio de misión, dando lo mejor de ustedes mismos, porque cada uno de ustedes es único, especial y nadie puede ponerse en su lugar, nadie puede aportar lo que ustedes pueden aportar, con sus talentos que les pertenecen solo a ustedes.

Hay muchos caminos que pueden tomar. El Papa Francisco señala algunos de ellos como prioritarios: la construcción de la paz, la lucha para erradicar la pobreza, la preservación del medio ambiente del que dependemos.

¿Por dónde empezar?

Creo que la historia de los discípulos de Emaús puede proporcionarnos indicaciones muy útiles para nuestros retos de hoy. Lucas nos cuenta que los dos experimentan una reorientación de sus juicios y una apertura de ojos.

En palabras de hoy, podemos decir que, en lugar de dar vueltas a las noticias y dejarnos manipular por narraciones distorsionadas de la realidad, podemos buscar la verdad. Podríamos escuchar la buena noticia de Jesús, que no llama enemigo a nadie y se pone del lado de los pobres, los oprimidos y los rechazados.

Podríamos trabajar sobre nosotros mismos y ayudar a los demás a «crear una nueva mentalidad

que piense en términos de comunidad, de priorizar la vida de todos sobre la apropiación de bienes por parte de algunos» (EG).

Al fin y al cabo, de eso se trata: de centrar nuestra vida en las cosas que importan y no distraernos con las insignificantes. Desperdiciamos energía y tiempo en cosas como: esforzarse por conseguir más dinero, tratar de aparentar, ir de compras, mirar el smartphone a cada minuto, vivir una vida egocéntrica... es una hemorragia de tiempo precioso, que nos distrae de las cosas importantes y nos roba el tiempo de nuestra vida, que se va para siempre. Así corremos el riesgo de llegar al final de la vida llenos de remordimientos por lo que hemos dejado de hacer.

«No es que se nos dé una vida corta, es que desperdiciamos gran parte de ella. Somos nosotros los que la hacemos corta perdiendo el tiempo. La vida es suficientemente larga y se nos ha dado una suma suficientemente generosa para conseguir los mejores resultados si se invirtiera bien... La vida es larga si se usa bien» (L. A. Séneca, Sobre la brevedad de la vida).

Si tenemos claro nuestro objetivo, en cada encrucijada de la vida podremos elegir bien nuestra aventura, ir hacia Jerusalén en lugar de detenernos en Emaús y así no malgastar nuestro tiempo.

Desde temprana edad, a partir de elecciones decisivas como: qué estudios y qué trabajo quiero emprender, y luego a lo largo de la vida, en cada pequeña o gran elección, cada persona debería preguntarse en cada encrucijada: ¿si tomo este camino, haré el mundo un poco mejor? ¿Aportaré un poco más de amor, un poco más de cuidados, un poco más de ternura? ¿Habrá más salud, más educación, más justicia, más cultura? ¿Aportaré un poco más de belleza y alegría? ¿Estará en mejores condiciones el entorno natural en el que vivo?

Si la respuesta es afirmativa, puedo confiar en que ése es el camino correcto.

Los dos discípulos de Emaús ya fueran una pareja o dos amigos, sintieron la urgencia de orientar sus vidas hacia las cosas que importaban. Y optaron por vivir su fe no sólo en una dimensión íntima: salieron de casa y se pusieron en camino.

Una teóloga recordaba que «las religiones mueren cuando su luz se va apagando; es decir, cuando sus enseñanzas dejan de iluminar la vida real de sus seguidores ... Allí donde la gente experimenta que Dios aún tiene algo que decir, las luces permanecen encendidas» (Johnson).

Los discípulos sintieron que sus vidas se reavivaban en su encuentro con Jesús, se dieron cuenta de que formaban parte de una gran historia en la que Dios da a hombres y mujeres la fuerza para crear un mundo distinto de éste, un mundo como dicta la voluntad de Dios.

Lo que es este nuevo mundo nos lo cuenta Lucas desde el principio de su evangelio. Desde el último capítulo en el que ahora nos encontramos, volvemos al primero y encontramos las palabras de María en el Magnificat, un canto no sólo espiritual, sino también social: derribar a los poderosos de sus tronos y ensalzar a los humildes, colmar de bienes

a los hambrientos y despedir a los ricos con las manos vacías... (Lc 1,52-53).

Es un canto que desata toda la fuerza liberadora hacia los últimos del mensaje evangélico, las «grandes cosas» que Dios realiza (Lc 1,49).

Hoy tenemos una enorme necesidad de resucitar los grandes ideales, empezando por la paz, que significa la abolición de la guerra de una vez por todas, y sus raíces, que están en un sistema económico enfermo que necesita guerras.

En estos días hemos escuchado palabras evangélicas que nos hacen testigos de esperanza.

En un clima de pesimismo y resignación generalizados, vienen a decirnos que «la muerte no es la última palabra, la nueva energía de la resurrección pasa hoy; la rama que parecía estéril y encogida, se vuelve tierna.

Deja, pues, que el temblor de la resurrección entre y habite en ti.

Y deja que conquiste y libere en ti las energías de una nueva resistencia al mal; deja que salga, que libere en ti toda la autenticidad de tu vida» (Casati).

Al final de nuestro viaje juntos, deseo que todas y todos seamos cada vez más instrumentos en las manos de Dios para estas “grandes cosas”. Y quisiera terminar con una hermosa oración del Padre Giovanni Vannucci, siervo de María y místico contemporáneo. Una oración con la que pedimos la fuerza para superar nuestras crisis, para seguir adelante incluso cuando nos falta el suelo bajo los pies, manteniendo viva la certeza de que Jesús nos espera a la vuelta de la esquina, para acompañarnos en el camino.

Una oración que nos haga sentir unidos, que nos haga experimentar la fuerza del bien circulando entre nosotros, el Espíritu de Dios que nos ama.

Una oración que nos anima a vivir nuestra vida como una misión, como personas valientes que no tienen miedo de ir contracorriente, que no se resignan al mundo tal y como es, que se atreven a relanzar los ideales más grandes.

Porque si Jesús ha resucitado, significa que el amor, la paz, la libertad, la justicia no pueden morir, resucitarán siempre con él.

«Pido una mirada a las estrellas, ese sano espíritu de utopía que lleva a reunir las energías para un mundo mejor (Francisco, La sabiduría del tiempo).

Les abrazo a cada uno de ustedes con muchísimo afecto.

Envía tu Espíritu, por Giovanni Vannucci

Envía tu Espíritu, Señor, como la brisa primaveral
que hace florecer la vida y abre el amor

Envía tu Espíritu como el huracán
que desata una fuerza desconocida
y levanta las energías dormidas

Envía tu Espíritu a nuestra mirada
para llevarla hacia horizontes más lejanos y vastos

Envíalo a nuestro corazón para llenarlo de un ardor deseoso de irradiar

Envía tu Espíritu sobre nuestros rostros entristecidos
para que reaparezca en ellos la sonrisa.

Envíalo sobre nuestras manos cansadas
para reanimarlas y ponerlas alegremente a trabajar de nuevo.

Envía tu Espíritu sobre nosotros [...]
y permanezca durante toda nuestra vida para ensancharla
y darle tus dimensiones divinas.

Amen.

ANEXO II: ORACIÓN POR LA CANONIZACIÓN DEL PADRE CAFFAREL Y MAGNÍFICAT

Oración por la canonización del Siervo de Dios Henri Caffarel

Dios, Padre nuestro,
pusiste en el corazón de tu siervo Henri Caffarel,
un impulso de amor que le unía sin reserva a tu Hijo
y le inspiraba para hablar de Él.
Profeta de nuestro tiempo,
enseñó la dignidad y la bondad de la vocación de cada uno
según la llamada que Jesús nos dirige a todos: “Ven y sígueme”.

Él despertó el entusiasmo de los cónyuges
ante la grandeza del sacramento del matrimonio,
imagen del misterio de unidad y de amor fecundo entre Cristo y la Iglesia.
Enseñó que sacerdotes y matrimonios
están llamados a vivir la vocación del amor.

Guió a las viudas: ¡El amor es más fuerte que la muerte!
Impulsado por el Espíritu
dirigió a muchos creyentes por el camino de la oración.
Poseído por un fuego devorador, estuvo lleno de Ti, Señor.

Dios, Padre nuestro,
por la intercesión de nuestra Señora
te pedimos que aceleres el día
en que la Iglesia proclame la santidad de su vida,
para que todos descubran la alegría de seguir a tu Hijo,
cada cual según la vocación del Espíritu.

Dios Padre nuestro, invocamos al Padre Caffarel para... (precisar la gracia
que pedimos)

Oración aprobada por el cardenal André Vingt-Trois, arzobispo de París.
Nihil obstat: 4 de enero de 2006.
Imprimatur: 5 de enero de 2006.

En caso de haber recibido la gracia por la Intercesión del Padre
Caffarel, escribir a la Asociación de Amigos del Padre Caffarel:
contact@henri-caffarel.org

Magnificat

Proclama mi alma la grandeza
del Señor, *se alegra mi espíritu en*
Dios, mi salvador; porque ha mirado
la humildad de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las
generaciones, porque el Poderoso ha
hecho obras grandes en mí: *su nombre*
es santo,
y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación.

Él hace proezas con su
brazo: dispersa a los
soberbios de corazón,
derriba del trono a los
poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma
de bienes y a los ricos los
despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia
—como lo había prometido a nuestros padres—
en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.
Gloria al Padre, al Hijo y al
Espíritu Santo, como era en un
principio, ahora y siempre,

por los siglos de los siglos. Amén.



Equipos de Nuestra Señora
Equipo Responsable Internacional
Documento reservado para el uso interno
de los Equipos de Nuestra Señora
Equipos de Nuestra Señora
Super Región Hispanoamérica Sur
Web enshispanoamericasur.org
Maquetación/Diagramación
Emanuel Reyes G.



Mendoza, Argentina 6 de marzo de 2025

Queridos hermanos sacerdotes:

En este año en material que se nos ofrece es “En el camino de Emaús”, este camino que queremos recorrer juntos, como Equipos, y dentro de los ENS.

Este anexo quiere ser una sencilla ayuda para los consiliarios, de manera que podamos “aterrizar” en la vida de nuestro ministerio, con preguntas que nos ayuden a compartir nuestra experiencia.

En esta ocasión les hacemos llegar el material de las 3 primeras reuniones, y próximamente les enviaremos el resto.

Les queremos pedir a los Consiliarios de Región y de Sector que nos ayuden a hacer llegar a todos los consiliarios y a los HR de cada Equipo este subsidio.

Muchas gracias y bendecido camino Cuaresmal.

Crsitina, Gustavo y padre Mariano



Reunión 1

CORAZONES ROTOS

Objetivo

En este primer capítulo exploraremos el significado de la decepción en nuestro camino de fe como cristianos, exploraremos el paso a la esperanza y nos concienciaremos de la importancia de caminar juntos como matrimonios para apoyarnos mutuamente.

A la escucha de la Palabra de Dios

Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. (Lc 24,13-14)

¿Qué conversación es ésa que traen mientras van de camino?

Las páginas pascales no comienzan como páginas pascales. Son páginas de desilusión, de repetición en el tiempo precedente. Son páginas que no nos muestran una exaltación religiosa, ni de personas que habían entendido y creído desde el inicio, o que esperaban como niños buenos el cumplimiento de las palabras que habían escuchado.

En otras palabras, ¡el papelón que habían hecho todos! comenzando por los apóstoles, que culminará con la negación y el abandono que continúa aún después. Así, los discípulos de Jesús terminan haciendo una figura mediocre.

Protagonistas son dos de los discípulos. No sabemos el nombre más que de uno solo. Dice que salen de Jerusalén y se dirigen a un pueblo. Tengamos en cuenta que en la Palabra, la geografía indica un significado. Jerusalén es la ciudad de Dios, es la Iglesia. Es decir, se van de la iglesia, lentamente, silenciosamente y conversaban entre ellos, en una especie de ping pon, una especie de debate. De otra parte, ni siquiera es un debate, porque tanto uno como otro no dicen nada de nuevo, más adelante se ve que se repiten uno y otro la misma tesis, la misma desilusión, repiten y repiten la misma cosa, como nosotros la misma desilusión, el mismo sufrimiento, el mismo discurso que siempre hacemos. Es estar en el mismo sepulcro, son las lágrimas que derramamos sobre nosotros mismos, sobre nuestra historia, sobre cómo hemos puesto nuestra esperanza en otro: ¿cómo hemos podido ser tan sidos tontos? ¿cómo nos han desilusionado? ¿cómo nos han engañado? Esto es lo que nos pasa siempre, como una espiral de hoyo negro donde somos absorbidos, de la cual es física y psicológicamente imposible salir.



Pero también vemos que conversaban y discutían entre ellos. Es decir, vemos que son personas que están abriéndose a lo que acontece. Y eso habla bien de ellos como personas, muestra que son lo mejor de la naturaleza humana en cuanto que se preguntan, se cuestionan, buscan.

Jesús en persona se acerca: no somos nosotros que le amamos, es Él el que nos ama primero. Ésta es una página de Pascua real. Mientras discutían, Él en persona se acercó y caminó con ellos, pero no le reconocen, pasa el tiempo y no lo reconocen. Ésta es la experiencia de la Pascua, es una experiencia que se abre cuando Dios lo quiere. Y nosotros podemos pasar muchos años viviendo de real, sincera, espontánea devoción, fe y generosidad, en lo que depende de nosotros. Nuestros ojos tienen una especie de diafragma, una especie de barrera. Nosotros podemos, con mucha sinceridad, frecuentar la iglesia, hacer tantas obras buenas, pero no está dicho que esto pueda ser la experiencia de la Pascua.

Él pregunta ¿qué conversación es ésa que traen por el camino? De nuevo nos resuena la pregunta “¿por qué lloras? ¿a quién buscas?”. Entonces el Señor, como un pedagogo, saca a la luz cuál es el motivo de nuestro llanto. Por eso la experiencia de la fe se arraiga humana y psicológicamente, es una experiencia sobrenatural.

Algunas preguntas que nos ayude a profundizar:

¿Por qué motivos lloras? ¿Qué buscas como sacerdote?

¿Qué te ha desilusionado hasta el punto de romperte el corazón en tu vida ministerial?

Vuelve a mirar tu vida ¿de qué vas hablando por el camino?



Reunión 2

EN EL CORAZÓN DE LA HISTORIA

Objetivo

En este capítulo descubrimos a un Dios que no habita en el cielo, un Dios que se ha hecho carne, que recorre nuestros caminos, que entra en nuestra historia sin imponerse sino con delicadeza para revelarnos su rostro amoroso, su rostro de Padre.

A la escucha de la Palabra de Dios

“Y mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se les acercó y empezó a caminar con ellos, pero algo impedía que sus ojos lo reconocieran”. (Lc 24,15-16)

El acercamiento de Dios al género humano y a su criatura en general se dio en todos los tiempos y en toda la historia de la salvación. Este acercamiento recurrente está expresado en el libro a los hebreos (Hbr. 1, 1-2) y en muchos pasajes de la escritura sagrada.

El texto nos aproxima una experiencia difícil para los cristianos. La tormenta ha pasado en la vida de los apóstoles especialmente, quienes estuvieron más cerca de la persona de Jesús. Pero como ocurre siempre después de un temporal, los vestigios quedan y no eran pocos los que quedaron a la muerte del maestro. Una comunidad atomizada, encerrada, defraudada, desesperanzada y para quienes “lo que ha sido el motor en sus vidas”, simplemente ha desaparecido y no de cualquier manera. De la peor manera. Y esto genera tristeza y confusión. ¿Qué les queda? Volver a lo que saben, de dónde habían salido. Y es lo que estaban haciendo estos discípulos: volver a sus pagos, a sus familias, a lo seguro, a lo conocido. Y en medio de su conversación y aterrado por el dolor, Jesús se acerca y camina junto a ellos, pero ellos no lo reconocen porque sus ojos están “velados”, algo les impedía.

Los corazones de los discípulos están aún dominados por el dolor y la desesperanza, lo cual les impide ver la verdad de las cosas, mirar positivamente y mirar el contexto con empatía y esperanza. También podemos descubrir cómo, en momentos de dolor o desconcierto, a menudo no logramos reconocer la presencia de Dios, aunque Él esté cerca de nosotros. A veces, caminando con nosotros.



Este pasaje nos recuerda que Jesús camina con nosotros en los momentos difíciles, aunque a veces no lo reconozcamos. A través de su Espíritu, nos ayuda a abrir los ojos del corazón para percibir su presencia y comprender su verdad.

"El pueblo de Dios, a oscuras andaba, pero alguien al frente de Él caminaba", dice la letra de una canción muy conocida en el ámbito de las comunidades cristianas. Es reconocer verdaderamente su presencia, aún en la ausencia de nuestras percepciones, su deseo de estar cerca, muy comprometido con la realidad de la vida de los cristianos, muy al estilo de un Padre amoroso, cercano, respetuoso y expectante.

La idea de que "Dios camina con su pueblo" es un símbolo profundo en muchas tradiciones espirituales, que implica que la presencia divina no es algo lejano o abstracto, sino cercana y activa en la vida cotidiana de las personas.

En cada una de estas vivencias, las personas encuentran consuelo, dirección y propósito. La creencia en que "Dios camina con su pueblo" les da esperanza, y les permite ver cada experiencia como parte de un viaje espiritual en compañía de lo divino.

Este Dios escondido, no solo es experiencia de cristianos. Es la experiencia de muchos sacerdotes que, "distraídos" y "descentrados" de la relación con Dios, de cuya misión y sacerdocio participamos y cuya presencia en nosotros se da de una manera especial, armamos nuestra propia agenda y partimos hacia nuestros propios derroteros, tomando distancia de este Dios preocupado por nosotros y aunque nos cueste descubrirlo, ahí está, presente y actuante en cada momento de nuestras vidas.

"Recuerdo un momento en mi vida en el que todo parecía oscuro. Estaba pasando por una pérdida que me llenaba de tristeza y no podía ver una salida clara. En esos días, me encontraba sin fuerzas para seguir adelante. Sin embargo, una noche, al hablar con Dios en oración, sentí una paz que llenó mi corazón de manera inexplicable. No cambiaron las circunstancias de inmediato, pero algo dentro de mí sí. Empecé a notar pequeñas señales, palabras de aliento de amigos y familiares que parecían llegar en el momento justo, un atardecer que me recordaba la belleza de la vida, y una serenidad que me ayudaba a respirar de nuevo. En cada paso que daba, sentía que Dios estaba conmigo, sosteniéndome y mostrándome que no estaba sola. Fue una certeza silenciosa, pero poderosa. Desde entonces, sé que no camino sola."

Algunas preguntas que nos ayude a profundizar:



1. ¿He vivido situaciones en las que he sentido la “ausencia de Dios” en mi vida y en mi motivación sacerdotal?
2. ¿He tomado conciencia de las raíces de esta experiencia y/o malestar de sentirme sin motivación y sin horizontes como sacerdote?
3. ¿Cuál ha sido el camino escogido para la superación de esta situación?



Reunión 3

CORAZONES INTERPELADOS

Objetivo

En este capítulo descubrimos a un Dios que no habita en el cielo, sino a un Dios hecho carne, que recorre nuestros caminos, que entra en nuestra historia delicadamente, sin imponerse, para revelarnos su rostro amoroso, su rostro de Padre.

A la escucha de la Palabra de Dios

El les dijo: «¿Qué comentaban por el camino?». Ellos se detuvieron, con el semblante triste, y uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: «¡Tú eres el único forastero en Jerusalén que ignora lo que pasó en estos días!». (Lc. 24, 17-18)

El tema de estudio nos invita a revisar nuestras vivencias de encuentro con Dios donde somos interpelados por Él, el Papa Francisco nos propone en el siguiente texto mirar estos encuentros con el Señor en la vida sacerdotal como cercanía, leamos detenidamente el siguiente texto.

Cercanía a Dios¹

Es decir, cercanía al Señor de las cercanías. «Yo soy la vid, ustedes son las ramas —a esto es a lo que se refiere Juan cuando en su Evangelio habla de “permanecer”—. El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto, porque separados de mí no pueden hacer nada. El que no permanece en mí será echado fuera, al igual que la rama que se seca, que luego se recoge, se arroja al fuego y se quema. Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran y se les concederá» (Jn 15,5-7).

Un sacerdote es invitado ante todo a cultivar esta cercanía, esta intimidad con Dios, y de esta relación podrá obtener todas las fuerzas necesarias para su ministerio. La relación con Dios es, por decirlo así, el injerto que nos mantiene dentro de un vínculo de fecundidad. Sin una relación significativa con el Señor nuestro ministerio está destinado a ser estéril. La cercanía con Jesús, el contacto con su Palabra, nos permite confrontar

¹ DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO AL SIMPOSIO "POR UNA TEOLOGÍA FUNDAMENTAL DEL SACERDOCIO" Aula Pablo VI Jueves, 17 de febrero de 2022



nuestra vida con la suya y aprender a no escandalizarnos de nada de lo que nos suceda, a defendernos de los “escándalos”. Al igual que el Maestro se pasará por momentos de alegría y de boda, de milagros y de curaciones, de multiplicación de los panes y de descanso. Existirán momentos en que se podrá ser alabado, pero también llegarán las horas de ingratitud, de rechazo, de duda y de soledad hasta tener que decir: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,46).

La cercanía con Jesús nos invita a no temer a ninguna de estas horas no porque seamos fuertes, sino porque lo miramos a Él, nos aferramos a él y le decimos: «¡Señor, no me dejes caer en la tentación! Hazme comprender que estoy viviendo un momento importante en mi vida y que tú estás conmigo para probar mi fe y mi amor» (C. M. Martini, *La fuerza de la debilidad. Reflexiones sobre Job*, Salterae 2014, 84). Esta cercanía con Dios a veces tiene un estilo de lucha, luchar con el Señor principalmente en esos momentos donde su ausencia se hace más notoria en la vida sacerdotal o en la vida de las personas a ellos encomendada. Luchar y buscar su bendición hasta el amanecer (cf. Gn 32,25-27), que será fuente de vida para muchos. A veces es una lucha. Me decía un sacerdote que trabaja aquí en la curia —que tiene un trabajo difícil, el de poner orden en un lugar, joven—, me decía que volvía cansado, muy cansado, pero que descansaba antes de ir a la cama delante de la Virgen con el rosario en la mano. Necesitaba esa cercanía, un curial, un empleado del Vaticano. Se critica mucho a la gente de la curia, es cierto a veces, pero también puedo decir y dar testimonio de que aquí, dentro de la curia, hay santos; y es cierto.

Muchas crisis sacerdotales tienen precisamente origen en una escasa vida de oración, en una falta de intimidad con el Señor, en una reducción de la vida espiritual a mera práctica religiosa. Esto también quisiera distinguirlo en la formación, una cosa es la vida espiritual y otra cosa es la práctica religiosa. “¿Cómo va tu vida espiritual?” —“Bien, bien. Hago la meditación por la mañana, rezo el rosario, rezo la “suegra” —la suegra es el breviario— rezo el breviario y todo lo demás”. No, esto es práctica religiosa. Pero ¿cómo va tu vida espiritual? Recuerdo momentos importantes en mi vida donde esta cercanía con el Señor fue crucial para sostenerme, para sostenerme en los momentos oscuros. Sin la intimidad de la oración, de la vida espiritual, de la cercanía concreta con Dios a través de la escucha de la Palabra, de la celebración de la Eucaristía, del silencio de la adoración, de la consagración a la Virgen, del acompañamiento sapiente de un guía, del sacramento de la Reconciliación, sin estas “cercanías” concretas, en definitiva, un sacerdote es, por así decirlo, sólo un obrero cansado que no goza de los beneficios de los amigos del Señor. A mí me gustaba, en la otra diócesis, preguntar a los sacerdotes, “A ver dime —me contaban sobre sus trabajos— dime, ¿cómo te vas a dormir?”. Y no entendían. “Sí, sí, por la noche, ¿cómo te vas a dormir?” —“Llego cansado, como algo y



me voy a la cama, y delante de la cama la televisión” — “¡Ah, bravo! Y no visitas el Señor, ¿al menos para darle las buenas noches?”. Este es el problema. La falta de cercanía. Era normal el cansancio del trabajo e ir a descansar y ver la televisión —cosas lícitas— pero sin el Señor, sin esta cercanía. Había rezado el rosario, había rezado al breviario, pero sin intimidad con el Señor. No sentía la necesidad de decir al Señor, “¡Hola, hasta mañana, muchas gracias!”. Son pequeños gestos que revelan la actitud de un alma sacerdotal.

Muy a menudo, por ejemplo, en la vida sacerdotal se vive la oración sólo como un deber, olvidando que la amistad y el amor no pueden imponerse como una regla externa, sino sólo como una elección fundamental de nuestro corazón. Un sacerdote que reza no es más que un cristiano que ha comprendido en profundidad el don que ha recibido en el Bautismo. Un sacerdote que reza es un hijo que recuerda continuamente que es hijo y que tiene un Padre que lo ama. Un sacerdote que reza es un hijo que se hace “cercano” al Señor.

Pero todo esto es difícil si no estamos acostumbrados a tener espacios de silencio en nuestro día. Si no se sabe substituir el verbo “hacer” de Marta para aprender el “estar” de María. Es difícil aceptar dejar el activismo que es agotador, —tantas veces el activismo puede ser una fuga— porque cuando uno deja de estar ocupado, la paz no llega inmediatamente al corazón, sino la desolación; y para no entrar en desolación, estamos dispuestos a no parar nunca. El trabajo es a veces una distracción para no entrar en desolación. Pero la desolación es un poco también el punto de encuentro con Dios. Es precisamente la aceptación de la desolación que viene del silencio, del ayuno de activismo y de palabras, del valor de examinarnos con sinceridad, exactamente allí, donde todo adquiere una luz y una paz que no se apoyan en nuestras fuerzas y capacidades. Es aprender a dejar que el Señor siga realizando su obra en cada uno y a dejar todo aquello que es infecundo, estéril y que distorsiona el llamado. Perseverar en la oración no sólo significa permanecer fieles a una práctica, sino no escapar cuando precisamente la oración nos lleva al desierto. El camino del desierto es el camino que conduce a la intimidad con Dios, siempre que no huyamos, que no encontremos maneras para evadir este encuentro. En el desierto “le hablaré a su corazón”, dice el Señor a su pueblo por boca del profeta Oseas (cf. 2,16). Esto es algo que el sacerdote debe preguntarse, si es capaz de dejarse llevar al desierto. Los guías espirituales, los que acompañan a los sacerdotes, deben comprender, ayudarles y hacerles esta pregunta ¿eres capaz de dejarte conducir al desierto? ¿O te vas directamente al oasis de la televisión o a alguna otra cosa?



La cercanía con Dios permite al sacerdote tomar contacto con el dolor que hay en nuestro corazón y que, si se acepta, nos desarma hasta hacer posible el encuentro. La oración que como fuego anima la vida del sacerdote es el grito de un corazón quebrantado y humillado, que —nos dice la Palabra— el Señor no desprecia (cf. Sal 50,19). «Cuando uno grita, el Señor lo escucha / y lo libra de sus angustias; / el Señor está cerca de los atribulados, / salva a los abatidos» (Sal 34, 18-19).

Un sacerdote debe tener un corazón suficientemente “ensanchado” para dar cabida al dolor del pueblo que le ha sido confiado y, al mismo tiempo, como el centinela, anunciar la aurora de la Gracia de Dios que se manifiesta en ese mismo dolor. Abrazar, aceptar y presentar la propia miseria en cercanía al Señor será la mejor escuela para poder hacer lugar gradualmente a toda la miseria y el dolor que encontrará diariamente en su ministerio hasta que él mismo se vuelva como el corazón de Cristo. Esto preparara al sacerdote también para otras de las cercanías: con el Pueblo de Dios. En la cercanía con Dios el sacerdote fortalece la cercanía con su Pueblo y viceversa. En la cercanía con su pueblo también vive la cercanía con su Señor. Y esta cercanía a Dios —me llama la atención— es la primera tarea de los obispos, porque cuando los Apóstoles “inventan” a los diáconos, Pedro explica la función y dice así: “Y nosotros —los obispos— podremos dedicarnos la oración y al anuncio de la Palabra” (cf. Hch 6,4). Es decir, que la primera tarea del obispo es rezar y esto debe hacerlo también el sacerdote, rezar.

«Es necesario que Él crezca y que yo disminuya» (Jn 3,30), decía Juan Bautista. La intimidad con Dios hace posible todo esto, porque en la oración se experimenta ser grandes a sus ojos, y ya no es un problema para los sacerdotes cercanos al Señor hacerse pequeños a los ojos del mundo. Y ahí, en esa cercanía, ya no da miedo conformarse a Jesús crucificado, como se nos pide en el rito de la ordenación sacerdotal, que es muy lindo, pero que olvidamos seguido.

En el tema de estudio nos encontramos con estas afirmaciones:

“Cuando nuestros corazones están debilitados, agobiados y confusos, nuestro Dios espera que le hablemos de los acontecimientos cotidianos, de lo que nos preocupa, de lo que pesa en nuestros corazones, de lo que nos inquieta personalmente, en nuestras familias, a nuestro alrededor, en el mundo. A menudo nos decimos: pero Dios lo sabe todo, ¿para qué hablar con él? Y nos aislamos de él sin saberlo. No nos damos cuenta de que nuestro Dios quiere tener una relación dinámica con nosotros. Nuestro Dios es un Dios de relación.



Y la relación con nuestro Dios incluye un espacio para nosotros. Nos ofrece el espacio para expresarnos, para dirigirnos a él, sin obstáculos. Existimos para él. Quiere oír nuestras palabras, nuestros gritos... Somos preciosos a sus ojos.”

Alguna pregunta que nos ayude a profundizar:

A la luz de este texto y de la reflexión del Papa Francisco preguntémonos para compartir en la reunión de equipo: ¿Cuál es nuestra vivencia de relación cercana con el Señor en nuestra vida sacerdotal?



Equipos de Nuestra Señora

***Movimiento de
Espiritualidad
Conyugal***

Súper Región Hispanoamérica Sur